

2ª edición

# LA EDAD SECRETA

Eugenia Rico



editorial  
cultural



ESPASA

## Annotation

¿Cuántas veces ha querido dejarlo todo e irse lejos? Una mujer rompe con todo, y se lanza a la carretera. Deja atrás una vida confortable, un buen trabajo y un buen marido de los que se ha cansado hace ya tiempo. Cuando encuentra a un enigmático joven en una gasolinera comienza una búsqueda de resultados impredecibles. Esta es la historia de ella y él. Ella tiene veinte años más que él pero esto no es lo importante, lo importante es el viaje que hacen juntos. Un viaje que les conducirá a aventuras, territorios y sentimientos insospechados. Él oculta un mapa. Puede llevarnos a Nauchipán. Pero, ¿qué es Nauchipán? Todo está en juego y hay una mujer que ha decidido jugárselo todo. Una novela sobre la segunda oportunidad. Sobre lo que sucede cuando lo crees todo perdido y la vida te da una sorpresa inesperada. Una historia fascinante sobre el deseo de vivir, el placer, la sexualidad y el sentido de la vida. Prosa luminosa y potente. La edad secreta crea un universo nuevo. Eugenia Rico nos muestra con pulsión sutil y optimista cómo ser un poco más libres.

---

---

•

---

---

ESPASA

### *La Edad Secreta*

*Esta obra ha sido Finalista del Premio Primavera de Novela 2004, convocado por Espasa Calpe y Ámbito Cultural, y concedido por el siguiente Jurado: Ana María Matute, Ángel Basanta, Antonio Soler, Ramón Pernas y Pilar Cortés*

© Eugenia Rico, 2004

© Espasa Calpe, S. A., 2004

Primera edición: abril, 2004

Segunda edición: abril, 2004

Diseño de la colección: Tasmanias

Ilustración de cubierta: Pablo Torrecilla, a partir de una idea de Juan Gastón Alonso

Realización de cubierta: Ángel Sanz Martín

Depósito legal: M. 17.492-2004

ISBN: 84-670-1413-X

Impreso en España/Printed in Spain Impresión: Rotapapel, S. L.

Editorial Espasa Calpe, S. A.

Via de las Dos Castillas, 33. Complejo Ática - Edificio 4

28224 Pozuelo de Alarcón (Madrid)

Yo no busco, encuentro.  
Picasso.

*Todavía nieva en Nauchipán,  
Hombres, mujeres y princesas,  
Todo el mundo conoce en Nauchipán  
La verdadera y única  
Edad Secreta.*

Todos tenemos la misma edad. Yo, ella, incluso tú. Porque la verdadera edad son los años que te quedan por vivir, y éstos nadie los conoce. Ésos son la verdadera Edad Secreta. Un día, sin embargo, sin querer conoces tu edad verdadera.

Te dicen que vas a morir. Te lo aseguran sin el menor género de dudas. Te sientas a esperar la muerte, y la muerte no llega. Llega en cambio tu último día: el plazo fijado para tu muerte, pero parece que te obstinas en la vida. Pasan los meses, los últimos meses que te quedaban y que has empleado tan mal, y sigues en este mundo del que no habías sabido despedirte. No te encuentras mal, te encuentras mejor que nunca. Has arreglado tus asuntos, te has despedido de todos, has repartido tu dinero y ahora no sabes qué hacer con la libertad que te regaló la muerte.

Por fin vas al hospital y te dicen que estás curado, quizá nunca estuviste enfermo, pudieron confundirse con los análisis de otro o puede que sea un milagro. Estas cosas pasan, aunque cada vez pasan menos. Ya no tienes por qué morir. Si no te cae una teja o te atropella un coche, puedes vivir más que el médico que te mira como si ya fueras de otro mundo. También tú te habías acostumbrado a mirar a todos los seres vivientes considerando la posibilidad de invitarles o no a tu entierro. Y ahora sales del hospital y tu vida se ofrece ante ti como un desierto que cruzar en coche.

La música, como la vida, sólo sucede una vez y ahora es como si la escucharas por vez primera.

Le dijeron que le quedaban tres meses de vida. Le dijeron que tenía un tumor incurable y que iba a morir.

Y luego le dijeron que era un error, que viviría, que era preciso seguir viviendo como hasta entonces. Pero las cosas ya no podían ser como hasta ahora.

Cogió su coche, lo único que tenía porque lo demás, la casa, los niños, no eran suyos o no eran sólo suyos. Cogió su coche y condujo hacia el Norte. Sin prisa, porque la prisa ya no tenía sentido. Las fábricas, los chalets, las vallas publicitarias pasan y ella espera ver en algún lugar un pájaro. De repente ve un halcón negro posarse sobre el letrero de una gasolinera. Pone el intermitente, para anunciar a todos que va a cambiar de dirección.

Y se para junto al surtidor de gasolina. Hay un hombre vestido con mono que se pasa las manos manchadas de negro por el pelo lleno de canas.

Tiene el depósito casi lleno.

Llénelo más, todo se puede llenar un poco más.

Yo siempre lo quiero más lleno, digo, y entonces empiezo a sentirme un poco mejor, un poco más yo misma.

Y también entonces, le veo por vez primera. Y me parece poca cosa, un chico rubio, delgado, con el pelo sobre la cara, las piernas demasiado finas, como si no fueran capaces de sostener una sonrisa tan provocadora.

¿Vas a la ciudad romana?

No sé, quizá sí, ¿qué hay allí?

Hay una muralla y una ciudad que tiene tres mil años y no he visto nunca.

Yo tampoco la he visto nunca, tu ciudad romana me parece bien. Lo único que me importa es ir hacia el Norte.

Y mete la mochila en la parte trasera de mi coche, que ahora está más lleno que antes, pero no parece más pequeño que antes. Parece mayor, aunque sólo sea un minúsculo utilitario verde. Hace mucho calor. Es el final del verano. Un verano que debió haber acabado hace tiempo, pero persiste en estar ahí. Cargado de promesas y de nubes borrachas que anuncian la lluvia.

Son las cinco en punto de la tarde. Pongo el intermitente otra vez y me alejo de la gasolinera. Un lugar en el que nunca he estado y en el que, probablemente, nunca volveré a estar. Un lugar al que podría volver sin darme cuenta de que he vuelto, puesto que es igual a todas las gasolineras en las que nunca he estado y ya no estaré.

Casi arrepentida. Este hombre puede matarte, puede violarte.

Pero entonces me mira.

Ésta es la historia de ella y él. Igual que todas las historias. Ella tiene veinte años más que él, pero esto no es lo importante. Lo importante es el viaje que hacen juntos. Un viaje que nadie sabe dónde puede acabar.

Ella sale a conducir sin destino, siempre hacia el Norte. Ella soy yo. Pero es un yo que ya no me gusta. Un yo que nunca me pongo. Ella se detiene en una gasolinera y conoce a un chico rubio que nunca había visto antes. Entonces ella deja de ser ella y se convierte en yo. Yo tengo veinte años más que el chico rubio. Yo nunca he amado. Creía que sí, hasta el instante en que miro el rostro del chico rubio dormido y sé que eso no era amor.

Tampoco sé si esto es amor. Hemos comenzado a viajar juntos y sabemos que nuestro viaje terminará algún día. Cuando se me acabe el dinero o cuando él tenga que regresar a la Universidad.

Al principio él no hablaba de Nauchipán. No hablaba mucho entonces.

Sólo lo hizo cuando estuvo dentro de mí. Luego no habló de otra cosa.

Dijo que los antiguos escogían la oveja más hermosa. Una con el pelo blanco y los ojos húmedos. La que paría los mejores corderos. Y esperaban a que la oveja estuviese preñada. Esperaban a que ya no pudiese correr, a que no pudiese escapar. Cuando ya faltaba poco para que el corderillo naciera le abrían el vientre con un gran cuchillo y escribían en la piel de los corderos nonatos. Habían hecho todo eso sólo para poder escribir. Sobre esa piel blanca y pura como un pergamino.

Y así escribieron, sobre la piel de los inocentes, la verdadera historia de Nauchipán.

Él sube a mi coche. Y al principio no me doy cuenta de que es él. Al principio me parece uno cualquiera. Todavía no siento mariposas en la tripa, todavía no me hormiguean los dedos, aún es posible escapar. Seguir. Volver atrás. A mi vida de antes.

Aunque probablemente soy capaz de cualquier cosa con tal de no volver. Por eso me fijo en el granito que tiene debajo de los labios, en el punto donde Marilyn Monroe tenía el lunar. Nunca me he

parado a pensar que ese lunar era tan falso como sus cabellos rubios. Este chico tiene también los cabellos rubios y no sé si son falsos, pero lo parecen. El cabello rubio teñido en un hombre siempre me ha parecido sospechoso. Como en Marilyn lo falso no eran los cabellos rubios, sino el lunar que no le hacía falta para ser bella. Supongo que era necesario para que una mujer que nunca la ha conocido conduzca preguntándose por qué un lunar.

Y por qué este chico. Le he subido a mi coche y estoy deseando que se baje. Él no habla, tararea una música que me trae recuerdos.

Y entonces, sin motivo o tal vez con la esperanza de cambiar el curso de mi historia — aún no se me ha acabado la gasolina— , me paro en otra estación de servicio. Con gallardía él se ofrece a llenar mi depósito, es una estación donde uno debe servirse por sí mismo. No hay empleado que te ayude a abreviar a la bestia. De máquina a máquina, directamente y sin intermediarios pasa el flujo de la vida. Viene de muy lejos — de un desierto que una vez fue un jardín— , pero huele peor que los camellos. Él lo agarra con donosura y desliza el tubo en la boca ávida de mi coche. Hay algo erótico en ese tubo contundente, invade la intimidad del auto que abre su boca estrecha, como una vagina. Estoy delirando, pero el tubo me oye. Si las alas de una mariposa en Singapur pueden ocasionar un terremoto en nuestra vida, mi estúpido pensamiento enfurece a la bestia. El tubo se escapa de las manos de mi hombre que parece más niño al intentar dominarlo, se transforma en una serpiente, luego en un caballo. Se escapa, golpea el suelo y a cada salto suelta veneno por la boca. El coche, mi falda, el suelo, sus pantalones vaqueros están completamente manchados de gasolina. Medio depósito de oro negro corre por el suelo y comienza a reflejar arcoiris en los charcos.

Con un pañuelo de papel limpio su cara, la toco por vez primera a través del papel, la restriego, la froto, pero la gasolina se agarra al granito en su barbilla, que ahora es negro como el lunar de Marilyn.

No puedo dejarle allí, empapado en petróleo. También yo estoy empapada en gasolina. Él dirige hacia mí la manguera de agua. Me riega con generosidad para quitarme este olor en el calor del verano. La blusa se pega a mis pechos, como si fuera su sudor. Yo también le riego y veo cómo se inflaman sus tejanos. Estamos empapados. Por primera vez vemos nuestros cuerpos mojados en agua, en gasolina y en vergüenza.

Por primera vez, nos vemos.

— line/>

Primero fueron las murallas, en la ciudad antigua, la que existía antes de todo.

Nos deteníamos a beber en las fuentes. Desde los infinitos escalones se veían casas a medio terminar. Él me tomaba fotos y yo le tomaba de la mano cuando resbalaba. Subíamos por la muralla, más arriba, más arriba, como niños que creen que subiendo se llega al cielo.

Desde las murallas, la ciudad parecía más pequeña y más brillante, como si se nos hubieran caído las legañas de los ojos, después de una buena noche de sueño.

Yo dormía en una pensión cerca de la Plaza Mayor.

Y él dormía en su tienda más allá de la última gasolinera. Donde comienza el campo.

— line/>

En Nauchipán hay un fuego que está encendido siempre. Desde hace quince mil años. Desde que tuvieron que esconderse. De nosotros.

Y el fuego tiene un guardián. El cargo pasa de padres a hijos. Y el guardián tiene una misión. Hace quince mil años que tiene una misión que ningún guardián ha podido aún cumplir. Tiene que apagar el fuego el día en que nosotros, nuestra especie, dejemos de existir y ellos puedan volver a la luz.

¿Y cómo sabrán que ya no estamos?

Oh, lo sabrán, todos los animales de la Tierra lo sabrán, lo sabrán por la manera en que volarán los pájaros, lo sabrán por la paz de los bosques, lo sabrán por el silencio.

Al guardián del fuego se le llama también guardián del silencio. Yo lo hubiera llamado, simplemente, El que espera.

— line/>

Al principio yo dormía en moteles tristes, y él solo en su tienda rusa. Fría por la noche, caliente hasta el dolor en la mañana. Hasta las piedras que están en el centro de la Tierra se clavan en tu carne. Hablábamos. Le ofrecía pagar una habitación, pero él no podía aceptar. Hubiera querido compartir su tienda. Se suponía que yo era demasiado buena para la tienda. O mejor demasiado débil. Quizá la tienda era demasiado buena para mí. Así que dormíamos separados. Sabía que él quería dormir conmigo, yo quería dormir con él. Pero no era tan sencillo. No era llegar y decir: Ven a mi tienda. Sube a mi habitación.

Porque los dos sabíamos que cualquier palabra equivocada, cualquier gesto impreciso podía acabarlo todo. Acabar algo que no ha empezado aún. Parece imposible. No lo es. La mayor parte de las grandes historias de la Humanidad han acabado antes de comenzar.

— line/>

El primer día fue el más difícil. El primer día los dos pensábamos que sería el último. Sucede todo el tiempo. Dos personas se encuentran, dos personas que no tienen nada en común. Una mujer todavía hermosa y a punto de dejar de serlo para siempre. Un chico con la vida por delante. Una mujer cansada. Un hombre lleno de ganas de que le pasen todas las cosas, las buenas y las malas. Se encuentran y cada uno intuye algo del abismo de la vida del otro. Ve la puntita del iceberg de la vida del otro y se da cuenta de todo lo que no sabe. De todo lo que ha olvidado. Y después, nada. Cada uno sigue su camino. Esa noche, sin saber por qué, aquella persona ocupa sus pensamientos, por tres minutos, quizá más, quizá menos. Y luego un día, después de mucho tiempo, quiere hablarle a un amigo de la mujer de la estación de servicio. Pero el amigo no entiende cuál es la gracia de la historia. Qué tenía de extraordinario. Nada. Por eso es tan importante. Todo puede pasar siempre y casi nunca pasa nada.

— line/>

Y eso hubiera sido todo. Pero no es todo. Sin ningún motivo vamos retrasando la partida. La separación. No tenemos prisa. Yo voy huyendo del pasado. Él va al encuentro del futuro. En algún lugar del presente se produce un milagro.

Hoy el milagro se llama pereza. Separamos da pereza. Nos parece, sin que sepamos la razón, penoso, casi imposible. Separamos es inevitable, pero no hay prisa.

Y el primer día se convierte sin querer en el segundo día. Y el primer día ya no es un día cualquiera. Es el primero. El comienzo de algo. Nada más. Nada menos.

— line/>

Al principio me bastaban los días. No me importaba que durmiéramos separados. Que él no me tocara. No deseaba nada. Todo era perfecto. Veía un palo de la luz y disfrutaba del palo de la luz. Veía a lo lejos una vaca solitaria y nunca me habían parecido tan hermosas las vacas. No pensaba en el día siguiente. No pensaba qué sentido tenía lo que hacíamos. Pero sobre todo no deseaba. Cuando llegaba la noche y él se iba a su tienda, yo dormía feliz en mi habitación de hotel. Qué amistad tan inocente, decía a veces. No sabía que una serpiente se me había enroscado dentro. Todo era así. Todo estaba bien. Le decía que podía conducir mi coche. *Baby, you can drive my car.* Y él conducía hacia los atardeceres prohibidos. Buscábamos el horizonte pero nunca llegábamos. Queríamos llegar hasta

Lisboa, hasta Roma, hasta Nauchipán. Pero él siempre descubría una buena razón para quedarnos en cualquier pueblecito. Pueblos del interior, desiertos en el calor de agosto, unos pocos viejos juegan al dominó al abrigo de un gran ventilador. Las losetas parecen espejos. Y el castillo. Siempre hay un castillo. A menudo abandonado, pero cubierto de vegetación. Un laberinto verde. No como los austeros Campos de Castilla, sino lleno de vida, también en su muerte.

Los recovecos. Jugamos al escondite. Siempre nos encontramos en los castillos desiertos. Y al girar una esquina, me sorprendían sus labios tan perfectos, su cara casi perfecta, casi de niña, como la niña que no tuve nunca. Y ahí empecé a pensar en sus besos. Y todo dejó de ser perfecto. Llegó la noche y él se fue a su tienda. Por primera vez no pude dormir. Comencé a pensar que nunca más volvería a dormir de un tirón si no era con él a mi lado.

Pasaba las noches imaginando cómo hacer para que él las pasara conmigo y temiendo que a la mañana siguiente ni siquiera viniera a desayunar. Mejor tenerle junto a mí aun sin poder tocarle que perderle para siempre. Y otra voz dentro de mí que dice: no, mejor que se vaya, así no puedes estar.

A partir de entonces se acabó la paz. Y empezaron las preguntas: ¿Qué pasará?

¿Sentirá él lo mismo que yo siento? ¿Por qué continúa conmigo? ¿Qué busca?

Y la pregunta de las preguntas: ¿Qué sucederá? ¿Qué será de nosotros?

— line/>

Las gasolineras. Son el templo del caminante. El refugio de este camino que no lleva a Santiago, pero podría llevar a cualquier parte. Las gasolineras. Son nuestra casa. Allí abrevamos nuestro caballo de hierro. Echamos el pestillo al servicio y mientras las señoras con niños golpean la puerta, nos cepillamos los dientes en lavabos demasiado pequeños para que quepan nuestros besos.

En la gasolinera encontramos comida. Agua. Para beber y para lavarnos. Todo lo que necesitamos. Periódicos, gomas para el pelo y muchas cosas que no necesitamos pero que nos hacen sentir grandes, poderosos, parte de la comunidad grande y feliz de los hombres que compran cosas.

En las estaciones de servicio encontramos hombres que están despiertos cuando los demás duermen. Que trabajan cuando todos están de vacaciones. Hombres como nosotros. Nosotros corremos y el mundo pasa a nuestro lado. Ellos están quietos y ven cómo el mundo corre. A ciento ochenta kilómetros por hora y aún quiere ir más deprisa.

Todas las gasolineras se parecen. Y por eso es como volver a la misma casa, cada noche, cada mañana. El mismo café asqueroso en el mismo vaso de plástico. El mismo uniforme en caras parecidas, casi siempre amables. Son los que están y ven a los que pasan. Quizá les gustaría irse con ellos. Quizá piensan qué cansado seguir rodando en medio del insoportable calor de agosto. El polvo hace que el horizonte parezca más cercano, pero el hombre de la gasolinera sabe que el horizonte está lejos y que nadie llega. Nunca.

— line/>

En el camino. Dormimos en un campo lleno de grandes balas de hierba enroscadas como gigantescas serpientes. Hemos plantado la tienda junto a una de ellas, para que nos proteja del viento, pero sabemos que ese mismo viento puede arrojarla sobre nuestra pequeña tienda. No sabemos si la bala de heno nos hará mucho daño, si puede destrozarnos o si sólo nos llenaría de risa y agujas que pican. Ni siquiera podemos dormir. Esperamos. A ver quién es más fuerte. La paja que pesa o el viento que no cesa.

Me había pedido que durmiera con él. Si el viento me lleva, si por la mañana no estoy, estarás triste, me dijo.

Vaya egoísta que estás hecho, deberías sufrir el peligro para proteger a las damas.

Es verdad que soy el último caballero andante, pero no hasta ese punto. Duerme conmigo.

Y ésa fue la noche en que comenzamos a besarnos.

— line/>

La bala no cayó y no supimos qué sucede cuando te aplasta el peso de una bala de heno. Quizá fuera mejor, porque las cosas que parece que no pesan son siempre las que inclinan la balanza.

— line/>

El primer beso. Sabe a café, a vino, a dentífrico o a tabaco. Todo debiera estar en él. Todo está en él. Se sabe ya todo en el primer beso. Si le amarás. Si te amará. Cómo hará el amor y cómo no. Todo está en el lenguaje de los primeros labios. Si te maltratará, cómo acabará. Todo el abismo entre las almas está ahí, la infinita distancia entre dos lenguas, el precipicio entre las bocas. Si puede ser o no será. La historia está escrita en nuestros labios. Nos emociona tanto que olvidamos leerla.

— line/>

Después de los besos de anoche. El peso de la paja inclina la balanza. La espera ha terminado. No hace falta hablar cuando esa misma mañana me paro en el primer motel de carretera (con piscina, con alambrada verde, sin clase, sin historia) y pido una doble con cama de matrimonio. Él me sigue por la escalera estrecha. Ninguno coge el ascensor. Nos arañamos los codos con la pared llena de aristas de la escalera, una pared en carne viva como yo.

Tendida en la cama, miro su espalda desnuda mientras se afeita y veo todos los continentes en esa espalda, el mundo reducido a una espalda no demasiado musculosa. La espalda de un chico que hubiera podido ser mi hijo.

Pero no lo es.

— line/>

Abro los ojos y lo primero que siento es miedo. Al principio no sé por qué me siento así. Pienso que es todavía el miedo a morir, a que en el hospital se hayan equivocado, a que mis días estén otra vez contados como si no lo hubieran estado siempre. Entonces le veo dormido junto a mí, una mano sobre mi seno. Y recuerdo el día, y la noche anterior. La habitación está casi a oscuras. Por las contraventanas cerradas se filtra un rayo de sol que corta como un cuchillo el aire demasiado ácido, nuestras ropas tiradas en el suelo. Sus calzoncillos yacen sobre mis bragas, igual que él yace sobre mí pero de manera más natural, como si ése fuera su lugar en el mundo. La habitación huele de un modo extraño y me doy cuenta de que es mi olor y su olor, juntos, montados uno encima de otro. Un centauro de olores de la carne. El olor de nuestros sexos que se ha fundido y ha engendrado este olor nuevo, no podría decir si es agradable, nadie podría decirlo, pero nadie puede sustraerse a ese olor, el mundo entero, la mañana, el cuchillo de luz que entra por la ventana, todo es distinto desde que ese olor está en el mundo. Yo soy distinta. Soy otra y tengo miedo.

Miedo a que él abra los ojos y salga de la habitación y de mi vida y me deje con ese olor nuevo sola en un mundo nuevo, como la Eva triste de una nueva creación.

— line/>

De repente todo se ha acabado. Sabías que tenía que terminar así, pero al mismo tiempo no lo sabías.

El chico más joven te sonrío al abrir los ojos, tapado a medias por las arrugas de las sábanas.

Luego se levanta, se pone los pantalones vaqueros y, con ellos a medio abrochar, se calza las botas de marcha. Sabes que ya en la puerta de la habitación se pondrá la camiseta que dice *ON THE ROAD* y se irá de tu vida para siempre.

Puede haber un beso en la boca, puede ser que te bese los labios, o pueden ser dos sonoros besos en los carrillos como a una camarada, después de una larga jornada, de una dura noche. Y puede que se vaya así, guiñando el ojo para siempre desde la puerta.



En todo caso, sabías que sería una noche, quizá dos, a lo sumo tres, pero que se acabaría, que él se iría, que tú te irías, que el camino es lo único que no cambia, porque siempre es largo y plano e infinito, porque acaba dando la vuelta a la tierra y trayéndote de nuevo aquí, con los ojos cerrados, espionando sus ojos cerrados, esperas que los abra del todo, que se dé cuenta de quién eres y de dónde está, esperas que haya otro final. Pero él los abre al fin y se pone el pantalón vaquero sin abrocharlo del todo y luego las botas y luego la camiseta que no dice *ON THE ROAD*, pero como si lo dijera, y todo es tal y como tú lo has visto sin abrir los ojos. Entonces, en la puerta, él no te guiña el ojo, ni te da un beso, ni dos, sino que saca una libreta del bolsillo. Dame tu dirección, dice, iré a verte, quiero tu *email*, te escribiré algún día.

Y tú revuelves desesperada en tu bolso buscando un bolígrafo y no lo tienes, y él sale por la puerta. El adiós es definitivo, no hay vuelta atrás, no hay posible arrepentimiento, no hay otro final más que el que siempre nos han contado, todas las vidas terminan con la muerte.

Bueno, la mía no, dices.

La mía ha vuelto a empezar.

No tengo bolígrafo, no doy direcciones, si quieres volver a verme tendrás que venir conmigo.

Ahora.

Antes sí, tantas veces, di mi dirección y mi teléfono, tantas veces esperé una llamada, sentada delante del teléfono que no sonaba, ahora ya no, has tenido una oportunidad, me has encontrado, me has conocido, ahora puedes venir conmigo o puedes salir por esa puerta y no verme nunca más.

Y él sale por la puerta, y tú recuerdas cuando te dijeron que sí, que no había error, que eras tú e ibas a morir y sin embargo estás aquí, y no te has muerto, al menos de momento, y él todavía está esperando el ascensor en el rellano.

Oyes el golpe seco de la puerta del ascensor que se cierra, y sientes que se haya ido así, sin darte un beso.

Muy despacio recoges tus cosas, tus pocas cosas, las bragas, la esperanza — que habías dejado tiradas por el suelo—, y bajas por la escalera hasta el aparcamiento. Entonces le ves.

Ha amarrado su mochila a la baca de tu coche.

— line/>

Me lo dijo, esa misma mañana, me lo dijo.

Yo tengo un secreto y tú tienes un coche.

El secreto no lo tengo entre las piernas, sino en el bolsillo trasero del pantalón.

Es un mapa.

Nos llevará a Nauchipán.

No puedo decirte ahora qué es ni dónde está ese lugar.

Y yo hubiera ido a cualquier lado con tal de estar un poco más con él, con tal de acostumbrarle a mí, con tal de apurar nuestro tiempo, de alargarlo, y él necesitaba alguien que le llevase a Nauchipán. Buscaba a alguien que se volviese loco con él. Pero estoy aquí para volverle cuerdo conmigo.

— line/>

No sabemos cuándo comenzó este viaje. A veces, pensamos, el viaje comenzó cuando nacimos.

Hemos olvidado cuánto tiempo, cuántas gasolineras, cuántos litros de gasolina, cuántos litros de agua, cuánto sudor, cuántas lágrimas y cuántos besos nos ha costado llegar hasta aquí. Por la noche dormimos en la vieja tienda rusa que él ha traído consigo. Otras veces dormimos en hoteles pequeños a la salida de pueblos sin nombre. Por la mañana nos lavamos en el lavabo de una estación de servicio. Las estaciones de servicio son lo más parecido a un hogar para nosotros. Cuando podemos

nos duchamos en las duchas que usan los camioneros. Pero es mejor cuando simplemente encontramos un río, una acequia, un estanque. Y nadamos desnudos para librarnos de la suciedad del día. Sabemos que años más tarde recordaremos este viaje. Pero cada día olvidamos el día anterior.

Hay vendedores de fruta al lado del camino. Venden melones y fresas. Ciruelas y melocotones. Nos detenemos a menudo a comprar estas frutas. Un día compramos piña tropical y el jugo nos caía por las camisas entreabiertas como si fuera la lengua del aire. El viaje es como una piña tropical y nos lo comemos a dentelladas. El aire cambia cada día. Hoy sabe a lluvia.

El viaje sigue.

— line/>

Se ha quedado dormido abrazado a mis caderas. Con la cabeza apoyada en mi sexo. Sus cabellos se enredan en los de mi monte de Venus. Hay una rama que golpea la ventana y fuera hace viento. Toda la noche él ha golpeado mi alma, más fuerte que la rama, más fuerte que el viento. Entraba y salía de mí y cada vez yo me sentía más cerca del centro de la Tierra. Había un agujero en lo profundo de mi cama que llegaba al centro de la Tierra, a la lava, a los volcanes. Cada vez que él se acercaba a mí, yo sentía cómo el agujero me succionaba hacia los tiempos antiguos. Podía tocar el olor a tierra húmeda en mi sexo, porque yo me volvía como la tierra y él era el minero que hacía túneles en mis entrañas. Túneles que nos dejaban ver a los dos el resplandor rojo. En el centro mismo de la Tierra.

— line/>

Le veo dormir. Está dormido y el sol cae sobre sus párpados cerrados que se vuelven más rubios, casi transparentes. Podría llorar de amor viéndole dormir así.

Lloro de amor. Las lágrimas resbalan hasta mis labios y las acaricio con la lengua.

Tienen un sabor hermoso y antiguo.

Lloro por este sentimiento inexplicable, por esta mañana de sol y porque estoy enamorada de un hombre veinte años menor que yo.

Las lágrimas esconden el sentimiento que hay en mi pecho. Nunca he visto algo tan hermoso.

¿Por cuánto tiempo? Me preguntan las lágrimas y se vuelven aún más sabrosas y saladas. Más escasas.

Está amaneciendo lentamente y lloro por el gozo nuevo que he encontrado en la gasolinera más inesperada de mi vida.

— line/>

Hasta entonces no había pensado en la edad. La edad no existe para los resucitados como yo.

Con el sexo, llegó el miedo. Comencé a temer el momento en que él me preguntara mi edad. Yo sabía la suya, era lo primero que me había dicho al subir al coche, cuando todas las preguntas estaban permitidas, como lo están a aquellos que van a separarse para siempre.

Había sabido desde el principio que él tenía veinte años menos, pero me había parecido un detalle sin importancia, como su nombre o su talla de zapatos. Le habría querido igual con otro nombre, con otra edad, con otros pies.

Él no sabía mi edad, no la había preguntado. Comencé a esconder mi carnet al pagar la gasolina. Encerré mi permiso de conducir en el fondo de la guantera, temiendo que cualquier descuido sacaría mi edad a la luz, como esos cadáveres que se sueltan del plomo que los ha arrojado al fondo de un lago y aparecen cuando menos se les espera, para interrumpir la feliz barbacoa de los asesinos. Así yo temía que mi edad saliera a relucir en el peor momento, en aquel en que el peso de la paja, y mucho más el peso de los veinte años que viví antes de él, inclinara la balanza, una balanza que quizá había nacido inclinada contra mí.

— line/>

Quiero decirle te quiero, pero no se lo digo. No digo nada y él sigue conduciendo. Hoy no hay más que camiones en la carretera. Estamos solos en nuestro pequeño coche, camiones delante y detrás y a todos lados. Adelantándonos, rebasándonos, haciéndonos sentir pequeños. En el mundo sólo hay camiones y un pequeño coche verde, y quizá Dios en el cielo.

Me gustaría tanto decirle te quiero. Esa palabra extraña. El español usa la misma palabra para decir quiero una tortilla y quiero a Pepe, para decir te quiero. Como si fuese una cuestión de voluntad, una decisión, algo que se elige como el postre. Algo que uno sabe cuando sabe lo que quiere. No empleamos la palabra amar, que habla no de voluntad sino de sentimiento. En castellano la palabra amar está tan encima de nosotros como un pájaro, y cuando dejas que los pájaros vuelen sobre ti demasiado tiempo puedes recibir sus excrementos en el pelo. Por eso pocas veces hablamos de amar. Es una traducción de la lengua de otros pueblos que no creen en la voluntad. Nuestro idioma cree en la voluntad. Nuestro idioma es arrogante. Sólo en español llevan los niños el nombre de Jesús, el nombre de Dios, porque queremos y porque no somos menos que Él. Hablamos un idioma en el que uno quiere a la gente y a las patatas fritas. Un idioma en el que uno elige y posee al ser amado. Un idioma irremediablemente optimista.

Yo no soy todavía tan optimista que me atreva a decirle te quiero.

— line/>

Toda mi vida los números habían sido mis amigos, lo único en lo que se podía confiar cuando todo fallaba: el número de la cuenta corriente, el de la Visa, el número de teléfono de casa, y de pronto, un día en el hospital, comenzaron a serme hostiles. El número de días, de horas, de minutos que me quedaban por vivir, el número de leucocitos en mi sangre, ésta era la verdadera cara de los números. Los números habían sido lobos con piel de cordero y ahora los veía como lo que eran: mis enemigos.

Cuando él tenga sesenta y dos años, yo tendré ochenta y dos. Cuando él tenga ochenta y dos años probablemente no estaré aquí para verlo. Pero sé que esto no es la verdad, esto son sólo números. Ya he luchado una vez contra los números y he ganado. No una victoria, sino una tregua, porque contra los números no hay victorias, sólo aplazamientos.

— line/>

Sus ojos en el espejo retrovisor. Mis ojos en el espejo retrovisor. Su mano en el volante. Mi mano en el volante. Su mano en el cambio de marchas. Mi mano en el cenicero. Su dedo. Mi dedo. El espesor de la ceniza sobre mi piel. El calor del asiento entre mis muslos. La ceniza en mis muslos. Nos miramos a través del espejo retrovisor.

Y siento que en la justicia del vidrio nuestras miradas están más juntas de lo que nunca podrán juntarse nuestros ojos.

— line/>

A veces pienso que este coche es un país. Un país diminuto con sus propias leyes. Es estrecho e incómodo. A veces. Pero nos pone a salvo del barro, de la lluvia, de la gente. En el coche podemos ser madre e hijo, o esposo y esposa o amantes. Parece imposible vivir tanto tiempo en un espacio tan pequeño. Separados sólo por el cambio de marchas y unos centímetros de aire. Juntos. Muy juntos. Unidos en un mismo destino, en la misma carretera, en la misma curva. El coche nos aprisiona. El coche nos hace libres. Nuestro amor es tan grande que cabe en dos metros cuadrados, tan grande que no podría caber en otro sitio. Si el coche se estrellara nos estrellaríamos juntos. Estamos en el mismo automóvil, vamos al mismo sitio.

— line/>

Y sin embargo, a veces, qué horrible es despertar y tener clavado el volante. Despertar y tener migas de pan en el regazo y todo el coche oliendo a vino malo porque se ha roto la bolsa del supermercado. Este coche es mi alma y mi muerte y también mi cuerpo que deja un rastro de perfume en los asientos, un rastro que a veces él lame con su lengua.

— line/>

Su lengua me ha convertido en la lámpara de Aladino. Él está de rodillas ante mí y siento que podría concederle cualquier deseo. En cuanto a mis deseos, él es el genio que me los ha concedido. Todos. Menos uno.

Soy la lámpara de Aladino y cuanto más me frota más le pertenezco. Él ha derretido mi sentido del deber, mi sentido del ser. Sólo soy una mujer al borde de mí misma. Con los labios abiertos, los ojos abiertos, la noche cerrada.

— line/>

El día que nos casamos, mi marido compró una botella del vino más caro que fue capaz de encontrar, un gran reserva que no podía más que mejorar con los años como nuestro amor. Me explicó que nos lo beberíamos en una gran ocasión de nuestra vida o de nuestra familia: un aniversario, la llegada de un hijo, una noche especial en que nos sintiéramos bien. Cada año posponíamos la apertura del vino en busca de ese gran momento que habría de llegar y que haría posible, incluso necesario, beber el vino de nuestra boda. Hubo días, tardes y madrugadas en que se llegó a hablar de abrir el vino, pero siempre parecía mejor esperar, no desperdiciarlo, seguros de que habría otros momentos mejores, otros días en los que lo disfrutaríamos más. Con los años algunas veces abría la alacena donde estaba el vino y me detenía a contemplar la botella que envejecía más lentamente que yo, preguntándome si llegaría a beberla algún día y qué sabor tendría para mí. Una vez que la hubiésemos abierto, la espera habría terminado, y casi seguro descubriríamos que no había valido la pena. ¿Puede haber algún sabor que compense veinte años de espera? Una vez abierta, ya no esperaríamos ningún momento mejor. Habríamos aceptado que lo mejor de nuestra vida en común había pasado y no nos quedaba nada por esperar.

Cuando volví por primera vez del hospital estuve a punto de abrir la botella, pero aún no la había abierto cuando me fui de casa, en veinte años de matrimonio nunca habíamos encontrado una ocasión suficientemente feliz para abrirla, y probablemente no la encontraríamos.

Y ahora, en una vinatería cualquiera, pido una botella de ese mismo vino, de esa misma cosecha, de ese mismo año, y descubro que era posible encontrarla, que no es tan especial ni tan cara como habíamos creído.

La compré, y la bebimos allí mismo sobre el capó del coche. Casi de un solo trago. Y las camisetas blancas y los labios quedaron marcados con la cicatriz morada del vino.

— line/>

Nunca he sabido utilizar un sacacorchos. Mi padre, mi hermano, mi novio, luego mi marido han abierto las botellas de vino en mi vida. Ellos han descorchado todos los buenos momentos porque yo nunca aprendí a descorcharlos sola.

Mi marido decía que me faltaba maña y mi padre que me faltaba fuerza. Y nunca supe cuál de los dos tenía razón.

El día que me marché de casa me propuse abrir una botella de vino y bebérmela entera. Descorcharla sola y beberla sola.

Pero se me quedó la triste espiral de hierro clavada en el corcho medio roto como una lanza que no hubiera acabado de atravesar el corazón del vino.

Supongo que no valgo para beber sola, y por eso no es tan grave que necesite a un hombre cada

vez que quiero abrir una botella.

— line/>

Pero él se empeñó en enseñarme a usar el sacacorchos. El sacacorchos es el secreto de la vida. Se parece a las espirales del ADN, es el lugar por donde comienza todo, las fiestas, los amigos. No hace falta maña ni fuerza, sino un golpe seco en el punto exacto.

Y un empujón ni brusco ni dulce, como el que uno le daría a una mujer. Mi padre me enseñó a conducir diciéndome que pensara que el acelerador era una mujer.

Acarícialo como si fueran los muslos de una hembra, me dijo, y desde entonces, cuando algo me resulta difícil o no sé cómo arrancarle el secreto, me imagino que es una mujer y lo trato como trataría a una mujer. Ni mucho ni poco, ni fuerte ni flojo. Suavemente y con ingenio. En el punto justo donde están todas las cosas que quisiéramos. Pero eso no vale para todas las cosas, había dicho yo. Seguro que no, pero todavía no he encontrado ninguna para la que no sirva, juró mi padre, y desde entonces cada vez que descorcho una botella o conduzco un coche me siento un poco lesbiana.

— line/>

Viajamos hacia un norte probable. Conducimos casi todo el día. A veces vemos un estanque, un lago o una acequia y nos detenemos a nadar y echar la siesta. Por las noches dormimos en la tienda rusa de mi amor.

Y por la mañana seguimos camino. Adelante, siempre adelante. Hasta el principio del mundo, que es el lugar donde acaba.

— line/>

En este coche nunca suena el teléfono. Este chico no tiene móvil y el mío está desconectado. Este coche es una zona liberada. No esperamos ninguna llamada.

Y sin embargo toda mi vida ha estado siempre colgada de un teléfono.

Me enteré por el teléfono de que mi marido me era infiel. Por el teléfono móvil.

Él siempre había detestado los móviles, pero siempre había tenido uno. Me acuerdo de su primer móvil. Parecía un transistor. Era tan pesado como el matrimonio.

Un día regresé a casa y vi que tenía un largo mensaje en el contestador de mi propio móvil. Enseguida reconocí la voz de mi marido, aunque sonaba extraña como si él fuera diferente. Se oían pasos sobre el pavimento y su voz hablando un poco lejos. Me di cuenta de que en el bolsillo se le había disparado la tecla de su última llamada. La que me había hecho esa mañana para decirme que tenía una reunión y no podía venir a cenar. Al principio me divertí, pensaba echárselo en cara, porque él siempre decía que yo gastaba demasiado en teléfono. Ahora le haría ver de qué manera tan tonta se lo gastaba él. Pronto distinguí una voz femenina. La conocía bien. Era su secretaria, una chica anodina con la que yo había cruzado dos o tres palabras. Entonces oí una tercera voz, la del recepcionista del hotel dándoles la llave de la habitación. No tendría que haber escuchado más, debiera haber borrado el mensaje en ese punto. Pero era más fuerte que yo. Escuché muchos ruidos vagos, un grifo, una puerta, unas pisadas y finalmente la voz de mi marido pronunciando el nombre de ella, un nombre del que yo no me acordaba entonces pero que ya no olvidaría. Y luego los gruñidos, ruidos que son iguales hasta en el fin del mundo, ruidos que hasta las mujeres de Nauchipán deben de hacer cuando tienen un hombre encima. Y luego los ruidos de la calle y luego el zumbido estúpido del móvil que sigue grabando. Había llenado completamente la memoria de mi contestador. Durante días no pude recibir otras llamadas, pero no lo borraba. Lo escuchaba una y otra vez, y a cada nueva escucha me parecía aprehender un nuevo significado. Todas las noches estaba a punto de hablarle del mensaje, de hacérselo escuchar, y todas las noches apagaba la luz y me daba la vuelta en la cama sin decirle nada. Un domingo hablamos de las parejas que se divorciaban. Dijo que el divorcio no era el

fin de nada. Y esa misma tarde, en cuanto me quedé a solas con la seguridad de que él había ido a ver a su amante, borré el mensaje. Borré la prueba que hubiera hecho que cualquier juez me lo diera todo a mí.

Todo lo que quedaba.

— line/>

Y luego las ratas se comieron mis ojos azules.

A partir de ese día nada fue igual.

Me compré unas lentillas de color. Pensaba que la amante de mi marido tenía los ojos garzos, yo siempre había querido tener los ojos azules. Azules como mi chaqueta. Ahora me los había comprado y eran míos. Había pagado cada euro azulado. Me los podía quitar y poner. Como la chaqueta. A veces tenía tanto sueño que no ajustaba la tapa de la caja de lentillas, y a veces me dormía en el despacho esperando despierta a mi marido y dejaba las lentillas en el vaso del whisky con un poco de líquido desinfectante. Una mañana cuando fui a buscarlas, habían desaparecido. Encontré un trozo azul con la marca de unos dientes. Y sólo cuando vi el boquete en el lavabo, el boquete que mi marido había mandado hacer para arreglar una fuga inexistente, empecé a sospechar. No sé cómo pude sospechar algo tan horrible y no sé cómo es que tuve razón. Puse veneno mezclado con líquido para lentillas en una taza de porcelana blanca y esperé a que el olor a cadáver se hiciera insoportable. Le pedí a la señora de la limpieza que recogiera la rata muerta, que la tirara a la basura. Y luego le pregunté cómo era. Pero no quiso decírmelo.

— line/>

No hubiera debido ser tan cobarde, tendría que haber mirado a los ojos a la rata que se comió los míos.

— line/>

Cuando estás casada nadie te hace chupetones. Yo había estado casada mucho tiempo, así que cuando vi la mancha roja sobre mi cuello, pensé que me había picado un insecto durante la noche. Era una circunferencia perfecta como el signo de los elegidos o los condenados de alguna secta.

Se la enseñé pensando en las moscas que de día se introducían a veces en el coche, como siempre se introduce la duda en el amor, y revoloteaban peligrosamente en torno a mis ojos, hasta que la carretera desaparecía de mi vista. Estoy segura de que una mosca, algo tan pequeño como una mosca, causará un día el fin del mundo.

— line/>

En nuestras pequeñas vidas puede causar un accidente, el fin de nuestro amor, de nuestro mundo.

Pero él se ríe, es mi marca, la marca de mi secta, te une a mí para siempre o al menos hasta que se te quite.

Entonces comprendí por qué el empleado de la gasolinera me había mirado así, por qué se había detenido en mi cuello y se había pasado la lengua por las comisuras de los labios.

— line/>

Estaba marcada. Ya no era una mujer casada. Ya no era respetable, pertenecía a la secta de los que disfrutaban como locos en la noche.

Te miran mal porque les gustaría que les pasara a ellos, dice mi hombrecito de lengua traviesa. Porque les gustaría ser tú.

Casada con un hombre que tiene una amante veinte años menor que él, amante de un hombre veinte años menor que yo, acabo de hacer mi temblorosa entrada en la secta del chupetón.

— line/>

Viejita mía, me llama mi viejita y me besa en el cuello. No están mal tus tetas, mi viejita, son

hermosas aún. A mí me gustan. Y tú me gustas también mucho. Me gusta estar contigo y meterme entre tus piernas. Tú me gustas. No debería preocuparte tanto, nada, mi viejita, tu carnet de identidad sólo es un papel, nada debiera preocuparte tanto.

— line/>

Pero antes he temblado, he temblado cuando en la recepción del hotel él ha cogido el carné de identidad de mi mano. Sé que ha visto la fecha, una fecha que él no puede imaginarse porque no había nacido. Saber que las cosas sucedían antes de nosotros supone también que sucederán después de nosotros, sin nosotros en todo caso. Él se queda callado y no dice nada, pero no se ríe, pero no me besa.

Sólo luego, mucho después en la oscuridad del cuarto, comienza a llamarme mi viejita. Reconozco que ha sido un duro golpe, mi viejita, no me lo esperaba, no esperaba que me gustaras tanto, pero si tus tetas me gustan no importa la edad que tengan, nadie le pregunta la edad a las montañas, se preguntan si son bonitas o no.

Y yo cierro los ojos, y hago como que me lo creo. Pero sigo temblando mientras me besa.

— line/>

Antes de dormirnos hemos decidido ir hacia el mar, como si allí estuviera Nauchipán, como si allí nos esperara alguien.

Antes de dormir las voces en la oscuridad suenan distintas, como si fueran las voces de otras personas.

Y es bueno escucharlas como si fueran otros los que hablaran. Como si fueran otros los que dijeran la verdad.

Y tú, ¿qué sientes cuando miras el mar?

Que no me gustan los tests.

No, de verdad, yo siento ganas de bañarme y pienso que hace tanto tiempo que no lo veía, que quizá no lo he visto nunca. He visto otros mares, pero no un mar como éste.

Crees que lo que uno siente cuando ve el mar es lo que siente ante el amor. Pero no un mar real sino el mar que imaginas cuando cierras los ojos.

Cambia, depende del día.

Como el amor.

Y no sabes describirlo totalmente aunque parezca que ya lo has descrito mil veces.

Como el amor.

Pues yo, digo, no sé si quiero o no bañarme, lo miro, pienso que es maravilloso y me apetece bañarme y luego pienso, ahora estoy seca y a gusto y sin arena, y si me baño estaré húmeda y pringosa. Pero tengo mucho calor y sé que el mar podría aliviármelo. No sé si el mar me va a sentar bien o no. Pero no puedo dejar de mirarlo.

Pensaba que no podría vivir sin el mar, que no podría vivir sin el amor. Llevo veinte años viviendo lejos del mar. Dieciocho de feliz matrimonio.

Mi marido tenía razón. Si yo hubiera sido una mujer más previsora, habría llenado el depósito al salir de Madrid. Entonces no hubiera tenido que detenerme en aquella gasolinera. O si no hubiera tenido tantos pájaros en la cabeza. O si fuera más prudente y no invitara a subir en mi coche a desconocidos. No te hubiera conocido nunca. Mi vida sería fácil.

De repente pienso en lo fácil que hubiera sido no llegar a encontrarte nunca. Lo fácil que es estar muerta toda la vida.

— line/>

Dicen que las mujeres conducen peor que los hombres. Y es verdad. Conducen el coche más

pequeño, el más viejo, el que su marido ya no quiere. Conducen peor.

Este coche era de mi marido, me lo quedé cuando él se compró uno nuevo. Éste se calienta demasiado, no se agarra en las curvas y ¡ah! la radio no funciona.

Y sin embargo hoy no hay radio, pero hay música porque él se pone a cantar para mí. Luego cantamos juntos, cruzamos puentes sobre carreteras inmensas y acueductos sobre prados verdes y seguimos cantando. No importa que olvidemos la letra, no importa que no tengamos voz, el camino es una sola canción. La nuestra.

Una canción que habla de un lugar llamado Nauchipán.

— line/>

Se llama vitela, te dice, la piel de los corderos nonatos. El monje que torturó a los pocos que escaparon, escribió en ella el lugar donde estaba Nauchipán. Trescientos años más tarde alguien la usó como contrafuerte en la encuadernación de un libro. Ese libro lleva mucho tiempo sin ver la luz. Mucho tiempo esperándonos. A ti y a mí.

— line/>

Él frena bruscamente. El coche se detiene con un chirrido. El cinturón de seguridad me pega un puñetazo en el pecho y mi barbilla se detiene a unos segundos del cristal. En esos momentos le odio. De un salto está al lado de mi puerta, la abre y me arroja fuera. De un golpe me ha tirado a la acequia entre los naranjos. Chapoteo, indignada, con los ojos llenos de agua. Y luego él se arroja a la acequia detrás de mí. Le insulto, le muerdo. Y él pone las manos enormes sobre mi blusa mojada, retuerce mis pezones. Ahora tienes menos calor, dice. Es verdad, miento porque tengo mucho más calor y me sumerjo en el agua fría, lavo mis cabellos, tiro de sus pantalones debajo del agua.

Así es como se bañan en Nauchipán, me dice.

Y a partir de entonces conducimos buscando fuentes, acequias, canales, ríos, lagos y en casi todos ellos enfriamos nuestro amor y el calor del verano.

— line/>

Es verdad que al principio no creía nada de Nauchipán, pero recordaba que tampoco había creído en mi vida cuando pensaba que era para siempre, ni en mi muerte cuando era ahora mismo. Sólo creía en el olor ácido de su sudor que llenaba el coche.

No creo ni una palabra sobre Nauchipán. Ni siquiera me importa que él lo crea o no. Porque lo único que pido es tiempo. Días para estar juntos, horas para acercar nuestras rodillas en la carretera. Minutos para empañar con nuestras respiraciones el limpiaparabrisas. Porque hace mucho aprendí que la riqueza no se mide en euros sino en segundos.

— line/>

Era miércoles cuando me dijeron que iba a vivir.

Estaba sentada delante de una radiografía y no sabía si me parecía un cuadro abstracto o una mancha de mierda. Se lo dije al doctor, pero él estaba risueño. Acababa de decirme que todo era un error. Yo, por supuesto, no le creía.

Mira, dijo, en la vida todos tenemos que comernos una porción de mierda, es nuestra parte de la tarta. A mi modo de ver, con esta historia tú ya te la has comido casi toda y a partir de hoy sólo pueden ocurrirte cosas buenas.

Y ahora no sé si su piel es la primera cosa buena que me ha sucedido nunca o sólo otra porción amarga de la tarta de la vida.

— line/>

Te dicen que no puede pasar, pero pasa. Un día no, otro tampoco, pero al fin (a la enfermera le duele tanto la cabeza que no puede pensar) le ponen la etiqueta de tu sangre a otra sangre, le ponen el



rótulo de tu muerte a otra vida. Te dicen que vas a morir. Pero la etiqueta está mal, es otro el que va a morir.

¿Cómo creerles ahora? Quizá soy yo la que se va a morir, la etiqueta no está bien desde el principio o quizá me han engañado; me lo han dicho para alegrar mis últimos días.

Era mi etiqueta la equivocada. Otro va a vivir, yo voy a morir.

Al final todo es una cuestión de etiquetado, un asunto material y mecánico.

Un trocito de papel: una vida. Una vida por otra.

Quién pone las etiquetas a los frasquitos de sangre que son nuestros cuerpos. ¿Hay un dios que etiqueta por las noches en un laboratorio celeste? ¿Le duele a veces la cabeza? ¿Se equivoca de rótulo en el tubo de ensayo? De nombre en las pruebas de escáner. O es que ya se ha equivocado hace mucho tiempo y sólo estoy delirando, pensando que soy pero en realidad no soy.

Sólo soy un tubito de ensayo esperando a que le pongan su etiqueta. Su etiqueta en el dedo gordo del pie. Como una probeta. Como un cadáver.

— line/>

Lo peor es cuando te desnudan.

Era una de las pocas pacientes que podía andar. Me encontraba muy bien, así que yo misma me quité la ropa; la falda, la blusa, hasta quedarme en ropa interior. Entonces me dijeron que me quitara las bragas y el sujetador. Todo lo iban metiendo en una bolsa negra de plástico muy grande. Una bolsa de basura. Creí que ya estaba desnuda, pero insistieron. La cadena, los pendientes, el anillo. Me hubiera gustado quedarme con algo, esconderles algo. Pero no, tenía que estar aún más desnuda.

Lo metieron todo en la bolsa de plástico y la ataron a la camilla. Ya se lo devolveremos, oí y pensé, también te desnudan al entrar en la cárcel, también te desnudan para meterte en el depósito de cadáveres. Desnudo vienes al mundo y si no te vas de él desnudo, te vas con poca ropa. No quedaba mucho de mí cuando me tumbaron en la camilla. Chirriaba al avanzar por los pasillos y tropezaba con las esquinas. Veía las luces de neón en el techo y lo que más rabia me daba es pensar que algo tan cutre pudiera ser lo último que viera en el mundo. Sentía mucho frío. Estaba desnuda y la sábana blanca que me cubría hasta la barbilla no me daba calor. Era una membrana viscosa. No me hacía sentirme menos desnuda ni tener menos frío.

No había querido decir a nadie lo de la prueba; una operación tan pequeña, si todo iba bien sería sólo una noche. Ni siquiera deseaba la lástima de mi marido. Aunque había insistido para que no viniera, en ese momento deseé con todas mis fuerzas que estuviese conmigo. Pero no estaba.

Nunca había despertado de una anestesia. Era como escalar un pozo de paredes muy lisas, una y otra vez resbalaba y caía. Intentaba llegar hasta arriba, me asomaba a las luces y a los ruidos, pero volvía a caer.

Al abrir los ojos, allí estaba el enfermero. Me llamaba por mi nombre. ¿Quién le había dicho mi nombre? Nunca lo había visto en mi vida. Una cara desconocida me daba la bienvenida al mundo. Le pregunté si iba a morir. Pero hizo como si no me entendiera.

Volví a desear que hubiera venido mi marido. Pero era demasiado tarde. Sabía que no podía reprochárselo, que yo misma se lo había pedido, pero pensaba: si me quisiera no habría obedecido, y luego ya no pensaba nada.

A media tarde desperté. Estaba en una habitación pequeña, pintada de un blanco sucio. Sola. Olía a lejía. Me sorprendió que mi olfato estuviera tan despierto cuando todo lo demás estaba dormido.

Sentía las piernas enormes, no podía moverlas, eran como las patas de un elefante. Todo mi cuerpo parecía monstruoso. Su tacto era el de un animal muerto. Mi piel ya no era mía. Toqué las

sábanas y eran como un río. Los ojos me ardieron de vergüenza. Quería llorar, pero no estaba muy segura de tener lágrimas. Me había meado encima.

Pensé: quizá se puede caer un poco más bajo, pero no mucho.

Todo lo que le pedía a la vida es que la puerta se abriera y apareciera alguien. Cualquiera. Alguien al que yo le importe o que, al menos, lo finja.

Quise llamar a mi marido. Me habían quitado también el teléfono móvil. Los muertos no llaman por teléfono.

Sin embargo a mi lado había un teléfono negro. Estaba escrito que funcionaba con una tarjeta de siete euros. Yo no la tenía. No sabía dónde estaba mi dinero.

No tenía dinero.

No tenía nada.

Llamé frenéticamente al timbre y al final conseguí que llegara, quejándose, una enfermera. Se rió de mí, o eso me pareció. Debí llorar o quizá tenía buen corazón. De algún lugar oculto sacó mi cartera y, como yo no podía levantarme, fue a comprarme una tarjeta para que pudiera llamar por teléfono.

Le pedí la agenda que había en mi bolso y a pesar de su gesto de disgusto la encontró y me la dio. Era una libretita negra. Algo tan pequeño y sin embargo cabían todas las personas que me importaban en el mundo.

Todos aquellos a los que quizá tenía que haber llamado pidiendo ayuda. De pequeña me habían enseñado a no pedir ayuda. Pero ahora llamé a mi marido. Al móvil. Al fijo. Al teléfono de la oficina. No respondía. No quise imaginar dónde estaría. Intenté creer que la preocupación por mí le habría llevado lejos. A lo mejor había ido al campo a distraerse. A imaginar la vida sin mí. Quizá a soñarla.

Entonces cogí la agenda negra y llamé a todos mis amigos. Uno por uno. Dudaba antes de marcar su número. Pero después de tres llamadas ya no tenía orgullo. A la primera llamada me salió un contestador. La segunda sonó sin que nadie la cogiera. La tercera llamada era para mi mejor amiga. Estoy en el hospital, empecé a decir, pero ella ya me respondía: y yo en una reunión, llámame luego.

No sé cómo tuve fuerzas para marcar los últimos números. Contestadores y gente que estaba a punto de salir para la sierra o para el mar. Había olvidado que era viernes. Para todo el mundo menos para mí.

Hablé con una amiga que estaba con su marido en Canarias. Dijo que intentaría volver a tiempo, no dijo a tiempo de qué.

Mi psicoanalista fue la única que cogió el teléfono. Supongo que le pagaba por cosas como ésa. — line/>

Al cabo de mucho rato vino la enfermera. Hablaba con un fuerte acento, aunque no sabría decir de dónde. Se rió de buena gana cuando le pedí una nueva tarjeta de teléfono.

Ha gastado usted todo el dinero en llamadas y no ha venido nadie a verla.

Le hacía muchísima gracia. Oía sus zuecos y su risa mientras se alejaba por el pasillo.

Había cerrado la puerta al salir.

Pasé el resto de la tarde mirando esa puerta blanca. A pesar de que sabía que era casi imposible, no dejé de esperar que la puerta se abriera y apareciera alguien.

Hubiera dado todo lo que tenía a esa persona, no importaba quién fuese.

Pero la puerta nunca se abrió.

La habitación se quedó a oscuras. En el mundo exterior se había hecho de noche. Pensé que eso

era lo que había temido toda mi vida. Morir sola. Por eso no había dejado a mi marido. Miedo a estar sola en el último momento. Por eso había deseado tanto tener hijos. Bueno, pues era el último momento y estaba sola. Ya sabía cómo era y quizá podía soportarlo. No podía ser peor que esto.

Ese pensamiento me hizo sentir un poco mejor, pero me hubiera gustado saber rezar. Mi cuerpo tiene sus propias plegarias y sus propias quejas. La vejiga a punto de reventar. Me duele muchísimo. Aprieto el timbre una y otra vez, pero la enfermera no viene. No sé cómo, con las piernas dormidas logro al fin arrastrarme hasta el baño.

— line/>

Me miro en el espejo vestida con la bata de papel verde transparente. Envuelta en papel como algo que alguien va a tirar a la basura o como un ramo de flores. Me han quitado mis vestidos, mis pendientes. Estoy desnuda y el papel que me cubre me hace sentir todavía más desnuda. Es tan transparente que más que cubrir ilumina mis pezones rosados, mis pechos todavía turgentes. Sonrió sin querer al verlos, mis pechos no tienen la culpa de ser hermosos y no querer morir. Mirando mis pezones en el espejo, me doy cuenta que todavía estoy viva, que no he muerto, que soy yo.

— line/>

Me alivio como puedo. Me limpio como puedo. Comienzo a pensar que es mejor que mi marido no haya venido, mejor que nadie me vea en este estado. No tengo ni idea de dónde está la bolsa de basura con mis ropas. Pero sé dónde está la agenda negra. La agarro con los dientes, la arrojo al váter y tiro con todas mis fuerzas de la cadena.

Y mientras oigo cómo el agua arrastra las hojas por el desagüe, recito como un mantra nunca más. Nunca más.

Y ése es el momento en que todo vuelve a empezar.

— line/>

Con el tiempo y la costumbre uno se convierte en la persona que finge ser.

Pero siempre queda algo de antes, algo de los sueños juveniles. Un mechón de pelo que es imposible peinar hacia atrás, lo peinas y lo repeinas, le echas gomina y un día el mechón vuelve a saltar hacia delante, ese día te sientes veinte años más joven y te echas a los caminos intentando recuperar el tiempo perdido.

— line/>

En el hospital todos éramos iguales. Nos convertíamos en lo que habíamos sido siempre, no notarios, ni contables, ni ingenieros, ni cajeras de supermercado, sino simples cuerpos.

Antes unos nacían en palacios y otros en chabolas. Hoy todos nacen en hospitales. Cuerpecitos alineados en cunas iguales. En otros tiempos unos morían en camas con baldaquino y otros en camastros, pero hoy la mayoría morimos en camas de hospital, iguales en casi todo el mundo, con mandos a distancia para reclinarnos y bandejas con ruedas para la comida. Aquí nos convertimos en lo que realmente somos. Una abogada comparte habitación con una señora de la limpieza. Se hacen amigas y juegan a la brisca. Aquí la gente te quiere por cómo eres realmente, porque no queda nada más. Sólo vale sonreír si quieres ganarte a la enfermera. Así son los hospitales públicos. En las clínicas privadas como en la que yo me operé, las habitaciones pueden ser grandes *suites*, llenas de soledad y flores, pero las cosas no cambian.

Cuando el cuerpo hace aguas, sólo quedan los líquidos. Somos sangre y orina, sudor y lágrimas. Somos agua, venimos del agua y al agua volvemos.

— line/>

Cuando estamos en un hospital y cuando nos enamoramos, nos damos cuenta de hasta qué punto son frágiles nuestras vidas y nuestros cuerpos.

— line/>

¿Cómo hemos llegado hasta aquí? No me refiero hasta esta autopista sin salida en algún lugar del sur de Europa. ¿Cómo he llegado a enamorarme tanto de ti? ¿O es que yo necesitaba enamorarme? Necesitaba tanto enamorarme que me hubiera enamorado de una mesa. Pero hasta las mesas tienen que tener encanto si quieren que alguien se enamore.

¿Qué tienes tú?

Ahora sé que cuando te conocí se abrió por fin la puerta y apareció alguien. Me hubiera enamorado del primero que entrara. Y entraste tú.

¿Cuándo fue? ¿Cómo fue?

Yo creo que fue cuando derramaste la gasolina por el coche. Pero probablemente fue luego por la noche, junto a las murallas, cuando nos dimos dos besos para despedirnos, y tú comenzaste a tararear esa pavana: la canción que nadie más que yo sabía, pero tú la sabías también.

La sorpresa fue lo que derribó mis defensas. Pensé que tendría algún significado oculto; subo a mi coche al primer desconocido, ni al más guapo ni al más joven, y conoce mi canción. Entonces te invité a cenar. Y aquel día aceptaste.

— line/>

Pero hoy te invito a cenar y tú prefieres que los dos pasemos hambre a dejarte invitar por la mujer mayor que tiene una Visa oro. No me dejas pagar, pero no tienes dinero para pagarme tú. Nunca busqué un hombre que me mantuviera. Cuando era joven me enseñaron que los hombres debían protegerme. Pasé toda mi vida protegiéndolos. Ya no busco un hombre que me proteja, me conformo con que me divierta y a veces, como esta noche, con mucho menos.

Hoy me basta la luna, alta sobre nosotros, y el relámpago que recorre el valle donde hemos plantado la tienda y hace que por un momento vuelva a ser de día, que por un instante en esta luz más sutil que la de la vela yo tenga de nuevo dieciocho años.

— line/>

La luna llena está llena de ti, llena como yo esta noche.

Pero no, la luna estaba llena ayer, pero hoy ha empezado a menguar. Ya no es luna llena, aunque sea tan esplendorosa que no se note, que todavía no se vea. Ésa soy yo, la luna que ha empezado a menguar, un poco menos brillante que ayer, pero todavía capaz de tapar con mi brillo el trozo que me falta, el trozo que él tiene.

— line/>

No sé si hay vida después de la muerte. Me conformo con que haya vida antes de la muerte.

Aunque es difícil saber si vives miles de días o un solo día igual miles de veces.

Una adivina me dijo que cuando mueres te ves obligado a repetir una y otra vez el último día de tu vida. Eso es la eternidad, un mismo día repetido eternamente.

Esa eternidad me pareció el infierno, pero si fuera así, quisiera morirme hoy, porque hoy es el día que no me importaría repetir eternamente, el día más feliz de mi vida.

Y sin embargo, qué pasaría si a lo que te obligasen fuese a recorrer el camino en busca de una utopía acompañada de una visión.

Si la eternidad fuera vagar por una carretera inmensa que atraviesa el mundo con un chico veinte años menor que tú, que no sabes si es un ángel, un demonio, el fruto de tu imaginación o el hijo de tu deseo y sin saber tampoco si estás en el cielo o en el infierno.

Vagar por el mundo con tu idea de amor a cuestas.

No sé si sería una condena o un premio.

— line/>

Me pregunto qué sucedería si yo hubiese nacido antes, si tuviésemos la misma edad. Podría tener un coche a su edad, podría haberlo conducido hacia él. Pero, ¿me habría parado? ¿Sería él lo mismo para mí si tuviera mi edad?

Y, sin embargo, cuánto daría por haber nacido antes. No es culpa mía no haber nacido antes, no es culpa de mis padres, ni siquiera es culpa del dios de las probetas que puso el líquido de una sola en dos cuerpos diferentes y como si fuera poco estar separados por los senos, por los testículos, por los cuerpos cortados uno de otro, como si no fuera suficiente el dolor de ser dos, los separó veinte años en el tiempo. Y eso tampoco hubiera sido grave si el que hubiera tenido veinte años más fuera él. Pero el dios que reparte la esencia en las probetas nos hizo nacer en esta Tierra grande y recalentada sin ozono, o con demasiado ozono, donde el verano no se acaba nunca, ni siquiera para las mujeres maduras, y donde los demás, los que no conocen el amor, hablan mal de las mujeres que tienen amantes jóvenes.

— line/>

Le digo que tengo que hacer pis. Bueno, no es eso exactamente lo que digo. Me oigo decir, tienes que buscar una gasolinera o un bar de carretera porque tengo que ir al servicio. Pero él se ríe y frena en un campo de naranjos. Ahí tienes un campo de servicios públicos, dice. Me hormigean los lóbulos de las orejas cuando le respondo. No le cuento que he estudiado en un colegio de monjas pero sí que nunca, que jamás, bueno sí, aunque hace mucho tiempo, ya no me acuerdo de ello, que de ninguna manera podría hacerlo al aire libre. Se ríe, me dice, así que tu mamá no te deja. Te hará bien hacerlo detrás de un árbol.

Camino muy erguida como si no fuera a hacerle caso y no sé qué es lo que me obliga a buscar el naranjo más frondoso, a ignorar que no existen los naranjos frondosos.

Me agacho lo mejor y lo más escondida que puedo, pero no sale nada. Todo está concentrado dentro de mí como la vergüenza y la edad, y cuando de repente empiezo a ver una fuente amarilla que cae sobre la tierra blanda, que la fertiliza, siento que es mi edad y mi vergüenza las que se han derramado. Recuerdo cuando tenía quince años y me escondía entre los naranjos de la casa del abuelo y me siento como entonces, liberada de mis años y mis buenos modales y de todas las convenciones que vinieron con ellos. Siento la belleza de regar la tierra con mi líquido y saber que mi agua dará meses después hermosas naranjas y de hacer travesuras y sentirme de nuevo una chiquilla.

— line/>

Le miro mientras conduce. Y me parece que es el primer hombre que veo. Me parece que nunca he conocido a otro hombre. Me parece que no había hombres antes de él.

Y sin embargo, aunque me cueste recordarlo, hubo una vez una mujer que se parecía a mí, y hubo una vez un hombre que no era mi marido.

Tuve una vez otro chico. Una sola vez. Yo entonces era muy joven y creía que los chicos crecen en los árboles. Me había enfadado con mi novio de siempre, el que sería más tarde mi marido de siempre. Fue después de perder el hijo que esperaba de él. Pareció que todo había acabado entre nosotros, pero no me preocupó tanto como esperaba. Todavía era muy joven y creía que los chicos crecen en los árboles. Quizá por eso conocí a uno paseando por un parque. No era tan distinto de mi marido, pero me gustó. Habíamos nacido el mismo día y pronto vivimos en la misma casa.

Era una casa a medio hacer. Sin cuarto de baño ni cocina, ni siquiera teléfono. Cocinábamos en un hornillo eléctrico y teníamos una gran mesa redonda medio rota, que habíamos encontrado en la basura. Cubrimos las grietas de las paredes con pósters de paisajes alpinos. Como mi chico no encontraba trabajo en el cine, trabajaba de lo que podía y lo mismo hacía yo. Pero si alguien hubiera

dicho que éramos pobres nos habríamos reído. Cuando él llegaba de su trabajo de albañil, silbaba desde abajo para que yo le oyera. Casi siempre me asomaba al balcón a tiempo para verle entrar por la puerta de la calle, pero a veces le oía ya por las escaleras. Y abría la puerta para abrazarle, porque a él no le importaba que me oliesen las manos a ajo de cocinar el arroz con la lata de calamares. Y después de comerlos hacíamos el amor sobre la mesa medio rota, en la casa a medio hacer, sin importarnos las goteras, ni las grietas que sobresalían entre los trozos de paisaje alpino porque los dos éramos muy jóvenes.

Yo, sobre todo, era tan joven que me pareció normal encontrar un alma gemela paseando por El Retiro una mañana de sábado. Tan joven que no sentía miedo, ni remordimientos, y creía que no había nada que temer. No había cumplido los veinte años y no pensaba que ser generosa y confiada fuera un lujo.

Por eso nunca olvidaré el día en que fui a buscarle y me presentó a la Hiedra. Era una chica normal, que parecía maquillada incluso con la cara lavada. Él le estaba dando consejos sobre un guión que ella había escrito para el cine, porque ella sí, había encontrado trabajo en el cine. Mi chico me besó, me sonrió y me sentó en sus rodillas. Y desde ahí yo veía perfectamente que a ella, a la Hiedra, le daba igual lo que él pensase de su guión porque lo que ella quería era a él, todo él, y desde donde yo estaba, en las rodillas de mi amor, la compadecí sinceramente porque mi hombre me acariciaba el pelo, y yo era joven y bonita, y me daba pena aquella chica mayor que estaba enamorada de un imposible. Y desde los besos de mi chico apasionado le deseé que fuera feliz, muy feliz, tan feliz como yo.

Y fuimos a casa e hicimos el amor. Y yo no estaba celosa. Porque entonces no lo tenía claro. Pensaba que si no era él, siempre habría algún otro. Porque no pensaba que las oportunidades ni los amores tuvieran fecha de caducidad. Y no había aprendido la humildad de que no hay enemigo pequeño, ni rival imposible, ni sabía que compartir la cuenta del teléfono puede ser más fuerte que compartir los besos.

Por eso, cuando decidí irme a hacer el viaje en busca de los panteones más bonitos del mundo y dejarle solo con las grietas, no me importó que él me mirara y me dijera como hacía siempre cuando no le gustaba lo que yo hacía. *Si es peor para ti, mi amor, si lo malo es para ti...*

Y así es como un mes más tarde nuestra pareja indestructible se destruyó. Porque la Hiedra tenía treinta y tres años y no era tan joven ni tan bonita como yo, pero sabía que los hombres como él no crecen en los árboles.

Por eso le ofreció su apartamento y luego su cama, aunque fuese para ahorrar en la lavandería. Y le fue poniendo unas cosas muy fáciles y otras muy difíciles.

Y vivir en el apartamento a medio hacer con las bombillas temblonas y las goteras incesantes y un teléfono sin línea era casi imposible si no estaba yo para cocinar arroz con calamares y hacer el amor a todas horas, en todas partes.

Porque yo era joven y no tenía prisa y sí una confianza infinita en la fuerza de mis besos.

Y antes de que yo me diera cuenta le agarró por los cojones. Se metió en su vida de puntillas, en su profesión, y poco a poco se le enroscó como una hiedra y le dejó clavado a la pared. Eso es lo que quieren muchos hombres, que los claven a la pared, les da seguridad, les hace sentirse menos asustados.

Para empezar le dio un hijo, eso fue lo más fácil, casi todo el mundo puede hacerlo. Lo difícil fue enroscarse en torno a él, hasta que todas las cosas pareciesen trabajosas sin ella. Porque ella sí lo tenía claro.

Yo no. Por eso no hice nada, ni siquiera al principio, cuando volví de mi viaje y me encontré

con todo aquello. No hice nada cuando él todavía me llamaba mi amor y quedábamos a tomar café y aún me miraba como si me estuviera besando encima de la mesa rota.

Porque nosotros sólo estábamos unidos por el amor y por el aire de los veinte años, por los besos y el temblor del cuerpo y todavía no sabíamos que eso no es nada, o es muy poco, y yo pensaba que era inmoral enroscarse como lo hacía la nueva compañera de mi novio y no quería ser hiedra, quería ser cometa y que mi amor fuera tan libre como yo.

Pensaba que las cosas no podían ser tan difíciles y me gustaba ver cómo él miraba las gotitas de sudor en mis tirantes, aunque supiera, aunque empezara ya a sospechar que nunca volveríamos a dormir juntos.

Volví a ver a mi marido, que se sentía tan culpable por el hijo que habíamos perdido, y pareció que aquella historia nunca había sucedido, que había sido un intermedio, la manera de descubrir que la pasión sólo conduce al olvido.

Pero, ahora que no sé si estoy muerta o viva. Ahora que pienso que la mujer que fui ha muerto para siempre y conozco muy poco a la mujer que soy. Ahora sé que encontrar un chico como aquél, como éste que conduce a mi lado, un hombre con el que las cosas podrían ir rodando hasta la línea del horizonte, no es nada fácil. Encontrar su hombre es para una mujer como para un escritor encontrar su tema, ése que es sólo para él porque nadie lo escribiría como él. No hay un solo tema ni un solo hombre, pero no hay infinitos temas ni infinitos hombres. Se puede conocer su número. Su número es limitado, y los mejores han desperdiciado su tinta y las más bellas se han ganado, en vano, las arrugas con hombres y temas que simplemente no eran.

Pero entonces yo no lo sabía. Creía que me esperaba un bosque de historias y de chicos y de años por venir, y que no era tan grave dejar que uno se fuera, o perder un cuaderno con el borrador de una novela inacabada, porque vendrían más hombres y más ideas y no sabía, como sé ahora, que todo lo que uno deja ir lo pierde para siempre.

— line/>

No le hablo nunca del hombre que hubo antes de él, del hombre que era como él, cuando yo tenía la edad de él.

Pero en cambio le cuento que también yo, en otro tiempo, fui en busca de cosas que nadie sabe si existen, que una vez yo fui tan joven y pensé tan poco en el futuro que dejé a mi pareja, un verano en el que hacía casi tanto calor como hoy, y me fui en busca de los panteones más bellos de Europa.

Quería ser artista. Todos mis amigos querían ser artistas aquel verano. Había leído algo en una revista inglesa y pensaba haber descubierto la cuadratura del círculo. Quería hacer un montaje fotográfico con los panteones más hermosos del siglo XIX. Sólo tenía el mes de vacaciones que me daban en la oficina (ya trabajaba como contable), y aquel mes de agosto recorrí sola todos los cementerios románticos que pude. No me interesaba la muerte. Me interesaba el homenaje a la vida que había en las esculturas aladas de los panteones. Algunos tenían ángeles, otros las falsas pirámides que estuvieron de moda algún tiempo, porque las modas también imperan en los cementerios. La mayoría estaban dedicados a muertos muy jóvenes, chicos y chicas de mi edad y aun menores. Sus padres habían copiado las tumbas de reyes y emperatrices, se habían gastado el dinero que quedaba en la familia en elevar estatuas que nadie iba nunca a ver.

Monumentos a vidas más cortas que el vuelo de los ángeles de piedra.

Estaba en la tumba de una chica de quince años y hacía tanto calor que me senté a la sombra de la cruz. Entonces me di cuenta de que algo no iba bien en mi casa, de que hacía veinte días que no sabía nada de mi novio, y de que eso me importaba más que todas las exposiciones y los cementerios del mundo.

Una tarde de finales de agosto como ésta, dejé el Arte por un autobús de línea y regresé a casa. Llegué sólo a tiempo de constatar la defunción de mi amor y la invasión de la Hiedra en mi vida.

Luego volví con mi primer novio y durante mucho tiempo me convencí de que era lo mejor que me podía haber pasado. Él me quitó los pájaros de la cabeza. Saqué las oposiciones y comencé a trabajar en la Hacienda Pública. No tiré las fotos de aquel verano, vagaron por las distintas casas en las que vivimos y siempre pensé que se habían perdido en alguna mudanza.

Sólo cuando el médico me dijo que se había acabado, las encontré, salieron a flote entre cajones como algunos ahogados, y por primera vez pensé que quizá hubiera podido tener talento, talento y una vida diferente. Las fotos de los ángeles, de las pirámides, de todos aquellos jóvenes muertos antes de tiempo e inmortalizados en la piedra cobraron por primera vez un significado. Comprendí que aquella exposición inacabada era el panteón que yo le había hecho a mis veinte años.

— line/>

El verano se alargaba como un bostezo después de una siesta.

Las farolas estaban encendidas. Sin embargo la luz del día, casi anaranjada a aquella hora, seguía iluminando sus palabras.

Voy a contarte por qué me fui, cómo comencé este viaje.

Un día empecé a pensar en el Hombre de Neandertal. Nos habían contado que se había extinguido solo y de repente una tarde, mientras miraba los tanques que entraban en Bagdad, supe que nadie se extingue solo, que nosotros, los que nos llamamos humanos, habíamos acabado con él, que habíamos matado al último hombre de Neandertal. Entonces decidí salir a buscarle y fui hasta Gibraltar, hasta el lugar en el que el último Neandertal murió huyendo de nosotros y mirando al mar.

Y pensó: ahora comenzarán a matarse entre ellos.

Y tú, ¿cómo lo sabes? Lo adiviné mientras pintaba, lo supe cuando estaba pintando todos los sonidos del mundo, cuando creía que había encontrado la lengua de Dios, cuando pensé que iba a volverme loco, y las ideas de grandeza y los calzoncillos sucios me llegaban al cuello. Una noche bebí disolvente pensando que era cerveza y entonces supe que era el tiempo de salir de allí.

Lo único que llevé conmigo fue el manuscrito que había encontrado mi padre.

Cuando pisé la calle me di cuenta de que llevaba seis meses sin hablar con nadie. Así es como empecé a caminar, pero enseguida vi que era mejor hacer dedo.

Ya nadie hace dedo. Hoy día todos piensan que si no tienes dinero para comprar un coche deberías ir andando.

Si no hubieras encontrado una loca como yo, nadie te habría recogido.

Por eso lo hice, es un método infalible de encontrar una loca romántica.

La última.

— line/>

Dios mío, yo trabajaba en Hacienda, decidía quién debía pagar y cuánto.

Sumaba y restaba las vidas de la gente, y siempre trataba de ser justa. Pero siete no son lo mismo para una persona que para otra. Siete no son lo mismo por la mañana que por la noche. Con tus hijos que con tus padres. Los números no son neutros. Los números cambian de humor y de color del vestido. Pueden hasta oler diferente. Pero entonces yo creía en los números. En la fidelidad inalterable de los números. Creía que los números era lo único que no cambiaba, que no traicionaba nunca.

Ésa era mi vida en aquella época. Hace mucho tiempo.

Por lo menos una semana.

— line/>



No me admires, yo pintaba porque quería hacerme rico.

No me lo creo, un hombre que quiere hacerse rico no acaba en los caminos.

Luego empecé a pensar que había tantos pobres en el mundo que tendría que compartirlo con ellos, y si le daba a cada uno aunque fuera sólo una rupia, no me quedaría nada, así que era mejor dejarlo desde el principio.

No soy un pobre, soy un millonario que ha regalado su dinero antes de tenerlo.

— line/>

He visto su fecha de nacimiento. La he visto sin querer, se le ha caído el carnet de conducir del bolsillo. Y le he dicho que condujera él. Le gusta tanto conducir que no ha preguntado nada.

Cierro los ojos y él cree que estoy cansada de dormir sobre el frío suelo de la tienda. No sabe que no puedo ver, que no veo el mundo ni la carretera desde que he recordado el día en que nació. Porque me acuerdo, recuerdo perfectamente el día en que vino al mundo. Hacía mucho que yo estaba aquí. Y lo recuerdo bien porque no fue un día cualquiera. Fue el día en que yo perdí la virginidad.

Supongo que es otra manera de nacer. Él lloraba por primera vez y, en un cuarto de baño triste, también yo lloraba. No por vez primera ni por última, lloraba por lo que creía amor una vez más. El hombre a mi lado, mi novio, luego mi marido, se había enfadado porque no sangré.

Me han contado que los niños vienen al mundo envueltos en sangre. Quizá esa sangre que yo no tuve fue la que le envolvió a él al nacer.

Lloraba por el bruto de mi novio. Estábamos en un almacén, sobre una cama vieja. Un polvo blanco caía sobre nosotros y sobre un montón de muebles cubiertos por sábanas que nos rodeaban como fantasmas. A cada esquina de la cama había una vela. Nuestros intentos desesperados por gozar habían derramado la cera sobre las mantas. Nos habíamos quemado, pero poco. Su familia tenía una fábrica de muebles y éste era el viejo almacén donde él llevaba a las chicas los sábados por la noche. Un lugar frío sin luz eléctrica ni calefacción que intentábamos calentar con nuestros besos. No sangré. Pero tampoco lloré delante de mi novio.

Cuando él se hubo ido y estuve de pie en el baño de mi casa, vi el hilo de sangre que ahora sí, vertical, bajaba por mis piernas.

No sabía que en ese mismo momento estaba naciendo un niño que un día se pararía en una gasolinera y me hablaría. No sabía hasta qué punto me había hecho mayor.

— line/>

Mi marido se casó conmigo porque no tenía dinero para pagarme.

Al menos eso creo ahora.

Después de haberlo dejado durante tanto tiempo, después de que yo hubiese tenido otro hombre y lo hubiese perdido, cuando todavía éramos jóvenes y todo era posible, me llamó un día para que le pasase a máquina la tesis doctoral.

No sé por qué lo hice, quizá porque en el fondo todavía me gustaba.

Hubiera sido tan fácil darle cualquier excusa, seguro que la ciudad estaba llena de chicas que no eran su ex novia y sabían escribir a máquina.

En cambio, comencé a ir a su casa los martes y los jueves después de comer para que él me dictase lo que había escrito con su incomprensible letra sobre cientos de papeles rayados.

Convinimos un precio razonable. Pero yo le fui fiando. Una tarde él me invitó a comer, bebimos vino y volvimos a ser amantes.

No tengo dinero para pagarte, así que tendrás que casarte conmigo, me dijo.

Y yo creí que era una broma.

De un golpe consiguió mecanógrafa, cocinera y puta gratis.

Pero durante mucho tiempo no lo supe. Fui feliz durante mucho tiempo aunque ya no me acuerde de ello.

— line/>

... El mundo y todo lo que hay en...

... El mundo y todo lo que hay en...

— line/>

La frase estaba escrita en un cilindro y se repetía una y otra vez. La había colgado del salpicadero del coche y se bamboleaba sobre nosotros mientras avanzábamos por las carreteras, aunqueuviésemos la sensación de avanzar sólo en círculo.

Era la frase que contenía el universo entero, decía él.

— line/>

... El mundo y todo lo que hay en...

... El mundo y todo lo que hay en...

— line/>

Las palabras se enroscaban como la serpiente del infinito.

Es mi obra maestra, contaba.

Yo no sé nada de Arte. Yo sumo, resto y multiplico y la Hacienda Pública es más rica y alguien es un poco más pobre. Vivo de hacer signos incomprensibles para los demás, así que supongo que los dos hacemos lo mismo. La diferencia es que a ti no te pagan por ello.

Sí, es lo mismo, tú haces garabatos negros y crees que son casas, que son vestidos, que son electricidad. Yo hago señales sobre un lienzo y son casas, vestidos, fuegos que atraviesan el cielo. Todo lo que pinto ha ocurrido alguna vez, o va a ocurrir o está ocurriendo en este momento.

— line/>

Era un médico judío. Tenía buen corazón y mucho miedo. Sabía que la Inquisición llegaría de un momento a otro. No soportaba la idea de quemar sus queridos libros. Así que los emparedó.

De esta manera cada vez que miraba la pared de su dormitorio se sentía un poco mejor. Estaban con él, aunque ya no pudiera leerlos. A veces cerraba los ojos y recordaba las primeras páginas. Había encerrado tres libros, uno solo se hubiese muerto de pena, porque es sabido que los libros gustan de otros libros. Y todos juntos se hacen compañía en la oscuridad. Había un *Lazarillo* impreso en Amberes (qué gran obra la de su difunto amigo Valdés y qué pena no poder divulgar su nombre y su gloria). Y una *Oración de la Emparedada*, para que los libros encontrasen protección en el Más Allá, al otro lado del muro. Y un libro de su admirado Erasmo, que escribía para los muy pocos.

Antes de emparedarlos mandó reforzar la encuadernación para que sobreviviesen mejor a la humedad y al tiempo.

Así es como el finísimo pergamino con el mapa que lleva a Nauchipán pasó unos siglos oculto tras un muro de piedra.

— line/>

Hemos hecho un trato, aunque sea un trato inaudito. Y él me enseña la hoja de papel, donde hay escritas cuatro palabras. Yo no veo ningún mapa, sólo frases y signos, estrellas de David, dibujos de pájaros, huellas oscuras. Pero él nos lanza a las carreteras en busca de las pistas de una persecución imposible. Dice que tiene las llaves de un mundo nuevo. Lo dice mientras fuma un porro y casi le creo.

En todo caso, yo voy donde él vaya, si él quiere que juguemos a estar locos, jugaremos.

Jugaremos a conducir este coche y a buscar una ciudad perdida. No importa cuál sea el juego. Mientras él lo juegue conmigo.

— line/>

Nueve veces. Lo hemos hecho nueve veces. Nunca ha habido tanto. Nunca ha habido mejor. Me duelen las caderas de tanto follar y el alma de tanto querer. Me escuece el vacío de mi cintura de tanto recibirle, pero sobre todo me duele el alma de mirarle, de ver el brillo febril de sus ojos. Le miro y pienso que los dos vamos a morir y siento que él es yo, y que yo soy él, que no hay diferencia entre los dos, que esa belleza efímera de lo que no es para siempre, la belleza suprema de lo perdido de antemano nos une más que las promesas. Él es yo. Yo soy él. Un ser humano único con dos cabezas que piensan en cosas diferentes.

— line/>

A veces el sexo es como el tintinear de la lluvia, como música de cucharillas sobre mi piel.

La lluvia cae sobre mí, como sus dedos finos que buscan todos los recovecos, todas las redondeces de mi cuerpo. Los apreso en mi boca. Esa lluvia de cascabeles que pueden ser los besos.

Y otras veces el sexo es un redoblar de tambores. Fuerte, sobre mí, rompiéndome, con ese retumbar profundo, que llega tan adentro. Él se ha vuelto tan inmenso que no queda lugar para mí, por eso grito para salir de mi cuerpo.

Y él se da la vuelta. Y me despierto.

— line/>

Esa mañana, después de todo, fue la primera vez que él quiso irse. El día en que me pidió mi dirección en la puerta, y dije que no se la daba, que ya no la doy, que ya no espero. Que ahora sé que no tengo tiempo, sé que el tiempo no existe. Las llaves del coche están puestas, puedes incluso llevártelo pero si quieres tener mi dirección tendrás que venir conmigo. Y él se fue, dando casi un portazo. Pero cuando bajé al *parking*, donde aguardaba un único coche, el mío, abandonado en la soledad del asfalto, él estaba allí, dispuesto a seguirme. A averiguar quién era yo y dónde vivía.

Aquello fue el final del comienzo, la carretera se hizo más tortuosa y el camino más largo. Nada fue nunca igual en nuestras vidas después de aquella mañana.

Y a partir de ese momento las cosas se pusieron difíciles de veras.

— line/>

El mapa estaba oculto en la guarda del libro. Para reforzar la encuadernación habían usado pergaminos antiguos, y aquél era de vitela finísima. Hubo que esperar mucho para que alguien derribara el muro y descubriera los libros, y todavía un poco más de tiempo (pero qué es el tiempo cuando en Nauchipán esperan desde hace mil años), unos meses más, para que descubrieran el pergamino antiguo oculto tras el libro escondido.

Y mucho más antes de que llegara alguien tan loco como para creer en él.

— line/>

Mi padre encontró los libros cuando compró la antigua casa e intentó reformarla. Y mi madrastra fue quien al hacerlos examinar encontró los pergaminos antiguos con el mapa. Algunos les parecieron valiosos, pero el mapa parecía obra de un lunático o un tarado. Me lo confiaron a mí, un niño que nunca hacía preguntas. Y un día decidí usarlo para una composición matérica. La pintura de mi vida. Y fue copiándolo en un lienzo como descubrí que era el mapa de Nauchipán. Porque las cosas rara vez se ven bien al natural, por eso el arte las copia, para que sepamos que una pipa es una pipa y un caballo un caballo.

Y Nauchipán la ciudad de los hombres de Neandertal.

— line/>

¿Cuántos años tengo? Depende de si es por la mañana o por la noche. Depende si estoy sola o si estoy con él. ¿Cuántos años debo decirle que tengo?

Quizá pueda cerrar los ojos e hipnotizarme. Si yo pudiera creer que tengo veinte años menos, todo mi cuerpo lo creería. Leo que en Estados Unidos hipnotizaron a un condenado a muerte. Le dijeron que le harían un corte en el brazo y le dejarían desangrarse hasta morir. Luego le rozaron el brazo con una cuchilla, pero sin hacerle ningún daño, y con un cuentagotas dejaron caer gotas de agua en un cubo de porcelana. El pobre desgraciado creía que era su sangre la que estaba cayendo. Su cerebro lo creía y todo su cuerpo se dejó engañar. Murió a las pocas horas con todos los síntomas de un desangrado y con su cuerpo intacto. Yo lo llamo el crimen de los hipnotizadores. Pero lo que da la muerte también puede dar la vida, si yo pudiese convencer a mi cuerpo para que partiese a su encuentro. Convencer a mi piel de que ha nacido después, convencer a mis células para que le esperen. Para que puedan estar con él.

Que nunca haya sido hecho antes, no significa que no pueda hacerse.

O al menos así tengo que creerlo.

— line/>

Dicen que los sordos envejecen mucho menos. Me lo aseguró mi amigo el que trabaja con los minusválidos. Los ciegos no ven, pero las comisuras de los ojos se les llenan de arrugas como a todos nosotros; en cambio los sordos no envejecen. Mi amigo dice que es el ruido el que nos mata. El estruendo el que nos da golpes. Y a cada golpe nos hacemos más pequeños y con el último golpe desaparecemos. Sin embargo, yo creo que los sordos envejecen menos porque no pueden oír las mentiras. Uno puede saber que algo es mentira aunque sea sordo, pero si sus oídos se libran de la tortura de oír la inflexión de la mentira en la boca del ser amado, algo del sordo permanece intacto. Puede vivir en el silencio.

Y en la verdad. Quizá la verdad y el silencio son lo mismo.

Y a pesar de ello, todas las historias de amor están sembradas de mentiras, más grandes o más pequeñas.

Mentiras que el otro te cuenta, que tú le cuentas, que te cuentas a ti mismo, en voz baja o a gritos. Qué sería del amor sin la mentira. O no es el mismo amor una mentira. La mentira que me cuento para poder soportar la vida y la carretera.

— line/>

Debiera haberle mentido. No tendría que haber reconocido nunca mi verdadera edad. ¿Cuál es la diferencia entre una mentira y un secreto?

Y no es la edad de todos un secreto, un número sin significado, los años que nos quedan por vivir, éstos son los años que *tenemos*, y como nadie los conoce, todos tenemos la misma edad. Lo demás son sólo números. Mentir al amor es comenzar a perderlo. Si él me quiere tal y como soy ahora, un número no podrá cambiar el deseo que él tiene por mis senos.

O tal vez sí.

Como contable había visto muchas veces el poder maléfico de los números. Como mujer había visto cambiar las miradas lisonjeras de los hombres al oír mi verdadera edad, la edad secreta, la edad que quizá no aparentaba, pero que los demás me decían que tenía. Y tenía que creerlos.

No recuerdo cuándo nací, tampoco recordaré el momento en que llegue la verdadera edad.

— line/>

Miro su cuerpo dormido. Los músculos de su torso que suben y bajan al respirar. La perfección de su piel, que huele un poco a niño y otro poco a limón. Su vientre liso. Toco la piel suave de su cara, la pelusa de su barba bien afeitada. Y recuerdo la papada de mi marido, su barriga arrogante, su piel grasienta, su aroma a tabaco y a asientos de coche.

Y toco mi propio vientre, aún liso pero ligeramente curvado, hijo de tantas dietas y de tantos

abdominales, y toco la piel de mi cara, húmeda por las cremas y por el deseo.

Mientras el cuerpo aguante, suele decir mi marido cuando me mira.

Mi marido es mayor que yo, pero tiene una amante que es más joven que mi amor. Es lo mismo, sólo que al revés. Sólo que no es lo mismo. Sólo que no hay revés. Para las mujeres no hay derecho.

La chica joven que duerme con mi marido no duerme con su cuerpo, no duerme desde luego con su papada ni con su barriga ni con sus cejas blancas y bondadosas. Puede que duerma con su dinero o con su prestigio, eso no lo sé. Sólo sé que el dinero y el prestigio no me permitirían a mí dormir con un hombre como con el que duermo. Un hombre veinte años más joven. Mientras el cuerpo aguante. Ése es el único derecho. Ése es nuestro revés. Aunque me den el Premio Nobel de Economía, aunque sea la mujer más rica del mundo, para el deseo de los hombres sólo existirá mi cuerpo. El prestigio de una mujer, su dinero, su inteligencia sólo sirven para ponerlos en fuga. Sólo nos queda el cuerpo, sólo quedan los senos que una vez me salvaron la vida y ahora me salvan las noches. Mientras el cuerpo aguante, cruje el somier y una vez más me pregunta: ¿por cuánto tiempo?

— line/>

Al menos me he librado de los días iguales. Los que yo más temía eran los del invierno. Entraba a trabajar antes de que se hiciera de día. Recorría las calles frías a la luz de las farolas. Era la primera en llegar a la oficina y encendía las luces de neón al mismo tiempo que fichaba. Luego amanecía, pero yo no podía verlo. Seguía inclinada sobre la luz de la pantalla de mi ordenador mientras la luz del sol atravesaba el cielo brevemente. Cuando salía de nuevo a la calle me esperaban las mismas farolas encendidas. Parecía que no se apagaban nunca. Eran días de luz artificial, de catarrros y de gripe. Me gustaba el frío seco y el vaho que salía de mi boca, pero moría de nostalgia por la luz. Cada día sin ver el sol me parecía un día perdido. Sentía que mi vida se me escapaba entre los dedos como agua, sin que yo pudiese retenerla.

En uno de esos días en que me arrastraba tosiendo hasta la oficina, conocí por primera vez a la mendiga.

Su lujoso domicilio de cartones de primera calidad organizados como un pequeño castillo estaba al lado del cajero automático de un banco. Hacía poco que había sido expulsada de él, me contó, como había sido expulsada de todo.

No sé por qué me paré a hablar con ella. Me pareció que no necesitaba que le diesen dinero, sino que le hablasen como a una persona normal. Cuando ves la vida a ras de suelo, todo el mundo te habla desde arriba, si es que te habla. Yo me sentía tan frágil aquel día que me agaché para hablar con ella. Siempre me he preguntado por qué hay gente que vive en la calle, y aunque el país sea cada vez más rico, ellos son cada vez más.

Y la mujer me habló, y mientras me hablaba dejaba de oler a vino malo en cartones y a orines y al tufo que dejan los tubos de escape de los coches. Porque mientras me contaba cómo había llegado hasta allí se le ponían los ojos de otro tiempo. Los ojos de cuando vivía en una casa con portero.

Y al final de aquel extraño diálogo, con el que comenzó una amistad extraña me pidió que la abrazase, que no le dé asco, que nadie me mira, que nadie me abraza, hace ya tanto, tanto tiempo, cuando salí a la calle y comencé a andar y no me importaba hacia dónde.

Y la abracé y me pareció que era ella la que me hacía el favor a mí, el favor de hacerme sentir buena y abnegada por un momento, que era ella la generosa, y yo la que no tenía nada que dar.

Todavía la vi dos veces más esa semana. Hacía frío. Le llevé mantas, revistas, una vez un café con leche caliente. Y luego yo misma me tuve que quedar en la cama y la fiebre me alejó por un momento de mi oficina y de las farolas.

El primer día que volví a trabajar, a la hora del café, fui a buscarla a la puerta del cajero.

Encontré sólo la acera limpia, monda y lironda, y un basurero que regaba con desinfectante.

Pensé que otra vez la habían expulsado. Los bancos tienen tanto dinero que no quieren ni siquiera en sus afueras a los que no lo tienen.

Le pregunté al basurero.

No, señora, se la llevaron esta mañana, toda morada. Llevaba ya dos días o más muerta. Y dicen que fue una gripe, que no es lo mismo curársela uno en su casa con miel y requemados que quedarse aquí fuera con las heladas que han caído y las que tienen que caer.

Y yo me quedé allí, pensando que quizá mi abrazo le había contagiado mi propia gripe, que quizá yo misma era contagiosa, que no era capaz siquiera de ayudar ni a los que me lo ponían fácil.

Me quedé allí un buen rato con los brazos cruzados, sin moverme, viendo cómo el basurero se alejaba llevándose las últimas hojas del otoño y otras cosas inútiles.

— line/>

Seguimos nuestro viaje, dejamos atrás la ciudad romana y las murallas de nuestras vidas. Por unas montañas bellas y vacías por las que parecía que sólo se podía ir a caballo, hasta la Extrema Dura, donde dormimos al pie de las encinas y cerca de una garganta. Y luego a la tierra del fin del mundo, donde estaba el fin de las tierras conocidas, y más tarde al lugar de los molinos de viento.

Cada día parecía que estábamos a punto de llegar a Nauchipán. Pero cada día él cambiaba un poco el rumbo y nos desviaba. El camino del Norte nos había llevado al Sur. Norte y Sur siempre están más cercanos de lo que parece. Porque el Sur siempre es el Norte, el Sur de España es el Norte de África. Alguna vez, hace millones de años, ya habíamos pasado por allí. Cuando la Eva negra atravesó el Estrecho, habíamos vuelto a los orígenes, al lugar donde la luz era cegadora. Abríamos los ojos y volvíamos a cerrarlos aturdidos por la claridad y el peso de nuestro viaje.

— line/>

En las colinas había cruces enormes de hierro que se movían a toda velocidad como las alas de un helicóptero.

Son los molinos de viento. Y Nauchipán quiere también decir la ciudad del viento. Su entrada tiene que estar en un lugar con mucho viento, y éste es el lugar con más viento de España. Aquí pacen toros entre las flores y África está cerca. Recuerda que fue aquí donde dice la leyenda que murió el último hombre de Neandertal.

— line/>

Nauchipán es la ciudad de los hombres de Neandertal. Nunca ha sido encontrada. Es toda de piedra, allí se refugiaron cuando ya quedaban muy pocos de ellos y nosotros estábamos por todas partes, buscándoles para matarlos. Esa ciudad está oculta en cuevas en algún lugar de la Península Ibérica. Es un lugar muy hermoso, porque aunque está bajo tierra, recibe el sol por agujeros en la montaña y abajo se está bien y se está fresco. Allí han vivido escondidos de nosotros durante siglos los hombres de Neandertal, los Diferentes, puede ser que todavía vivan allí. Nunca hubiéramos oído hablar de esa ciudad si en la Edad Media no se hubieran escapado algunos jóvenes neandertales ansiosos de ver mundo, ansiosos de encontrarnos. Se encontraron con la Peste, con la Guerra, con las hogueras que los consumieron por deformes y brujos y uno de ellos confesó bajo tortura el lugar donde estaba la Ciudad Sagrada, Nauchipán. Por fortuna, el clérigo que recogió la confesión no la entendió o no quiso darle crédito. Después de eso, muchos dicen que uno de los del grupo regresó a Nauchipán y les contó el triste estado del mundo exterior. Por entonces ya eran muy pocos. Hay quien dice que les llevó la Peste y que así acabaron los primeros hombres, los que no mataban. Pero otros dicen que no, que quedan pocos, pero alguno hay aún, en la ciudad de los hombres grandes que se esconden.

Yo quiero encontrar la ciudad de Nauchipán, la he rastreado en todas las leyendas, de los códices a los cómics, estoy seguro de encontrarla en las montañas del Norte o en las del Sur, porque sé que una gota de la sangre de esos hombres silenciosos y mansos que no hacían daño a la tierra corre por mis venas.

— line/>

Yo conduzco y él habla, habla, habla. Su voz es el paisaje de este viaje. Habla del Hombre de Neandertal, de la Edad Secreta, de Nauchipán, de cualquier cosa con tal de no hablar de sí mismo. Con tal de no hablar de nosotros.

Dicen que las mujeres hablan más que los hombres, yo creo que es porque las mujeres hablan de cosas que no les interesan a los hombres.

Los hombres siempre hablan de las Grandes Cosas, de las Grandes Palabras, la Verdad, la Historia, la Revolución, con tal de no hablar de las pequeñas cosas de cada día que hacen a diario la verdad, la historia, la revolución. Porque la fuerza de un cuenco de arroz es mayor que la fuerza de un discurso, pero un cuenco de arroz nunca le bastará a un hombre si no va acompañado de un discurso. Necesitan las grandes palabras, las grandes historias más que la leche de su madre, y si no las encuentran las hacen nuevas. Les gusta estar borrachos de palabras. A lo mejor ésta es la grandeza de los hombres. Porque la grandeza de lo que le emborracha a uno es la medida de la grandeza de uno. Y todo con tal de no decir nada de sí mismos, de no pensar siquiera en sí mismos y de esta manera tampoco pensar en nosotros, en lo que sucederá cuando este viaje toque a su fin.

— line/>

Cuando llegamos a la playa ya había oscurecido. No veíamos el mar, sólo una mancha oscura, pero sabíamos que estaba ahí. La arena estaba fría. Pero él me acostó sobre la tierra y me abrió la camisa. Yo no quería. Tenía miedo, sentía la arena en los muslos. Los granos de arena se metían dentro de mí. Me hacían daño. Me excitaban. Oíamos el mar. Iba y venía como nosotros. Le dije que era peligroso. Alguien podría venir. No le veríamos. Le dije que sólo lo había hecho en una cama. Le dije que nunca había probado al aire libre y mucho menos en una playa. Le dije que estaba asustada.

Por eso mismo, me dijeron sus besos. Estaba sobre él y me sentía inmortal. No había tiempo, sólo el mar. La espuma blanca de las olas que no veíamos rompía dentro de mí. Yo era un acantilado y él era el barco que se estrella, luego yo era la arena y le recibía con la ternura que la arena tiene a veces con el mar. Mi cuerpo era como una gran boca y por todas partes se abría para él. Durante esa noche no existió la luna ni la muerte. Las olas me acariciaban los pies. Su humedad se confundía con mi humedad, me sentí parte del mar. Abierta.

Quizá nos dormimos, porque cuando abrí los ojos vi que no era cierto que el tiempo se hubiera detenido. Parecía que acababa de cerrar los ojos exhausta, pero comenzaba a amanecer. El mundo se llenaba de colores. La arena era pálida y clara. Me había dormido con los pies en el agua. Y ahora los vi. Negros. Pensé que era una pesadilla, pero estaba despierta.

Tenía los pies manchados de petróleo. Entonces por primera vez en mucho tiempo vi el Mar Negro.

— line/>

No sé dónde estamos. Damos vueltas por este país viejo y hermoso y algunos días me parece que pasamos muchas veces por el mismo sitio. Recorremos los Campos del Sur, las autopistas de Europa y no sé dónde estoy. Sólo siento que estamos cada vez más cerca. Puede que pronto lleguemos a Nauchipán. Estamos más cerca y yo quisiera estar más lejos. Un stop, un ceda el paso, un cambio de sentido. En algún lugar está el mar. Lo sé porque lo huelo. Casi estamos llegando a los molinos de viento. Más cerca y más lejos.

Él quiere llegar a Nauchipán. Yo rezo para que nunca lleguemos.

— line/>

Él encuentra los baños turcos en la antigua ciudad de los árabes.

Como muchas otras cosas, son falsos, son una copia de los baños de los últimos califas, que un empresario avisado ha abierto en la vieja medina. O quizá sea un mago, porque el agua huele a azahar y a aceites aromáticos y deja en la piel sabor a mandarina. En el vaho espeso veo cómo sus músculos se hinchan. Apenas le veo, le adivino.

Estamos solos en el baño turco. Cubiertos por unas sábanas. Él llena de agua caliente una ánfora de barro y la derrama sobre mis pechos. Hace una fuente con ella y yo me derramo también.

Todo mi cuerpo se estira y se aprieta contra los paños mojados, mis pezones están a punto de atravesar la tela. Él también se aprieta contra mí.

Van a vernos, le digo.

Mejor, dice, será algo que no han visto nunca.

Algo que merece la pena ver.

Y se sigue apretando contra mí, sin quitarme el paño húmedo de encima y sin desnudarse él tampoco. Comenzamos a rozarnos y a besarnos. Nos devoramos en el fuego húmedo. Y ni siquiera me toca con su miembro. Pero yo veo el cielo.

Es húmedo y redondo.

— line/>

Ahora viajamos por carreteras estrechas. Hemos dejado atrás las autopistas porque nos parece que la vida está aquí, en las carreteras que van por detrás.

Queremos ver lo que hay detrás de las ciudades. Las autopistas se parecen tanto que en esta Europa sin fronteras son como una sola, una única autopista que atraviesa Europa, el tiempo de su juventud y el de mi madurez. Una sola autopista que lleva a estas pequeñas vías de servicio, donde pasamos tan cerca de las casas que podemos ver el color de los ojos de la gente.

— line/>

Esta tarde hemos atravesado un enorme cementerio de coches. De lejos parecían unas montañas, pero al acercarse se veía que eran cientos de miles de coches muertos. De lejos parecían un monstruo prehistórico, hubieran podido ser el guardián de Nauchipán. Podían verse muchos kilómetros antes, pero tardamos mucho en llegar. El sol era una rueda ardiendo a través de los esqueletos de coches como el nuestro. Apilados, retorcidos, humeantes en el crepúsculo. Un poco enfadados.

Y él dijo: qué podemos pensar de un mundo que trata así a sus dioses.

— line/>

Debajo de su almohada encuentro un trozo de algo que parece tela maloliente.

Me dice que es el mapa de Nauchipán. Pero yo no veo ningún mapa.

Me habla de los pelirrojos. Ellos tienen la sangre, me dice. Delira en medio de esta llanura. Tenemos que encontrar el pueblo donde todos son pelirrojos, donde hay viento, donde hay toros. Cerca del mar.

— line/>

Llevamos tres días sin comer ni beber otra cosa que Cola-Cao. Cola-Cao y besos, encerrados en este pequeño hotel que hace mucho tiempo fue un molino, con su molinera, sobre los olmos.

Si cierras los ojos todavía puedes oír el agua. En la mesita está el bote del cacao y sobre el suelo el cartón de leche.

Durante horas él recorre mi piel en busca del mapa de Nauchipán. Dibuja nuestro camino, el que hemos recorrido y el que tenemos que recorrer, lo tatúa sobre mis senos con batido de cacao y saliva



y muerde el vello de mi pubis como si fuera un bosque ancestral.

Se pasa todo el tiempo de un mundo que no existe jugando conmigo hasta que yo no puedo más y le imploro y me subo sobre él.

Es tiempo de encontrar la caverna, le digo, y él chilla y volvemos a oír el agua.

Cuando estamos agotados él me pasa el sabor del cacao de su boca a mi boca, beso al sabor de chocolate, y volvemos a empezar. No hemos visto la noche ni el día.

A veces estamos cansados del sabor a chocolate, pero no conseguimos cansarnos de nuestro propio sabor.

Y entonces yo alcanzo la luna y me quedo dormida sobre él.

Y él protesta, tía no eres seria, se supone que es el hombre el único que puede dormir después de correrse, te estás saltando demasiadas reglas.

Hacemos otro Cola-Cao y volvemos a empezar.

La luna está jugando a las marionetas con cientos de estrellas.

— line/>

Mi mano sobre su sexo, sin abrir los ojos. Siento que se ha roto una nueva capa de la Gran Cebolla. Puedo oír el silbido finísimo que ha hecho al rasgarse. Siempre he imaginado el mundo así. Una esfera de capas sutiles como las de una cebolla. Capas translúcidas y concéntricas. Estoy dentro de ellas como un gusano de seda en su capullo. De vez en cuando, ocurre algo, un terremoto en mi vida o en mi conciencia y puedo oír el clic de la capa de cebolla que se rompe y mi mundo se hace un poco más grande. Llega más luz, porque los velos sucesivos de la cebolla dejan pasar la claridad, pero se quedan con algunos rayos y al faltar una capa la luz es siempre un poco más fuerte y más terrible y con la nueva luz todas las cosas cambian. Se ven aristas que antes no se veían, colores que no existían hace un momento, el mundo sigue igual. Se ha hecho más oblicuo.

Antes, cuando era adolescente, se rompían capas de cebolla casi todas las noches. Estaba sentada mirando pasar los trenes y oía el clic familiar dentro de mi cabeza. Y cerraba los ojos deslumbrada por la luz nueva de las cosas brillando incluso en la oscuridad y me parecía que el mundo era un poco más amplio.

Cuando se rompía una capa de la cebolla todo me parecía más real, y al mismo tiempo era evidente para mí, al menos antes de los veinte años, que lo real no existía más que en mi cabeza vendada en capas de cebolla.

Después de casarme nunca más volví a oír el clic, nunca se rompió otra capa de cebolla, y pensé que a lo mejor ahora veía el mundo tal como era. A lo mejor me había vuelto al fin una persona sensata. Ahora se ha rasgado otra capa sutil de la esfera de la vida y sin soltar su mano ni su sexo abro desesperadamente los ojos para ver.

— line/>

En la oscuridad las sábanas raspan. Su piel también raspa un poco. Así, visto tan de cerca, no es tan hermoso. A esta distancia y a la luz cruel de la lámpara de la mesilla de noche se ven todos sus pequeños defectos, el acné, las células muertas que se arrastran como un velo de piel blanca por el final del hombro moreno. A esta distancia puedo ver que es mortal como yo, y a esta distancia podría amar a cualquier hombre, porque no está aquí para siempre, porque como yo tiene los besos contados, porque como yo va a morir.

Nunca lo he pensado, pero ahora lo pienso de verdad, por un instante, y le despierto.

He pensado en la muerte y me daba miedo, le digo, no el hecho, sino el momento. Te he mirado y he sentido más miedo a la muerte que nunca porque ahora tengo algo que perder.

Él me abraza.

Todo irá bien, me dice.

Saldrá bien. Será fácil.

Todo saldrá bien.

— line/>

Y sé que eso es lo que necesito, que su voz puede convencerme de que incluso la muerte será fácil, porque eso es lo que necesitamos, una voz en la noche que nos diga que, a pesar de todas las evidencias en contra, todo — lo que sea ese todo— va a salir bien.

— line/>

Hay un mapa.

Todos los tesoros y las ciudades escondidas tienen un mapa. Sólo que no lo tenemos. Lo único que hemos encontrado es un puñado de metáforas.

Donde el viento. Donde el agua. En el lugar de los muchos pelirrojos. Nosotros sólo hemos encontrado palabras. Los otros tienen los mapas. La Guía Michelin. La Hoja de Ruta. El Gran Mapa de la Gran Europa.

Fuego. Tierra. Aire. Agua.

De Nauchipán.

Las cuatro entradas.

— line/>

Vimos una vieja vestida de negro apoyada en una pared encalada. Sentada en una silla debajo de un emparrado como si fuera una estatua o un ave de mal agüero.

Debe de ser la última vieja vestida de negro que queda en España, cuando se muera el siglo XX se habrá acabado de verdad y para siempre, dijo él.

Y entonces le conté.

Antes el país estaba lleno de viejas vestidas de negro sentadas en sillas de tijera.

Todo el país era una carretera y a uno y otro lado las mujeres de negro esperaban que los hombres volvieran.

— line/>

Mi abuela nació en la Edad Media y mi madre pasó del siglo XIX al XXI en el tiempo en que yo tardé en dejar los pañales e ir a la escuela. Recuerdo los carros de bueyes y las vecinas que acusaban a mi abuela de bruja. Una vez azuzaron un enjambre de avispas hasta nuestra ventana. Las avispas me picaron a mí y los vecinos vinieron a rezar al pie de mi cama y a echarse la culpa de sus desgracias. Ellos querían vengar la muerte de su vaca, que había caído por un precipicio mientras estaba preñada. Luego, en un solo año, llegaron al pueblo la carretera, la televisión, el siglo XX.

Llegaron y se llevaron a casi todo el mundo a la ciudad, que era un lugar maravilloso que estaba lleno de humo y de inventos. Todavía no se había muerto el General y en nuestra misma casa vivía una chica muy guapa, a la que nadie hablaba porque era madre soltera. Cuando pasaba delante de nuestra puerta, mi madre murmuraba en susurros al oído de su suegra. Los hombres y las mujeres iban a misa, se sentaban en bancos distintos y nadie escuchaba a los Beatles. Los viudos se casaban con las chicas veinte años menores que les limpiaban la casa, y yo quería estudiar inglés. Y ahora, las princesas se casan embarazadas, las aristócratas lesbianas se hacen inseminar de un amigo gay y las parejas modernas ni están casadas ni tienen hijos. De ser el país más retrógrado de Europa hemos pasado a escandalizar al mundo con nuestras películas, nuestros inmensos barrios homosexuales y nuestro desparpajo.

A España no la conoce ni la madre que la parió, y a mí tampoco.

No tengo nada que ver con mi madre cuando tenía mi edad, aunque ella tampoco tiene que ver

con la suya. Y sin embargo mi abuela había vivido igual que su madre y la madre de su madre, sin imaginar nunca que una mujer puede volver a empezar cuando cree que todo ha acabado.

Soy de una generación a la que le dijeron durante toda su niñez que «esperara» y durante toda su juventud que siguiera esperando. No podíamos bañarnos después de comer y mucho menos pensar en hombres veinte años más jóvenes.

— line/>

Nuestra historia es tan increíble que aunque la escribiéramos con una aguja en el ángulo interior del ojo nadie la creería.

Pero las historias increíbles han salvado muchas vidas. Sherezade salvó la suya a través de mil y una historias, de Mil y una Noches. Las mujeres siempre han contado historias para salvar su vida. Es el poder infinito del esclavo. Las mujeres eran contadoras en casa. Los hombres eran trovadores recompensados con vino y con una mujer hermosa. La recompensa de las mujeres era un beso de los niños, el conocimiento de que tras su muerte esos niños recordarían los cuentos de la abuela, cuando hubiesen olvidado a la abuela misma.

Solamente quiero escribir tu nombre en el interior de mi ojo. Ahora es un hombre el que me cuenta historias fantásticas, para amarme o para distraerme del hecho de que no me ama.

Ya no creo en la guerra entre los hombres y las mujeres. Todos estamos en la misma guerra, porque todos nos vamos a morir.

Mientras tanto, sólo quiero escribir mi nombre con una aguja en el iris de tus ojos.

— line/>

Había una vez un emperador loco en una ciudad encantada. La ciudad era Praga y el emperador se llamaba Rodolfo II. Era un hombre extraño como ese nombre lo es para un emperador. Vivía encerrado en un castillo y no soportaba la presencia de los seres humanos. Se rodeaba de enanos y seres deformes y de obras de arte. Las obras de arte eran más reales para él que el mundo real, las obras de arte eran su único mundo. Y su pintor preferido era Arcimboldo, en realidad el único hombre de Nauchipán que había logrado sobrevivir fuera de la ciudad escondida, oculto en aquel castillo donde sólo se permitía la entrada a los cuadros y a los hombres deformes. Allí Arcimboldo pintó nuestro mundo tal y como lo ven ellos, los llamados hombres de Neandertal, los que tienen la cabeza grande y se comunican con el pensamiento. Pintó hombres como ranas y ranas como hombres, porque ésa es la manera de pensar en Nauchipán, y en sus cuadros diseminó las claves ocultas del reino. Los caminos que conducen a Nauchipán.

— line/>

Me despierto con el ojo hinchado y pienso que me ha picado un mosquito. Pero a mediodía tengo los brazos y las piernas llenos de cardenales rojos, hinchados como pollos atiborrados de hormonas. Los dedos de las manos me hormiguean y luego se ponen blanquecinos y lisos y se me borran las huellas dactilares, como dicen que se les borran a los muertos. Siento escalofríos y náuseas, pero lo que me asustan son mis dedos inexistentes. Rozo mi cara y es la piel de mi cara la que siente mis dedos que no sienten nada. Entonces él empieza a preguntar a la gente dónde hay un ambulatorio.

— line/>

Ya no se llaman ambulatorios como si fueran para gente que va deambulando de un lado para otro sin encontrar nunca una solución, antes era así, pero antes no íbamos a la escuela, ahora se llaman Centro de Salud, que desde que han vuelto los Reinos de Taifas hay gentes que estamos más contentas. Vaya para allá que la médica es amiga mía y muy buena gente. Le pondrán la inyección y ya verá cómo se mejora.

¿Qué inyección? Da igual, tienen una inyección para todo, uno va y que le duelan las muelas, la cabeza, el estómago o tenga una pierna rota, le ponen la inyección y ya está.

— line/>

¿Tendrán una inyección para el mal de corazón? Y sin darme cuenta lo he dicho en voz alta, claro que sí, dice la vieja, y los jueves viene el cardiólogo que aquí, pues como tenemos los mejores embutidos de España, pues algo malo nos tenía que pasar, no iba a ser todo disfrutar y disfrutar, así que algunos como mi pobre Prudencio, que en gloria esté, pues se quedan viendo el partido, mayormente culpa del árbitro, y del embutido, dice su vecina de calceta, y del embutido, claro. Lo importante, joven, es que ya no es como antes, que ahora tienen una solución para todo y ya no hay que tener miedo de ir al mecánico, porque ahora vamos a la escuela y nos dicen que el cuerpo humano es una máquina y ya se sabe la sociedad actual, de otra cosa no, pero de máquinas lo sabe todo.

Parezco un monstruo con mi cara hinchada y miro todo el rato hacia fuera, hacia el campo quemado en el que pastan toros pardos, cruzando los dedos para que él no me vea por el espejo retrovisor. Y es ese día, el día en que creo ver viejas vestidas de negro sentadas en sillas de tijera. A uno y otro lado de la carretera, porque entonces no había autopistas y las carreteras atravesaban la calle mayor de pueblos que tenían una sola calle que se llamaba Calle de la Carretera. Viejas vestidas de luto. Viudas, pero también madres que han perdido un hijo en la guerra, mujeres que han ido perdiendo la esperanza igual que los colores de sus vestidos, y que ahora parecen sólo una única mujer y esa mujer parece España, la España de negro, dolorida, enlutada y aún altiva, con una última dignidad y una última miseria en la mirada. Por eso cuando uno ve una de esas viejas siente amor y repugnancia en la misma medida, como la sentíamos entonces por España, por lo que quedaba de la Península Ibérica flotando como un harapo al viento, pero todavía de pie, resistiendo en el vestido negro de esa vieja que se niega a morir porque lleva demasiado tiempo muerta.

— line/>

Las mujeres españolas tienen una media de vida de 82,6 años, las segundas más longevas del mundo, tras las japonesas, que alcanzan los 84,6, mientras que los hombres españoles sólo llegan a los 75,3 años, lo que les coloca en el puesto undécimo del *ranking*, los más longevos son los islandeses, con 77,8 años.

Los varones no alcanzan la media de los ochenta años en ningún lugar, mientras que las mujeres superan esa cifra en diecisiete países.

A él le gustaba desplegar las verdades de periódico como si fuesen verdades bíblicas.

Lo lógico sería que las mujeres se casasen con hombres más jóvenes, así no habría tantas viudas.

De todas formas pronto no habrá viudas, sólo divorciadas.

Siempre habrá viudas.

Una mujer que pierde a su hombre siempre es una viuda.

— line/>

Pensé cómo sería pasar siete coma tres años sin él. Viuda de él. Los años que las mujeres vivían más que los hombres en este pequeño país. Pero las mujeres estaban viudas mucho más tiempo. Como en general eran mucho más jóvenes que sus hombres, al menos cinco o seis años de media, eran viudas durante trece años.

Podía ser peor. Pensé en cómo sería pasar ochenta y dos años y seis meses sola en este mundo sin haberle conocido.

Al menos, como yo era veinte años mayor que él, en teoría, pero sólo en teoría moriría antes,

trece años antes según las estadísticas, teniendo en cuenta que como mujer viviría siete años más, y como mujer feliz añadía yo, quizá no muriese nunca.

Así que la soledad de mi amor joven duraría lo mismo que la de las viudas españolas, aunque éstas estuviesen casadas con hombres que se decían de su edad, es decir, algo mayores.

Pero mi vecino de rellano había muerto con ciento tres años. Pensé cuántos hombres de cuarenta años y niños de tres habían hecho la media con mi vecino para dar esos setenta y cinco años de media. La media que no tiene nombre, porque no cuenta la vida de nadie, sino que es sólo eso, la media: la mitad, sólo una mitad, la más pequeña de la verdad.

— line/>

Dicen que en Nauchipán sólo mueren los que creen que son mortales. Todos nacemos inmortales, cuentan. Morimos porque creemos que vamos a morir.

Parece fácil ser inmortal, pero incluso la mayoría de los hombres de Nauchipán carecen de la fe necesaria. Empezamos a ver a la gente que muere a nuestro alrededor. Y acabamos por dudar, por creer que quizá nosotros también moriremos y en el momento en que lo creemos por vez primera empezamos a morir, y con nuestra muerte sembramos la duda en el corazón de otro que había nacido inmortal como nosotros.

Y la duda acaba matándole.

— line/>

Él conduce demasiado deprisa. Es tan joven que no tiene miedo. Le he dejado conducir mi coche. Después de todo conduce también mi corazón. Pero yo sí tengo miedo. Le digo que pare.

Le digo que vaya más despacio y acelera. Es tan fácil hacer lo contrario de lo que te dice una mujer. Te hace sentir tan hombre. Hace que a ella se le marquen las arrugas.

Cierro los ojos. En realidad me gusta que vaya tan deprisa. Me gusta que me haga sentir miedo. No me importa que sea un niño. Supongo que por eso le quiero.

— line/>

No es tan fácil encontrar un sitio para plantar la tienda.

Todas las tardes él busca un lugar con agua, con árboles.

Con tierra blanda y suave.

Lejos de las casas, de las miradas.

Conduce hasta el final de las ciudades, hasta las alambradas. Más allá de los pasos a nivel sin barreras, a través de las vías del tren, en el lado oscuro del río.

Donde no va nadie.

Y descubre que hemos llegado al poblado gitano.

Cartones, hojalata, uralita, ladrillo, madera, sudor humano y anuncios de refrescos. Los niños que corren descalzos. Las camionetas más grandes que las chabolas.

Me he convertido en un patriarca gitano. Ellos también llegaron aquí. Ellos también son distintos.

Buscaban el agua, la sombra, el lugar que no quería la otra gente.

Yo buscaba lo mismo y he llegado al mismo sitio.

Ahora también tú y yo somos nómadas. Somos como ellos.

Para el resto del mundo, tú y yo somos gitanos.

— line/>

Todas las carreteras llevan a alguna parte, dijo él.

Y siguió conduciendo a pesar de que hacía tiempo que la carretera ya no tenía líneas blancas ni arcén. A cada kilómetro la carretera se estrechaba y había más baches, hasta que la ruta se convirtió

en un camino sin asfaltar y todo fue un único bache. El coche daba saltitos como si tuviera hipo, pero él siguió adelante.

Llegaremos a algún sitio, decía, y yo estaba segura de que la carretera acabaría en una granja o en una vieja mina, pero no dije nada. El mapa dice que está por aquí, añadió, y como yo nunca había entendido el mapa, no pude rebatirle.

Al final de esta carretera, hay un pueblo donde viven los descendientes de los neandertales.

Cuando encontramos la ciudad de los pelirrojos supe que casi habíamos llegado.

— line/>

Nos paramos delante de la casa blanca, donde él decía que el mapa señalaba una de las entradas de Nauchipán. Tiene la marca de la Edad Secreta, dijo, pero no me explicó cuál era la marca ni dónde estaba.

Desde la puerta de madera abierta se veía un túnel y, al final del túnel, una luz entre la hiedra. Avanzamos agachados, porque el túnel había sido construido para personas más bajas que nosotros, para enanos o niños. Al final del túnel había un patio con un pozo y un brocal. Las paredes estaban cubiertas de hiedra y en una esquina reventaban las flores de una buganvilla. Había macetas con plantas extrañas sobre los adoquines de piedra. No vimos a la anciana inclinada sobre el pozo, era muy pequeñita, casi invisible. El túnel debió haber sido hecho a su medida. Llevaba una cesta entre las manos y se afanaba sobre una de las macetas. Nos sonrió como si nos hubiera estado esperando.

Tardabais tanto, dijo. Era pelirroja y uno de sus ojos era completamente blanco. Aun así, uno se sentía bien cuando la miraba.

Arrancó unas hierbas de la maceta que tenía entre las manos, se parecían a los tréboles pero eran más carnosas y grandes. Al mirarlas de cerca, pude ver que tenían forma de cabecitas de niño.

Viven del aire, dijo, se pueden conservar en agua, os durarán lo suficiente.

Entonces él me tomó de la mano y nos fuimos.

Al subir al coche, vi que las cabezas soltaban un líquido verde, como si lloraran por los ojos que no tenían.

— line/>

Lo único que sacamos en claro es que en aquel pueblo todos eran pelirrojos.

A medida que nuestro pequeño utilitario avanzaba por la única calle principal, una calle llena de baches y desierta, que nos hacía sentir como el primer vehículo que llegó al salvaje Oeste, los niños corrían a ocultarse en las casas y se cerraban las contraventanas de madera por las que hasta hace un momento se veían asomar cabezas pelirrojas. Los pelirrojos huían a nuestro paso y se fundían con las casas de piedra. Al fin encontramos a un anciano de cabellos blancos y ojos azules, a alguien que no era pelirrojo, pero algo en sus canas, en el color rojizo de su piel nos decía que lo había sido hasta hace poco. Salve, nos dijo, hay poco que ver aquí, forasteros. No sé por qué nos sorprendió que hablara nuestro idioma, incluso que hablara, pero después de esa frase no fuimos capaces de sacarle ninguna otra, se convirtió en parte de la pared de piedra, en parte de los balcones de madera, en parte del pueblo inmutable de montaña al final de una carretera que no viene en los mapas.

Sólo después de mucho tiempo y muchos cigarrillos (acabó con nuestras existencias de tabaco y no sabíamos cuándo podríamos volver a comprarlo), sólo después de un trago de aguardiente, que mi amor guardaba en la guantera como arma secreta y que de manera inaudita había sobrevivido a mis ataques de ansiedad, sólo después de una eternidad, nos dijo que sí, que los habitantes de aquel pueblo tenían dos cosas en común: todos eran pelirrojos y a ninguno le gustaban los forasteros.

— line/>

La ciudad que vino después es toda una única cuesta y un único tranvía. Es una ciudad que casi no existe. Es parte de Nauchipán y parte del cielo. Menos mal que huele a pescado. Para que pueda creer en ella.

Quedémonos aquí para siempre, le digo desde el Castillo de San Jorge. Podemos abrir un café con Internet sobre el mar. Sería un buen negocio y los portugueses siempre han sido grandes navegantes. Hemos visto muchos cafés antiguos y casi ningún cibercafé. Abramos uno y quedémonos aquí. Lejos de todos los que nos conocen. Aquí tendríamos una oportunidad. Esta ciudad está tan cerca del cielo que es posible que el amor no sea imposible.

— line/>

He dejado los estudios de Bellas Artes para pintar los sonidos del mundo, y he dejado el alfabeto al óleo para buscar la Edad Secreta de Nauchipán. No puedo dejar todo eso para quedarme quieto en una sola ciudad o en una sola mujer. Aunque seas tú. Te dejaré seguir buscando conmigo, pero no renunciaré a buscar.

— line/>

A veces hay que comer. Aunque no tengamos hambre. Hace días que no siento el hambre ni la sed, casi pienso que puedo vivir del aire cuando la cabeza comienza a dolerme. Los palos de la luz, las vacas, los molinos de viento, todo va a estallar, el mundo es blanco, con una luz que deslumbra. Él dice, tienes que comer algo. Encontramos una vieja venta en medio del camino polvoriento, la entrada está sin asfaltar, hay guateques de moscas en los charcos, polvo, sudor y hierro cuando aparcamos, pero dentro hay mantelitos a cuadros azules y negros, jamones ahorcados en la penumbra y relucientes quesos manchegos tan orondos como el camarero que nos sirve. Pedimos un menú del día para compartir, es que no tenemos mucha hambre y nos lo sirven en dos platos diferentes, con gesto compasivo. En ese momento suena un vals, un vals que todo el mundo conoce, y que habla de un río que divide Europa. Él cierra los ojos, sabes que nací allí, por accidente, nací junto al Danubio en Budapest, el Danubio sólo es como tú esperas en Budapest. En Viena, en cambio, es un río domesticado y manso. Hoy invito yo, dice cerrando los ojos, y me coge en brazos, en la venta desierta, polvo, sudor y hierro, se levanta una brisa fresca que viene del Danubio, él me alza y bailamos un vals como se baila en las bodas, pisándonos el uno al otro todo el tiempo y luego él me besa y el manchego orondo nos aplaude. Y yo me siento como en mi primer baile. Danubio Azul en una venta castellana.

— line/>

Todo el mundo iba al Norte. A luchar contra el mar. Por el mar. Cruzamos autobuses, bicicletas, un burro pintado de colores, un camello.

Cuando vimos el camello nos dimos la vuelta. No éramos los únicos que estábamos locos. Toda aquella gente iba al Norte, como nosotros, buscando algo tan imposible como Nauchipán. Y nosotros simplemente les seguimos.

Hasta el Mar. Negro.

Vemos avanzar la mancha negra sobre el mar, como si todas las cosas malas fueran a caer sobre la playa y sobre el mundo. De cerca no es tan negra, sino de un marrón sucio, el color de la mierda y las cosas que no queremos. Quizá el mal no sea tan negro, tenga siempre algo de espuma blanca, como el mar que no nos mira, pero, a cambio, huele mal. No huele a salitre, sino a coche averiado. Entre las rocas alguien encuentra un pájaro completamente cubierto por el cieno negro. La marea negra cubre los *Cubos de la Memoria*, y a todo el mundo le gustaría olvidar que está aquí. Ha alcanzado a las aves y las aves pueden volar.

Nos ponemos a limpiar y al cabo de un rato estamos cubiertos de goma negra, somos un pulpo

sin tentáculos enterrado en petróleo y arena. El sudor se mezcla con el fuel y pienso que he muerto y estoy en el infierno. Entonces le miro. No le reconozco, tiene la cara negra, todo el cuerpo manchado, los guantes rotos y las lágrimas sucias. Si él está en el infierno, entonces es que el infierno es el cielo.

— line/>

Nos fuimos de allí, pero a partir de aquel día soñé cada noche que la marea negra volvía y me arrebatava lo único bueno que había en mi vida.

— line/>

La carretera terminaba en una pequeña península. Podía decirse que no llevaba a ninguna parte. Pero no era cierto, porque nos había llevado hasta allí. Sin embargo, no podíamos seguir más allá. Debía de ser el extremo norte del país, quizá el extremo norte del mundo. El fin de las tierras. Dejamos el coche apoyado en el muro de hormigón. A lo lejos se veía un pequeño edificio y las olas grises, casi negras.

¿Qué siento cuando miro el mar? Pensé, pero sentía sobre todo frío. Caminamos por un descampado de grava, aquí y allá se veían pequeñas islas de hierba con la dureza de los sobrevivientes. El viento azotaba nuestras caras y deseé que me estrechara en sus brazos, aunque sólo fuera para darme un poco de calor. Pero seguimos caminando. Se me metían en los zapatos piedras pequeñas como briznas de dolor.

Avanzábamos hacia la pequeña torre circular que cada vez se parecía más a un faro. El faro del fin del mundo, pensé.

No había luces. Todavía era de día. La puerta era azul, de madera pintada con una pintura brillante como la de los barcos, y estaba entreabierta. Había otras puertas dentro, de madera sin pintar. Unas abiertas y otras cerradas. Subimos por una escalera circular a través de las puertas abiertas para nosotros. Saludábamos para escuchar el eco y ahuyentar el miedo, no porque pensáramos que había alguien. Los dos teníamos la sensación de estar solos. Al final de la escalera había una puerta y estaba abierta. El único mueble era una cama nueva de madera, con un colchón sin estrenar, con el plástico intacto apretando los muelles, como un preservativo. Una cama donde nadie había dormido.

Hasta hoy.

Al verla pensé que la marea negra ya no volvería.

Pero claro, una vez más estaba equivocada.

— line/>

En otoño me da pena matar a las moscas. Les queda tan poco tiempo. Deberían haber muerto ya. Pero el verano que se alarga sin razón las mantiene aún con vida. Por eso las dejo que se refugien en el coche, y que se posen en mi reloj de pulsera. Las dejo que se estrellen contra el parabrisas, las dejo que se oculten en los cabellos de mi amor. A veces me molestan, pero siento que si hiciera algo tan cruel como matarlas, habría roto una regla de esta tregua. No sé cuál es la regla ni con quién es la tregua. Pero esto es lo que siento, que es importante no matar ni a una mosca, ni a una pequeña posibilidad negra y peluda de seguir en la carretera. Seguir vivos.

— line/>

A veces el sol me da en los ojos y la carretera se vuelve tan brillante que deja de existir, es entonces cuando estamos más cerca de estrellarnos y yo siento que nuestro amor es así, como un negativo que al ser expuesto a la luz desaparece. ¿Qué pasará cuando lo saquemos de la penumbra amable de este coche y lo exponamos a la luz de los demás? ¿A la mirada de los amigos? ¿A la luz implacable de la familia que ha velado los negativos de tantas historias de amor?



— line/>

Nunca hablamos de ello, hasta que un día hablamos.

¿Tienes hermanos?

Tengo un hermano que vive en París. Antes era músico, pero ahora da clase en un conservatorio, está casado con una francesa pero le va muy mal. Tienen una niña y todo, pero igual le va fatal. Se llama Antonio.

¿Y tú?

Yo tengo un hermano, pero se ahogó a los dieciséis años. Pero no hablo de él en pasado, yo siempre tendré un hermano aunque no vuelva a verle.

De todos modos no sé por qué te lo pregunto, no escogemos a nuestras familias.

Los budistas dicen que sí, que escogemos a nuestros padres antes de nacer.

Bueno, eso explicaría por qué nos enfadamos tanto con ellos, por qué de lo que uno más se arrepiente es de sus propias decisiones.

— line/>

Y por eso, cuando al final con los años les perdonamos, es como perdonamos a nosotros mismos.

— line/>

¿Sabes? A mi hermano le abrieron el pecho y le pararon el corazón durante una hora y media. Si es verdad que cada corazón tiene los latidos contados, mi hermano vivirá una hora y media más.

— line/>

Me desperté bañada en sudor y supe al instante que no había soñado con él. Un minuto después me di cuenta de que había sido mucho peor, de que había soñado con mi marido.

— line/>

Mi marido me dejó por una mujer veinte años más joven que él. En realidad no me dejó del todo. Una pequeña parte de sí mismo seguía volviendo a casa todas las noches. Pero la mejor parte, la parte de la cual yo me había enamorado, nunca volvía. Volvía su cansancio, su mal humor, su culpabilidad y sus celos. Sí, celos, porque engañarme tampoco le había enseñado a ser generoso. La chica era su secretaria, yo lo sabía y no lo sabía. A veces la historia me parecía tan vulgar, tan previsible, tan indigna de la vida real, de mi vida real, que yo me convencía de que sólo eran cotilleos malvados de escalera. Cuando me diagnosticaron el tumor se sintió obligado a confesármelo. Así él se sintió mejor y yo mucho peor.

— line/>

Luego, como yo tardaba en morirme, me dijo que no quería dejarme, pero que tampoco podía permitirse perderla, que eligiera yo. Le pregunté si creía que una chica veinte años más joven podía quererle de verdad. Me dijo que puede que estuviera enamorada de su despacho o de su cuenta corriente o de su sillón de mando, pero es que su sillón de mando también era él. Eso es lo malo, que con el tiempo de ti mismo sólo queda tu sillón y tu despacho.

¿Y tú qué hiciste?

Me lancé a conducir para encontrar un chico veinte años más joven que yo y preguntarle si puede quererme a pesar de esa diferencia, con esa diferencia.

Yo tengo mucho tiempo para querer, tiempo para perder también, y quiero pasar ese tiempo contigo.

Al menos por el momento.

— line/>

Algunas veces sus ojos se llenan de luz, habla durante horas y parece el hombre más atractivo

de la Tierra, una mezcla entre Paul Newman y Brad Pitt y otras veces parece que él se ha ido, que ya no está y que ha dejado sólo a un pordiosero incapaz de la menor grandeza, los ojos se vuelven pequeños y se quedan sin color y los labios se achican hasta hacerse finos y crueles.

Y habla del futuro.

— line/>

En el futuro las cosas más caras serán las que hoy son gratis. El aire y el agua. La gente racionará el agua, gotita a gotita como si fuera perfume. Y el aire puro se venderá en bombonas. En cambio, las televisiones, los coches, los relojes, serán baratos, muy baratos, nadie dará importancia a esas cosas, un hombre rico, será, es ya, el que tiene un árbol.

— line/>

Y habrá Bancos de Tiempo, los que tengan tiempo de sobra lo meterán en un banco y otros podrán tomarlo prestado. Habrá gente que venderá su tiempo, como hoy los pobres venden su sangre.

Y habrá ladrones que robarán el tiempo de los demás y lo venderán en el mercado negro.

Gente que empeñará su tiempo para pagarse vicios que no valen la pena.

Y otros que ahorrarán tanto tiempo que no les quedará vida para gastarlo.

Claro que el tiempo de todos no valdrá lo mismo, será muy difícil hacerse con tiempo de calidad, porque los que tienen tiempo exquisito son los que lo guardan para sí mismos y no lo cambian por nada.

En esos días la gente de Nauchipán podría hacerse rica si sólo saliera al mundo y vendiera su tiempo.

— line/>

Habrá máquinas de soñar. Seleccionarás en un programa lo que quieres soñar esa noche. Al principio no habrá muchas opciones, pero con el tiempo los sueños serán a la carta. Tú mismo podrás dibujar en una pantalla azul tu sueño favorito. Y repetirlo todas las noches.

No sabemos qué efecto tendrá esto en la humanidad futura, el control de los sueños de los ciudadanos será el sueño de los dictadores.

Los psicoanalistas decretarán la muerte del subconsciente y luego se reciclarán como diseñadores de sueños.

Porque la gente sin imaginación contratará a otros para que les busquen nuevos sueños.

Una vez controlados los sueños, la humanidad creerá que controla los imprevistos, que lo sabe todo sobre sí misma.

Y entonces, como siempre que uno cae en ese error, algo sucederá algo.

— line/>

Hoy llueve. Llueve sobre los campos, sobre la carretera, sobre nuestro pequeño coche. Parece que en el mundo sólo ha quedado la lluvia. Debe de estar lloviendo en todo el mundo. Debe de estar lloviendo en Nauchipán. Pero entonces oigo un avión que pasa volando sobre las nubes. Casi puedo verlo. Y sé que desde el avión se ve el sol. Siempre hace sol en el mundo, pero no siempre podemos verlo. Si vuelas lo suficientemente alto, por encima de las nubes siempre luce el sol.

Por eso me gustaba tanto viajar en avión. En los aviones siempre pido la ventanilla y miro hacia fuera. Suelo pensar que la gente que se sienta al lado de la ventanilla, esa gente que no puede escapar, que no puede levantarse al baño, esa gente no tiene miedo, está abierta al mundo y no le importa que las nubes se le cuelen dentro. La gente introvertida se sienta al lado del pasillo, siempre a punto de levantarse para ir al baño, no quiere volar, sino encerrarse en ese útero que es el avión. Porque el avión es como un útero, los de adentro quieren creer que el útero es el mundo entero, los de afuera, los que pegan sus narices a la ventanilla, quisieran saltar fuera del útero y comerse el

mundo, y aquellos que necesitan ir en el medio, apretujados entre otros pasajeros, éstos son los que quieren ser masa y no ser nunca responsables, ni de sí mismos ni de nada.

No quieren nacer.

En el avión los extrovertidos miran hacia fuera, los introvertidos piden un whisky a la azafata, los desafortunados son masas ignoradas entre una pareja de señores gordos.

En el coche los que tienen miedo miran hacia fuera, los que no temen a nada miran hacia abajo, al cambio de marchas, a las rodillas de él, al monobikini de ella, a los pensamientos que tenemos cerca de los pies.

— line/>

Desde el avión crees que ves el mundo como lo ve Dios, en el coche el mundo pasa por las ventanillas como una película o como la televisión, a pie, en moto, en bicicleta, los olores, los sabores del mundo, el polvo de la carretera se te meten dentro y eres parte del mundo. No te mueves en el paisaje. Eres el paisaje.

Pero las ventanillas de los coches nada tienen que ver con las de los aviones.

Las ventanillas de los coches están empañadas de realidad.

— line/>

Aquí está la realidad que no quiero ver. Estoy cansada, agotada, no puedo más. Me duele la espalda después de treinta horas en la carretera. Me duelen los oídos de oír hablar de un lugar que no existe. Pero él está fresco, como si acabara de despertarse. Le brillan la piel y los ojos. Los veinte años que nos separan parecen de repente veinte siglos. Me siento vieja y cansada aunque los hombres todavía se vuelvan a mirarme. Con el cansancio y el humo del cigarrillo se me marcan más las arrugas alrededor de los ojos, y busco la penumbra para que él no me vea.

Para que no vea las sombras que la edad y el amor le han puesto a mis ojos enrojecidos.

— line/>

He vuelto a oír el avión y me ha hecho sentirme mayor, porque he recordado aquel otro avión. Es curioso, sentada aquí al lado de este chico que apenas conozco, sólo puedo recordar cosas buenas de los aviones.

Ahora recuerdo aquel avión. El último avión. Ya no hubo otros después. El pasillo era similar a los demás pasillos de mi vida, y el avión no me pareció diferente al de tantos otros viajes. Pero de éste parece que no iba a regresar. La alarma me llegó con un segundo de retraso, cuando las palabras en inglés comenzaron a trepanarme el cráneo, cuando supe por qué no había entendido la primera alocución del comandante.

Pero entonces ya estaba a dos mil metros de altitud y toda huida era imposible. Un avión es la más segura de todas las prisiones. Ni siquiera el suicidio puede alejarte de ella. Las puertas están herméticamente cerradas, no hay resquicios, sólo nubes a las que les importa poco tu sufrimiento.

Un avión es como un alegre ataúd blanco que vuela a un país desconocido sin permitirte escapar. Doce horas más tarde estarás en una tierra a la que nunca quisiste ir, en un lugar donde nadie te espera.

Mientras tanto, tu vida te abandona en otro aeropuerto, donde otra gente sí te espera, donde un futuro sí te estaba prometido. Y tú, sentenciado sin juicio a esta prisión con fronteras al absurdo, intentas sin éxito comunicarte con las azafatas de crueles ojos rasgados. No te comprenden. El mensaje en inglés es para ellas un lenguaje cifrado salido de un inexpugnable oráculo magnético. Sólo saben decir *tea* o *coffee*. Y tú poco más que ellas. Hablas el mismo idioma que otros quinientos millones de personas en todo el mundo, pero ahora no te sirve de nada, ni siquiera de consuelo. No recuerdas si alguna vez oíste el nombre del país de tu destino. Quizá en un sueño. Sólo sabes que, sin

saber cómo, te equivocaste de avión, no llevas tarjeta Visa y no sabes qué hacer con tu trayecto de retorno. Nunca has oído de nadie al que le haya ocurrido esto. Buscas un compatriota entre los pasajeros, alguien que pueda comprenderte y que te dé una clave de lo que te espera. Pero tan sólo hay caras inmóviles de brillos dorados. ¿Cómo pudiste equivocarte de pasarela después de entregar tu tarjeta de embarque? Has oído de gente que se equivoca de autobús, pero nadie que se confunda de avión. Quizá puedas vender la exclusiva a algún diario, como aquella inglesa que se alegraba de haber sido atacada por un cocodrilo en Australia, porque con la historia había ganado más dinero que en todo un año de trabajo. Mientras tanto, tú te levantas y recorres nerviosa los pasillos antes de que las señales luminosas te confinen de nuevo a tu asiento.

— line/>

Las turbulencias que sacuden el aparato no son nada comparadas con las que confunden tu cerebro. Te pones a gritar y la azafata te trae un whisky, sin perder en ningún momento la compostura. Parece que no es el primer ataque de histeria que ve. A ti nunca te gustaron los aviones. Contemplas aterrorizada la progresión en el mapamundi de tu vuelo sin escalas. Te imaginas los titulares de los diarios: «A las antípodas sin pagar billete». ¿Cómo vas a volver? Se suponía que tu marido te esperaba en el aeropuerto con el coche alquilado y el dinero. ¿Y ahora qué? Rezas para que hubiera al menos un Consulado.

Reflexionas. Este avión ni siquiera estaba anunciado en los paneles; un nombre tan exótico te habría llamado la atención. Seguramente era sólo una escala, incluso una escala técnica con los mismos pasajeros que salen a estirar las piernas y vuelven a subir al mismo avión un cigarrillo después. Te viene a la mente el antiguo ocupante de tu asiento, tan perdido en tu ciudad como tú lo estás en el aire. No podrá entrar en el país sin visado y tú, que ni siquiera llevas pasaporte, no sabes si irás muy lejos con el carnet de identidad de un pequeño país, en el que hace muchos años que el sol sí se pone. Es verdad que corriste como una loca para coger el avión cuando el altavoz anunció tu nombre como el último pasajero díscolo, la oveja negra retardataria. ¿Será éste el castigo que las líneas aéreas imponen a los usuarios desobedientes? Piensas que la próxima vez estaría dos horas antes en el aeropuerto. Esto si hay próxima vez. Por lo pronto, te vas a quedar sin trabajo. Si no te dejan entrar en el país, tendrás que acampar en el aeropuerto porque no llevas dólares, el único lenguaje comprendido en todo el mundo.

— line/>

Sacudes a la azafata por las solapas y los dos auxiliares de vuelo te reducen con una especie de directo al estómago. ¿Será esto una pesadilla a causa del whisky? Tratas de hablar inglés con tu acompañante, un hombre de barba gris con tanto aspecto de hombre de negocios que es imposible que lo sea. Su inglés debe de estar reducido a los términos de bolsa porque, aunque lee el *Financial Times*, es incapaz de comprender las palabras más corrientes. En todo caso, «ayúdeme» no forma parte de su vocabulario, nunca estuvo en el vocabulario de los tiburones.

— line/>

Hay una señora gorda con aspecto de madre. Quizá ella sea más comprensiva. Pero no emite más que ladridos guturales, aunque sus ojos estén llenos de esas buenas intenciones que aparentan los que no las tienen.

— line/>

Te imaginas mil futuros posibles, segura de que, al representártelos, los conjuras. Las cosas nunca suceden como las imaginamos. El mero hecho de pensar algo lo aleja de lo real, lo hace prisionero del mundo de las ilusiones y los sueños que, por definición, nunca se hacen realidad. Así que te ves muerta de hambre en la sala de espera de un aeropuerto desconocido, con tu última mirada

presa todavía del inclemente girar de un ventilador grasiento que cuelga del techo, no para alejar el calor, sino para realzarlo. O encerrada de por vida entre muros, acusada de volar sin billete y de entrar sin papeles en el país. Tu foto, con inevitable aspecto presidiario, haría aumentar los ingresos de Amnistía Internacional y sería publicada en la televisión a la hora de mayor audiencia, en uno de esos programas de éxito que buscan desaparecidos imposibles. Pero nunca los retransmiten más allá de los Urales. Lo conjuras todo para que no suceda, aunque sabes que hay mil otras posibilidades que ni siquiera se te ocurren, con cualquiera de las cuales la realidad puede tomar una sangrienta venganza de tus neuronas.

— line/>

Imposible buscar ayuda en otro pasajero, imposible hacerte comprender por la tripulación, imposible escapar. Sólo te queda dormir y reservar tus fuerzas para la lucha al otro lado de este túnel de viento donde te espera el resto de tu vida.

— line/>

Cuando despiertas, hay un tomado de voces confusas y ruidos de radio. Por un momento crees que todo ha sido un sueño, que estás aterrizando en casa. Cierras los ojos. Como una promesa tenebrosa, las luces de la ciudad, cuyo nombre desconoces, tiemblan de miedo mientras el avión se abate sobre ellas. Has llegado a tu destino.

— line/>

Es más fácil de lo que parece coger el avión equivocado.

Después de eso no hubo más aviones, ni más viajes románticos de pareja.

Empecé a tener miedo de volar y desde entonces sólo viajo en coche.

Y a veces, como hoy, dejo que un chico guapo lo conduzca aunque le rompa el cambio de marchas.

Y me concentro en sus palabras para olvidar cómo rechinan las ruedas sobre la gravilla de la carretera.

— line/>

Antes de todo, dicen los viejos de Nauchipán, era el Tiempo de los Sueños. Donde sólo existían las voces.

Los cuerpos todavía no habían sido formados, fueron formados luego con los timbres de las voces, sutiles unos, fuertes otros. Efímeros todos.

Antes de todo sólo existían las Palabras, y poco a poco las palabras fueron haciendo el mundo.

Pero no os dejéis engañar.

Porque el mundo todavía no está terminado.

— line/>

Hay que pararse, de vez en cuando, hay que pararse.

También la lluvia se ha parado y el aire huele de una manera que da hambre.

Todo es de plástico en este lugar, las sillas anaranjadas, el mostrador, hasta el jamón del bocadillo que me estoy comiendo es de plástico.

Estoy sola comiéndome un bocadillo de jamón. Él ha ido al baño. Es bueno separarse unos minutos, después de tanto tiempo de no separarnos, es bueno y es extraño.

El empleado masca chicle y lleva un delantal blanco lleno de manchas de café. Me trae la cuenta.

Señora, su hijo no me ha devuelto la llave del servicio.

Se rompe algo, en algún lugar, miro las venas del jamón como si fueran heridas, me parece verlas sangrar.

No digo nada, salgo sin pagarle y el hombre sale tras de mí.

Me subo al coche y le espero.

Él llega riéndose, alegremente, con un bote de yogur de fresa. Abro la ventanilla y esta vez le digo que acelere, que vaya a todo trapo, para que el aire contaminado de la autopista me seque las lágrimas antes de que él las vea.

— line/>

No pude tener hijos. No sé si mi marido los tuvo o los tendrá con otras. Los domingos me quedo con mis sobrinos y me pregunto continuamente si sería capaz de soportarlos todo el tiempo. Antes de ir al hospital había hecho todas las gestiones para adoptar un niño. Una vez hace mucho, cuando mi marido y yo no estábamos casados, me quedé embarazada. Yo quería aquel hijo. Pero tenía mucho trabajo en aquel tiempo. Acababan de hacerme jefa de sección. Era la primera en fichar y la última en salir. Quería demostrar lo que valía. Nunca sabré si lo perdí porque caí y tropecé en las escaleras de mi trabajo o porque muy en el fondo me daba miedo tenerlo. Tener un hijo y quizá perder mi trabajo, mi puesto. Después de eso siempre me sentí culpable, como si hubiera sido culpa mía, como si no hubiera sido un aborto espontáneo. Mi marido decía que no quería hijos, pero ahora él puede tenerlos con su nueva chica tan joven.

Durante años intenté convencerle para que los tuviera conmigo. Estaba obsesionada con ser madre. Pero él no quería ni oír hablar del asunto. Me amenazaba con dejarme y con el tiempo me convencí de que tampoco yo quería tener hijos.

Pero si yo no hubiera perdido aquel bebé, mi hijo ahora tendría la edad de él. Podría ser él, huyendo de la enfermedad de su madre, echado a la carretera en busca de una ciudad imposible, con un amor imposible al volante.

Él podría ser mi hijo, pero no lo es. Y a veces me gustaría que lo fuera.

— line/>

Durante los años en que soñé con quedarme embarazada dejé de fumar. Ahora hace tiempo que he vuelto a fumar, pero en este coche casi siempre tengo que apagar el cigarrillo porque a él le molesta el humo. Es tan joven que quiere vivir toda la vida. No fuma, es vegetariano, apenas bebe. Es el hijo que mi padre hubiera querido tener y que nadie de mi generación supo ser. Esta generación viene queriendo ser perfecta, nosotros nos conformábamos con llevar la contraria.

— line/>

Y sin embargo yo había ido a aquella sala de espera creyendo que llevaba un hijo en mi vientre. Creía que mi vida cambiaría al atravesar la puerta pintada de crema, y mi vida cambió, pero de una manera que no hubiera podido nunca imaginar.

Esa vez creía que por fin me había quedado embarazada de mi marido. Nos habíamos arriesgado una sola vez, pero ya llevaba dos faltas. Había celebrado cada una como un cumpleaños, sintiendo que la arena del reloj de nuestra relación caía ahora del otro lado, del lado bueno, de mi lado.

Creía que aquel niño nos haría volver a nuestros mejores años, cambiaría mi matrimonio, puede que mi marido dejase a su amante. Aquella mañana, al dirigirme a la consulta de mi ginecólogo, yo creía que todo era posible.

Fui en metro porque era muy difícil aparcar en el centro. El vagón que me tocó en suerte tenía los asientos de plástico gris, con los bordes rotos y dentados que arañaban las piernas y rompían las medias. Al entrar vi a una mujer asiática. A mí me pareció china, con un elaborado traje bordado con dragones. Me senté en el único asiento libre y vi enfrente de mí a un niño muy pequeño con los ojos rasgados y tristes. Un niño chino. El hijo de la señora, pensé. Era tan pequeño para el asiento que me

daban ganas de abrazarlo, de tenerlo entre mis brazos porque me parecía tan desamparado en aquel vagón como yo lo estaba en la vida. No sabía por qué su madre viajaba tan lejos de él, por qué no lo abrazaba ella. Cuál sería mi sorpresa cuando la elegante mujer descendió en una parada y el niño se quedó allí, sin mirarla siquiera. Mamá, le pregunté, no mamá me contestó, pero habíamos llegado ya a mi destino.

La consulta estaba en una calle elegante con árboles, el tipo de calles que frecuentan médicos, abogados y desesperadas como yo.

En aquel momento me pareció una calle preciosa, y la sala de espera de mi ginecólogo, con pinturas de madres con niños, me acogió con una sonrisa.

La enfermera me trajo un vaso de plástico y una botella de agua. Tiene que bebería toda, tiene que llenarse, es para la ecografía, dijo.

Y yo comencé a beber vaso tras vaso, sintiendo que mi vientre se inflaba como un globo, que toda yo me iba llenando de diversos tipos de esperanza, tan difíciles de asir como el agua.

Debí de concentrarme tanto en esos sueños que no se podían tocar que estrujé demasiado el vaso de triste plástico, que se derramó sobre mí. La enfermera llegó corriendo y enjugó como pudo el desastre. Mi turno llegó por fin y atravesé la puerta pintada de crema.

Cuando volví a la sala de espera, me di cuenta del polvo que antes no había visto sobre los muebles. Me pareció oscura. Y advertí el olor a tabaco y a aire viciado. También vi por vez primera la reproducción de *El grito* de Munch, que desde la pared de enfrente presidía la sala y el mundo.

Menopausia precoz.

En algunas mujeres se presenta a los veintinueve años, usted ha tenido algunos años más y muchas oportunidades.

Menopausia precoz.

No estaba embarazada, ya nunca lo estaría.

Salí a la calle y me pareció burguesa y vulgar, y me pareció también que la ciudad era una ciudad extraña y que yo estaba allí de paso, por pocos días.

La ciudad en la que había vivido durante veinte años era de pronto una completa desconocida.

Regresé a casa a pie, muy despacio, en los cláxones de los coches oía una y otra vez las palabras del doctor.

Además, en su caso hay signos peligrosos, me gustaría realizar otros exámenes.

Hay palabras, hay frases que conducen al cielo, otras en cambio, son las puertas del infierno.

A partir de ahí empezó mi calvario, de médico en médico y de clínica en clínica.

— line/>

Y sin embargo hoy bendigo esas palabras porque al final del camino me trajeron a esta carretera, a este coche, a esta vida.

— line/>

En muchos lugares del mundo, entre las tribus perdidas y los pueblos pobres, sería ya vieja y habría perdido mis dientes.

Una mujer de mi edad era una anciana en la edad de piedra.

No sé si las mujeres de Nauchipán son viejas a mi edad. Sé que en el Amazonas ya habría sido abuela, pero aquí, en este coche que avanza hacia ninguna parte, todavía me considero joven gracias a las cremas y al rock and roll.

Yo soy de la generación del rock and roll, de los tiempos en los que la cultura pop llegó a este país, y la juventud, al menos la de algunos, se extendió hasta los cincuenta años.

Soy hija del rock and roll, de esa forma de vida que mi madre no conoció, que nos permite

llevar vaqueros y peinar canas.

La abuela rockera. Ésa seré yo.

Aunque no lo supiera hasta que subí a este coche.

Y hoy aún estoy en los caminos, hoy queda mucho por cabalgar.

— line/>

Y hoy cabalgo por una carretera distinta. Conduzco con un volante muy pequeño. Lo llaman ratón, pero es más parecido a un pulgar. A veces, si cierro los ojos, puedo sentir en la palma de la mano descargas eléctricas que vienen del otro lado del mundo.

Decían que serían autopistas de la información, pero de momento lo que veo es una carretera estrecha y con muchas curvas. Una carretera del Norte en las montañas. Montañas de conocimientos, de saberes, de fotografías, de estupideces almacenadas en el arca de la alianza, en la carretera de los sabios: Internet. La palabra en inglés. No necesita traducción, nadie la traduce. Internet es una carretera inglesa o más bien americana, que atraviesa el mundo entero. El nervio al descubierto del mundo.

Y yo busco. Todos buscan. Busco quién soy en la Montaña de la Ciencia. Como buscarlo en el Monte Sinaí. Como buscarlo en una carretera de verdad. Al volante de un vehículo que avanza en el espacio y no en el tiempo.

Ahora lo busco en el sendero de montaña de la información, donde se acumula todo el conocimiento útil y el inútil. Busco todas las parejas de la historia donde ella era mayor que él, y que sin embargo tuvieron un final feliz, hasta donde los seres humanos tienen final feliz. Todas las historias felices terminan con la muerte, pero si estamos de buen humor podemos terminarlas donde queramos.

Robert Louis Stevenson y Fanny Vandegrift Osborne.

Ellos primero. Nosotros después.

— line/>

Fanny, la patrona de las mujeres que aman a los chicos más jóvenes. Quizá no fue la única ni la primera pero es de quien más hemos oído hablar. Es la que nos da esperanza. Tenía treinta y cinco años y se llamaba Mrs Osborne, cuando conoció a Robert L. Stevenson, un jovencuelo que quería ser escritor. Ella tenía diecinueve años más que él, estaba casada, aunque separada y tenía dos niños. Todo esto sucedía en 1877. En un siglo en el que parecía que esas cosas no pueden suceder. No sólo se casaron y se fueron a los Mares del Sur, no sólo encontraron la isla del tesoro, sino que, a pesar de la diferencia de edad, fue Fanny la que se quedó viuda de Stevenson a los sesenta y tres años, y acto seguido, mejoró su récord y se casó con un joven poeta de veintitrés años, Ned Field. Este último logró sobrevivir. En el siglo que siguió, pocas mujeres han sabido dar más luz a las que nos arriesgamos a luchar contra el carnet de identidad. Por eso, cada vez que la voz que está dentro de mi cabeza me dice que es imposible, le hago una plegaria a Fanny sin mover los labios. Siempre nos quedará Fanny y el recuerdo de esta carretera.

— line/>

Por más nublado que esté el día, por encima de las nubes siempre luce el sol. Si subes lo bastante alto puedes verlo. Los pilotos de aviones lo saben, y esto es lo que les hace diferentes de los otros, iguales a los sacerdotes, a los sabios y a los locos y a los mendigos. Porque ellos lo ven todo en la distancia, donde los detalles se pierden y sólo se ve lo esencial. Y lo esencial son los detalles.

— line/>

Esa noche acampamos en un bosque de pinos. Las agujas atraviesan la piel de la tienda.

Huele a verde.



Hacemos una hoguera en el linde del bosque. Yo tengo miedo a que todo se incendie. Nunca he hecho una hoguera en el bosque. Las mejillas nos arden al calor de las llamas como si ya hubiéramos bebido vino. Miramos el fuego y el fuego nos emborracha. Es como el mar. Se puede ver todo en el fuego.

Alimentamos al fuego como a un dios, pero es un dios insaciable. A medida que el fuego se va apagando nosotros nos vamos encendiendo.

Nunca había pasado una noche con un hombre a la luz del fuego.

Qué triste hubiera sido haber muerto sin llegar a probarlo.

— line/>

Nos despertamos. Todavía no se han apagado los rescoldos de la hoguera.

Nuestro coche se ha hundido en la arena. No mucho pero lo suficiente.

Buscamos troncos para hacer de palanca, escarbamos, sudamos, maldecimos.

El coche se hunde lentamente, cada vez más.

No conseguimos sacarlo.

Le digo que tengo que ir a buscar ayuda. Nunca busques ayuda, me dice. Si pides ayuda estás perdida.

Pero no le escucho. Comienzo a andar en círculos por el bosque hasta la playa rodeada de pinos, hasta las barbacoas de los turistas extranjeros, buscando a alguien que me ayude.

Por fin encuentro un olor a sardinas fritas y un chiringuito, la playa, la gente, la ayuda.

Al otro lado de la loma se ve un pueblo blanco.

Le pregunto al señor de la enorme barriga. Le pregunto a la extranjera de piel colorada, le pregunto al señor del sombrero de lunares. Nadie habla mi idioma o nadie quiere hablarlo.

Pienso en subir andando la colina, segura de que en el pueblo blanco habrá gente que sabrá entenderme, que sabrá ayudarme. Pero no quiero dejarle solo tanto tiempo. Me da miedo no encontrar el lugar donde le he dejado.

Camino de vuelta por el sendero de arena, las agujas de los pinos se me clavan en los pies.

Mis brazos parecen haber crecido. Me pesan como si llevara dos cestas de piedras, una a cada lado.

Y de repente oigo el ruido de un motor que renquea y veo mi coche y a mi chico que salen victoriosos de la arena.

Él ha ganado, yo he perdido.

Nunca busques ayuda, vuelve a decirme.

— line/>

El pueblo es cúbico, geométrico, laberíntico. Cuando el extranjero llega, se pierde y le parece enorme. Si se queda, cada día le va pareciendo más pequeño. Llega un día en que no se pierde nunca y el pueblo le parece un pueblo chiquito. Ese día el forastero se va o se queda para siempre. Este pueblo blanco es como un queso de gruyer y nosotros somos los ratones que damos vueltas y vueltas en el queso sin poder salir nunca.

— line/>

Nunca olvidaré este pueblo blanco.

Porque en este pueblo he comenzado a perderte.

— line/>

Sucedió poco a poco y como ocurre siempre con las grandes catástrofes, al principio ni siquiera me di cuenta. Pensé que estabas cansado, que habíamos conducido demasiado rato, que era demasiado tarde o demasiado temprano, que hacía mucho calor o mucho frío, pero que pasaría, que

el que no me hicieras el amor hoy no quería decir que no lo hicieras mañana.

— line/>

El amor que se nombra me parecía menos amor, así que al comienzo no dije nada, me limité a jugar con tus pezones cuando despertabas, a mordisquear la piel de tus muslos cuando caía la noche, a besarte con pasión contra los muros de la tarde, pero al fin, tuve que reconocerlo. Te lo dije.

Eras cada vez más cariñoso, más solícito, parabas por agua para refrescarme, me abrías la portezuela del coche al salir, pero no me tocabas y sentí el terror de haberme convertido en tu madre.

Había ocurrido con mi marido. Él decía que hacer el amor conmigo después de veinte años de matrimonio era cometer incesto: acostarse con una hermana. Con el tiempo y las pequeñas manías yo era alguien de su familia, tan próximo a él que el deseo sexual era un pecado. Pero nunca me sentí su hermana, ni parte de su familia, al contrario, con los años me convertí en una colega de trabajo, con esa relación cordial pero un poco distante que es mejor mantener para la buena marcha de la empresa, y la empresa, por supuesto, era nuestro matrimonio.

Durante años, vivimos juntos sin tocarnos apenas, o realizando sólo rutinarios actos higiénicos los fines de semana, que no alcanzaban la categoría de sexuales, sino que se quedaban en una categoría inferior, la de los actos conyugales. La misma palabra acto, que es fría y seca como un cuchillo, habla de esa cualidad oscura y corta que tenían.

Parece ser que la mujer cuanto más enamorada está, más necesita del cuerpo, del sexo, de la caricia, del tacto, del olor; y el hombre, cuanto más conocido, más amado, más seguro el cuerpo, menos necesita de él, menos quiere de ese cuerpo del que conoce cada pliegue. Pero con él no podía sucederme, él era demasiado joven, nuestro viaje no había durado lo suficiente para caer en el hastío.

O acaso yo me había equivocado en algo. Me habría mostrado demasiado complaciente, demasiado ansiosa, porque era imposible que me hubiese mostrado fría, todo en nuestro viaje era cálido, no como el agua hirviendo, sino como el aceite hirviendo.

¿Entonces? Comencé a conocer el peor de los suplicios, el de dormir al lado de mi amado sin poder tocarle, desvelada por el deseo, conteniendo la respiración, tratando de adivinar sus movimientos en la noche, tratando de que nuestros cuerpos se rozasen o se encontrasen por azar, a la espera de que al tocarse produjeran fuego, hicieran saltar chispas, porque mi piel era yesca y la suya pedernal, porque nuestros cuerpos seguían empapados en petróleo y estaba convencida de que el más mínimo roce bastaría para inflamarlos. No podía soportar aquella quietud antinatural aunque antes había sido la única que conocía.

Me sentía como una gata en celo, espiando sus miradas hasta el día en que decidí hablarle. Teníamos delante un horizonte calcinado en el que los postes de la luz eran como los signos de admiración de la tierra. No podía haber menos que mirar y eso hacía que la mirada se relajara y se perdiera en los infinitos amarillos de la tierra quemada.

Y me lo dijo.

Yo tenía razón, me quieres sólo para follar, utilizas mi cuerpo y desprecias todas mis otras cualidades.

No podía creer que ahora él utilizase el sexo como las doncellas de otros tiempos a la manera de una brida para conducirme a su antojo, a izquierda y a derecha, pero así era. Me estaba poniendo a prueba como una muchacha virgen que exige una promesa de matrimonio y al mismo tiempo comprobaba la inmensidad de su poder. El poder del que se hace desear, del que da pero da poco, el poder del deseo.

Ese día aprendí la sabiduría amarga del mundo. El secreto del amor. Y el secreto del amor es no amar.

— line/>

Y el aire de nuestro viaje volvió a cambiar, porque empezó la lucha más antigua del mundo, la lucha por el poder entre un hombre y una mujer que no pueden estar separados.

— line/>

Es otra cosa lo que nosotros, nosotros los que sabemos, llamamos Edad Secreta. Después de la Edad del Bronce, de la del Hierro, de la Edad Media y antes y durante la Edad Industrial, la Posindustrial y todas las edades que se han inventado los nuestros, los que inventaron también la injusticia, la guerra y la poesía. Al mismo tiempo, en el mundo de ellos, de los puros, de los que no matan, ha existido todo este tiempo una única Edad, la Edad Secreta. La que no conocemos. Porque en el Paraíso, antes del Pecado Original, no era necesario cambiar nada, ni inventar nada, no había que construir armas, ni castillos ni conquistar tierras o planetas. Por eso su Edad es Secreta, al menos para nosotros. Es propio de las mujeres pensar en su edad y no en las edades, quizá gracias a eso ellas sobreviven y hacen girar la tierra todos los días, pero yo, aunque joven, soy un hombre, y quizá tú tengas razón y los hombres siempre busquemos las Palabras Grandes y si no las encontramos, las fabriquemos, nuevas. Y ésta es la palabra grande por la que quiero pasar a la historia, yo, un simple pintor conceptual, con un insignificante *piercing* en el ombligo, como miles de pintores conceptuales antes que yo. Si no puedo pintar el lenguaje del mundo, pintaré el de la Edad Secreta. Porque yo voy a hacer que deje de ser secreta.

Yo iré contigo a Nauchipán.

— line/>

¿Qué hace la gente de la Edad Secreta?

La gente de Nauchipán espera.

Esperan que a que todos nos demos muerte, unos a otros. La gente de Nauchipán nunca ha matado a un semejante. Éste era el mandamiento del Paraíso. Ninguna especie mata a sus semejantes excepto los hombres y las ratas.

Ellos piensan que con el tiempo nos mataremos entre nosotros como matamos a todos los de su pueblo. Sin embargo han pasado miles de años y nosotros los que matamos cada día somos más, y ellos son cada día menos. Por eso algunos de los viejos dicen que es matarnos unos a otros lo que nos ha hecho conquistar la tierra entera. Incluso un grupo pidió que se matara a uno de los suyos, a uno de la Edad Secreta para ver si con eso su especie recobraba la fuerza y el número. Pero fue imposible decidir quién debía morir. Imposible decidir quién debía matar. Es la esencia de los Diferentes, de los que llamamos Hombres de Neandertal, pensar que cuando muere uno como yo, también yo muero. Por eso el crimen es igual que el suicidio. Y por esta razón el suicidio es corriente entre nosotros, puesto que matamos a los demás podemos también matarnos a nosotros mismos. Ellos no conocen esta forma de morir. En los últimos tiempos han comenzado a sentirse inferiores, no sólo porque no pueden matar al Igual, sino porque son incapaces de sentir placer en el sufrimiento del otro, incluso en el sufrimiento de los nuestros, que al fin y al cabo somos parecidos a ellos y miramos con miradas humanas. Cuando algunos de los suyos regresaron de la Edad Media contando los tormentos de las hogueras y los suplicios de los inquisidores, todo el pueblo de la Edad Secreta se quedó maravillado. Eran sucesos tan terribles que entre ellos hubieran traído la muerte a un gran jefe si los contemplaba, incluso a un hechicero, y los Otros, nosotros, lo hacíamos en las plazas públicas a la vista de los niños que lanzaban vítores. El pueblo de la Edad Secreta no habla de moral, piensa que quizá somos superiores por ser capaces de tanta crueldad, pero ellos no eligen, ellos están en la naturaleza, nosotros hemos salido de ella, la naturaleza es implacable, pero nunca es cruel sin necesidad, nosotros podemos ser crueles o magnánimos. Por eso el pueblo de la Edad Secreta

espera, creen que si no acabamos con nosotros mismos, la misma Tierra se enfurecerá y acabará con nosotros. Pero la Tierra no tiene prisa, ella es más antigua que ellos, el Pueblo Antiguo, y durará más que los dos pueblos juntos; sin embargo los de la Edad Secreta saben que están en la Naturaleza, y la Tierra no los arrojará de su seno cuando nos arroje a nosotros. Nosotros que necesitamos tanto para vivir, mientras que ellos necesitan tan poco. Nosotros que nunca nos conformamos con nuestros cuerpos sino que necesitamos adornarlos con plumas, con conchas, con pieles, con telas, como si nuestros cuerpos no bastaran. Nunca nos han bastado. Para ellos siempre han sido suficiente.

— line/>

Pero he leído que se extinguieron porque eran inferiores. No poseían la palabra ni el símbolo. No conocían el adorno, que permite que los hombres se diferencien entre sí y muestren su riqueza, que luchan por la riqueza entre sí, que es luchar por la vida. No tenían la palabra. Por eso se extinguieron. No lo hicimos nosotros.

Los vencedores siempre cuentan la historia, y nosotros vencimos aquella vez. Pero piensas que un adorno es mejor que un cuerpo perfecto y musculoso, que una palabra dicha es mejor que una palabra pensada y transmitida por el aire hasta la mente de quien quieres que la reciba. Piensas que un mundo sin plumas y sin oro, sin ricos y sin pobres es mejor que un mundo de castas, de clanes, de clases, el mundo de los jefes. Porque ése es nuestro mundo. Con nosotros vinieron los gritos.

No sabíamos hablar en silencio y vinieron los abalorios. No podíamos distinguimos por nuestras acciones, así que teníamos que hacerlo por el número de plumas, de cuentas, de collares. Algo que se pudiera contar — tú de eso sabes mucho—, algo que pudiera medir la importancia de un hombre comparada con la de otro sin tener que preguntárselo a los dioses.

Ellos hablan sin palabras. A veces sus sabios envían sus pensamientos a los sabios de los hombres, les envían la sabiduría del mundo antiguo, de la no violencia, la sabiduría de hilar tu propio hilo en tu propia rueca y no tener que quitárselo a nadie. Envían la sabiduría a los que escuchan, porque algunos de nosotros somos un poco como ellos. Pero los que somos como ellos no estamos hechos para este mundo, construido para los fuertes y los crueles. Por eso los que creemos que somos como ellos sólo podemos ser santos o mártires o profetas, pero si no tenemos fuerzas, y hace falta mucha fuerza y mucha seguridad para creer que puedes decirle a los demás que eres mejor que ellos, si no tenemos fuerzas, podemos buscar la Ciudad de Nauchipán, que nadie ha visto y unimos a los sabios de la Edad Secreta.

— line/>

Puede que Nauchipán no exista. Puede que yo lo haya inventado para ti. Para parecerte menos joven o más interesante. También tú has inventado nuestro amor para mí con toda la sabiduría de tus años. De todas formas todas las cosas que somos capaces de pensar existen o existirán, suceden o sucederán o ya han sucedido. Porque nuestra mente no es capaz de tanta imaginación, todo lo que alguien cuenta es convocado en algún lugar del universo, como tú llamaste a nuestro amor con tu deseo de amar, con tu deseo de renacer. Yo vine desde lo más profundo de tu amor a la vida, de tu resurrección. Yo soy tu resurrección, existí primero en tu mente que eligió vivir, y buscar otra vida, y luego se posó en una gasolinera cualquiera y en mí, un chico cualquiera y lo convirtió en un chico único, en una gasolinera que bombea la energía de la vida. Por eso creo que Nauchipán existe en algún lugar, y que algún día lo encontraremos.

— line/>

Quizá no está en la Península Ibérica, quizá no está en Europa, quizá esté en Irían Jaya o en la jungla del Yucatán o escondida en el Amazonas, o en el interior de la Capadocia, o en lo más profundo de la Tierra Roja de Australia, pero está en algún sitio y, si tú has hecho que nuestro amor

exista, yo puedo hacer que exista Nauchipán, nacido de mi deseo y de la nada y del dolor del último hombre de Neandertal.

— line/>

Estoy enamorada de un loco de veintidós años que busca un lugar imposible habitado por una raza que se extinguió hace miles de años. Y por si fuera poco ésa no es su mayor locura, su mayor locura es dormir conmigo.

— line/>

Nauchipán no existe, ni existe la Edad Secreta. El amor tampoco existe. Es sólo una palabra. Lo que existe somos tú y yo. Y lo que te pido es un día más.

— line/>

Vimos un coche al lado de la carretera. Las ambulancias quietas y un cuerpo tapado por una manta gris. Todo el mundo se movía muy despacio, era evidente que la prisa ya no podía ayudar al que estaba debajo de la manta. Algunos coches se paraban a mirar y los que iban en dirección contraria frenaban para ver mejor provocando una caravana. Así que tenías que verlo, tanto si querías como si no.

Ver el cuerpo que no se veía. El cuerpo debajo de la manta. Y seguir conduciendo.

Contentos por un instante de no ser él.

De no ser, ahora.

— line/>

Mi madre decía que había que llevar siempre ropa interior limpia por si uno tenía un accidente y se mataba. También había que lavarse bien detrás de las orejas por la misma razón. No sé qué hubiera pensado mi madre si hubiera visto los cuerpos con orejas ensangrentadas, con ropa interior roja y manchada de mierda por la agonía, el miedo y la muerte, que yo había visto en el hospital. La ropa interior limpia no tenía nada que ver con los accidentes de coche. No había manera de estar tan limpio que el golpe seco del limpiaparabrisas de la muerte no pudiera ensuciarte.

— line/>

Supimos que estaba cerca y aceleramos.

La cueva.

Hemos oído hablar tanto de ella.

Entramos. Y es un poco incómoda al principio, pero al final vemos lo que quizá vio el Hombre de Neandertal, lo que vieron los nuestros hace quince mil años.

Altamira. La cueva.

Los bisontes que nos miran desde hace trece mil años al lado de los caballos de quince mil años. El hombre o la mujer que pintó los bisontes. El que pintó los bisontes miró los caballos como yo los miro ahora. También para él eran ya algo antiguo. Nunca imaginado. No sabía que tanto tiempo antes de él habían sabido pintar así. Se preguntó cómo serían los que los pintaron. Si serían como él que va vestido con pieles finas cosidas con agujas de hueso a la última moda. Él es como yo. Como tú. Vive confortablemente. Sólo dedica tres horas a la semana a ganarse la vida. El resto del tiempo va al monte, va al río, va al mar. Se adorna. No sabe que quince mil años más tarde sus antepasados querrán hacerse ricos sólo para poder vivir como él. Construirán automóviles para que sea un lujo ir andando. Para ir al monte, al campo, a la playa.

Pero en ese momento, mirando los caballos que el otro artista desconocido había pintado tanto tiempo antes, debió de conmoverse como yo.

Debió de sentir la grandeza de la especie. El valor de los padres y los abuelos que soportaron tantos inviernos, para llegar a hoy. Para llegar a este momento en que te miro mientras tú duermes.

— line/>

Me despertó un rugido como si hubiera un monstruo arrastrándose detrás de nuestra tienda. Y entonces oí el viento. Y vi que estaba sola. Era todavía de noche, pero algo en el aire, el frío en los huesos, una abertura en el cielo anunciaba la mañana. Me acurruqué mientras la tela de la tienda se convertía en cien animales pequeños que gemían con el viento. Luego me pareció que el viento no rugía amenazador, sino que me mecía. El viento me rodeaba para protegerme de la noche. Estaba en el útero del aire. En el centro tranquilo del mundo que se agitaba a mi alrededor. El ruido del viento calmaba mi ansiedad, porque lo que de verdad me angustiaba era que él no estaba. Vi que su mochila había desaparecido. Pero su saco de dormir continuaba a mi lado, todavía olía a él. Si lo había dejado volvería, o quizá no. No era el saco de dormir lo que le había dado calor, en aquellas noches, sino mi cuerpo. El saco era una alfombra que extendíamos sobre la tierra.

Adónde había podido ir en medio de la noche y del viento. Si había salido a hacer alguna necesidad ya hubiera vuelto. Llevaba ya un buen rato despierta. Uno perdía la noción del tiempo en medio del ronroneo del viento, podía sentir ahora cómo el viento acariciaba mi pelo, como si tuviese pena de mí. Quién no la hubiera tenido. Mi amante me había abandonado en medio de la noche. No me atrevía a mirar afuera y ver si se había llevado el coche. No había oído el motor, pero el motor de un coche es una de las cosas que uno aprende a no oír cuando duerme al lado de una carretera. Preferí cerrar los ojos. Apreté los párpados. Cuanto menos veía más reconfortantes eran las olas del viento. Era mejor quedarme donde estaba, en el útero del viento, a salvo de todos los problemas que traería el nuevo día.

Y entonces empezó a llover.

Me había dejado una nota en la guantera. Una nota sin sentido.

Tuve miedo de que no volviera.

Tuve miedo de que ya estuviera loco.

— line/>

Esto es lo que la nota decía:

Hay un hombre que vive en mi casa cuando yo no estoy. Encuentro colillas en los ceniceros. Restos de carmín en los vasos, calcetines sin pareja en el cuarto de baño.

Hay un hombre que vive en mi casa cuando yo no estoy. Lo peor es que creo que soy yo.

— line/>

¿Quién es él?

¿Quién es el hombre con el que viajo?

¿Quién es el hombre con el que duermo?

¿Lo sé? ¿Lo sabe alguien?

Sólo sé que me he despertado sola en la noche y él no está.

— line/>

Las gentes de la ciudad hablan del silencio del campo. Hablan porque no saben. No hay nada menos silencioso que el campo.

Nada más violento que la noche en el bosque. De noche en los bosques se cometen asesinatos, robos, violaciones. Los lobos acechan, los zorros cazan, la jineta merodea en busca de sangre. El halcón entra en los gallineros y degüella a las confiadas gallinas. Los pájaros matan roedores, los roedores destruyen las provisiones de sus vecinos. El cuco se introduce en nidos ajenos y mata crías inocentes para ocupar su puesto. La noche es temible, la penumbra la hace más amable y la ignorancia nos permite soportarla. Durante siglos, en Europa, el hombre ha hecho menos violenta la oscuridad matando lobos, zorros, halcones. La noche en Europa comienza poco a poco a conocer la

paz de los cementerios. No hay muerte porque tampoco hay vida. Las ardillas en los árboles y los conejos en el suelo son toda la vida que podemos tolerar. Pero ni siquiera entonces hay silencio. Los grillos chirrían como cables de alta tensión y los búhos son los cláxones del bosque.

Pero al menos la noche en el campo sigue siendo noche. La noche de la ciudad es un falso día de neón, farolas y transeúntes perdidos. La noche del campo tiene la paz de lo oscuro, por mucho que la luna alumbre más que los letreros luminosos.

Pero cuando estás sola en una pequeña tienda que tiembla en el viento como una vela a punto de apagarse, entonces el rumor del bosque es ensordecedor, tan tumultuoso que ni siquiera te deja oír los latidos de tu propio corazón.

— line/>

Tropecé con algo duro fuera de la tienda y en un primer momento creí, no sé por qué, que era una pistola que alguien había dejado allí. Si hay una pistola tiene que disparar. Debió de ser la fiebre y el viento lo que me engañó. Porque al cogerlos en la mano vi que eran unos zapatos. Sus viejas zapatillas de deporte con la lengüeta rota. Nunca me he alegrado tanto de ver unos playeros. Porque eso quería decir que iba descalzo, eso quería decir que volvería. Esa noche vi los ojos de Dios en sus viejos zapatos.

— line/>

Ha llovido. La lluvia ha dejado un olor profundo. Huele a uvas y a cosas secretas. Aferró en mis manos sus viejos zapatos. En el viento, como un espejismo, llega el rumor de una canción ingenua que me gustaba antes de casarme. No hay luna ni estrellas, pero hay una luz que brilla entre la niebla y la lluvia como si fuera un faro. Comienzo a andar hacia esa luz. Pero a medida que me acerco, se aleja y desaparece entre la llovizna. La canción también se esconde entre la niebla. Pero me fío más de la luz, siempre nos fiamos más de lo que vemos porque también nosotros somos ingenuos. Me pregunto qué será la luz, de dónde vendrá la música. Tal vez la música esté sólo en mi cabeza. A lo mejor la luz es la luz de su linterna que se ríe de mí entre los pinos. Pero estoy más cerca y la luz comienza a estarse quieta. Veo una casa con la verja entreabierta y un gran farol que se agita con el viento y señala el camino. Hay un sendero de grava y al fondo se oye, cada vez más alocada, la música. Hay un coche con los faros apuntando a la piscina sucia de las primeras hojas del otoño. Hay un grupo de chicos muy jóvenes que bebe y baila. La casa se adivina más lejos, al otro lado de los árboles, como si la fiesta no fuera con ella. Me quedo al fondo del jardín, y sin saber por qué pienso en los niños que se mueren de hambre. Me siento vagamente culpable al pisar el mármol del zócalo que rodea la piscina. Quizá porque ahora la luz ha girado con el viento y he visto al chico rubio descalzo que habla animadamente con la chica de los rizos afro.

— line/>

Todavía tengo los ojos hinchados cuando la cremallera de la tienda se abre. Entran el sol y mi chico con la muchacha de las trenzas afro. Así de cerca es poca cosa, delgada (me duelen los huesos de sus costillas) con muchas pecas y cara de frío. Hola, me dice alegremente. He hecho una amiga. Le gustaría que la llevásemos al pueblo más próximo.

No me muerdo todavía, aún no. Siento un tiburón que me roe el estómago y evalúo lo más fríamente que puedo mis posibilidades. No estoy segura de que sea más guapa que yo, pero ciertamente es más joven que yo. Más joven incluso que él.

No creo que Nauchipán esté en esa dirección, le digo, pero me mira como si él nunca me hubiera hablado de Nauchipán.

Tenemos todo el tiempo para hacer un desvío, dice, y sigue mirando a la chica. Yo me fijo en sus trenzas afro, con las puntas partidas. A esta distancia parecen de plástico y pienso que no se las lava

nunca. Por debajo de su camiseta verde asoman unas axilas sin depilar. Dios mío, no tiene ni veinticinco años. Sólo una chica tan joven puede llevar así los pelos rizados y negros, con tanto orgullo. Más tarde le será imposible. Y lo malo es que lo sé por experiencia. Me doy cuenta de que todos estos detalles horribles para mí, a mi chico — veinte años menor que yo— le encantan.

Y entonces él la mira como solía mirarme a mí. Le sonrío como antes me sonreía a mí, y las tripas se me vuelven del revés en el estómago. La chica lleva dos anillos en el ombligo y es posible que haya otros agujeros en partes de su cuerpo que yo no he visto y espero que él tampoco. Cuando se mueve, los anillos chocan y parece un gato con su cascabel. Y ahora él se ha ido por el sendero entre las nectarinas siguiendo ese tintineo como si fuera el del oro. Y yo no he hecho nada, no he dicho nada, no me he movido de aquí.

Sigo sin moverme, digo en voz alta.

El amor se puede dar, pero no se puede pedir.

— line/>

Cuando veo a la chica de las trenzas afro, pienso: ella es la pistola. Disparará y esta locura mía saltará por los aires. Volveré a ser una contable a la que no le salen las cuentas. Lo mejor que puedo hacer es cerrar los ojos para que no duela tanto. Pero este viaje me ha cambiado, ya no puedo dejar que las cosas me pasen. Una vez me dijeron que iba a morir, pero no les hice caso, y aunque ahora todo mi sentido común me diga que no tengo nada que hacer contra su culo prieto y sus tetas firmes y sus veinte años, voy a hacer algo.

Pienso en coger el coche e irme de nuevo, dejarle su mochila, sus cosas junto a la tienda y partir. Partir quizá a buscar Nauchipán yo sola. Yo que soy la que mejor sabe que Nauchipán no existe. O buscar otro chico, otro hombre, quizá un hombre de mi edad o darme cuenta de que he perdido el tiempo para siempre.

Pero, mientras ellos se esconden entre las nectarinas, me pongo maternal o quizá me aferró a la última oportunidad. No puedo dejarle aquí, tan lejos de la carretera principal, tan lejos de una gasolinera donde encontrar otro coche que le lleve. Debo dejarle donde le encontré, en la estación de servicio de la vida.

Y eso es lo que hago. Espero. Junto al coche, junto a la tienda. Como un árbol, como un perro junto a un árbol. Estar quieta es más cansado que sujetar el mundo, pero estoy lo más quieta que puedo y espero.

— line/>

Estoy tan quieta que puedo ver cómo mis pensamientos se espesan a cada minuto, se hacen sólidos y pasan frente a mí como las volutas de humo del cigarrillo que no fumo. (Me he fumado en estos días mi vida entera y ya no me queda nada que llevarme a los labios.) Ahora me gustaría tener cualquier cosa para estrujar entre las manos, en lugar de apretar las uñas contra los dedos para ver si puedo hacer daño a las ideas que no dejan de venir, que, aunque yo no las llame, se me clavan como un cigarrillo de alfileres entre los dedos.

¿Por qué es tan difícil resucitar? ¿Cómo creí posible volver a vivir? Volver a amar. Miro mi móvil muerto. Mi marido me cree muerta. ¿Cómo sé que no lo estoy? Mi marido no ha llamado. Los muertos no reciben llamadas de teléfono. Nadie llama a los muertos. Y yo estoy muerta para él.

Quizá siente alivio. Mi desaparición le ha librado de un trámite molesto. Puede que lo que más eche en falta sea el coche. Él no sabe nada del error, del indulto, de la vida.

De repente me duele el silencio del hombre que no amo, más que el del hombre que amo. Qué es este amor sino amor a mí misma. Amor a la vida. Qué es este amor sino mi resurrección. ¿No es todo amor una resurrección? Aunque la resurrección sea imposible.



¿Y el amor?

¿Es posible vivir otra vez? ¿Amar otra vez?

¿Qué hizo Lázaro cuando resucitó? ¿Se enamoró de alguien veinte años más joven?

¿Es mejor la primera vida, la de la inocencia? O la segunda, la del júbilo. Es mejor el primer amor, el que ignora, o el segundo, el que sabe.

Y todas mis preguntas quieren decir.

¿Volverá él? ¿Volveré a verle?

— line/>

Han desaparecido entre los árboles. Podría seguirles, pero no lo hago. No sé cuánto tiempo llevo aquí, ocupada en la inmensa tarea de no hacer. Toda mi vida ha venido a mi mente y su vida también. La vida que él tiene por delante. Su vida sin mí. Me parece mentira que él existiera antes de conocernos y, del mismo modo, me parece imposible que siga viviendo su vida lejos de mí. Eso es como lo de vivir; mientras somos pequeños no entendemos cómo era posible que hubiera un mundo antes de nosotros, nos hacemos mayores cuando comprendemos que habrá mundo después de nosotros, sin nosotros.

Respiro el aire de las nectarinas e intento que mis pies recorran la distancia que hay hasta el coche y se vayan de este lugar para siempre.

Pero no me muevo.

— line/>

Mollejas de pollo rellenas de alfileres. Enterradas en la puerta de su casa una noche de luna. Polvos de alas de mariposa esparcidos por su dormitorio, para que te ame a ti y la olvide a ella. Sangre menstrual empapada en los cabellos del amado y escondida en una vela debajo de su cama.

Tenía una vecina loca. Una pobre mujer a la que su marido había abandonado. Iba a ver a la vieja gitana al otro lado de las vías del tren. La policía la cogió enterrando las mollejas de pollo en el seto que había delante de la peluquería de la nueva mujer de su marido. Le costó horas convencerles de que no eran restos humanos, de que no había cometido ningún crimen. La metieron en el manicomio por algunos días. Luego la dejaron ir. Y ahora yo la comprendía, sentía la rebelión contra las cosas que uno no puede cambiar, la rebelión que viene del vientre, que brota de los intestinos.

Ahora entendía todos los conjuros, todas las locuras. Porque tiene que haber una manera de que esto salga. Tiene que haber una forma de que él me quiera.

Tiene que haber algo que se pueda hacer, aunque esté prohibido, aunque sea una locura.

— line/>

Vuelven sonrientes. La chica tiene dientes de león enredados en sus trenzas afro. Él tiene una espiga clavada en los vaqueros como si le hubiesen alcanzado el culo con una flecha mientras huía.

Me acaricia la barbilla y quiere darme un besito, pero no me dejo.

Celosa, eh, estás celosa, se ríe.

Pero no tiene gracia.

Os llevaré al próximo pueblo, y os quedaréis ahí, estoy cansada de este viaje, cansada de Nauchipán, cansada de tus chiquilladas.

Bueno, bueno, no te pongas así.

O, si queréis, podéis quedaros aquí en medio del campo. Quédate aquí con tu tienda y tu chica.

Pero él ya se ha subido al coche, los dos se han subido al coche. Me han dejado el asiento del conductor. La chica me mira con la superioridad que da la ignorancia, no te lo tomes así tía, yo no sabía..., venga tía, sólo son unos kilómetros, enróllate y llévanos. Y me siento tan ridícula en mi

desesperación, de pie como una madre violenta a punto de gritarle a sus hijos, en ese momento todo mi cuerpo está en contra mía. Dadme unos minutos, digo.

Y yo también voy tras los árboles, cojo una piedra del suelo y golpeo lo más fuerte que puedo el tronco del árbol, hasta que la piedra se astilla y se mete entre mis uñas y me hace sangre. Meto el dedo en la boca. Mi sangre sabe bien. Respiro.

Y vuelvo al coche.

Conduce tú, le digo, y para en el sitio donde quieras bajarte. Coge tus cosas y lárgate. Este viaje ha durado demasiado. Empieza ya a hacer frío.

— line/>

No comprendía cómo podía haber caído una vez más. El mismo sucio juego de siempre. Tropezar otra vez, en los juegos de poder, la espera, la ansiedad, la ira, la vergüenza. La vergüenza de estar otra vez a merced de alguien, a merced de lo que él quiera.

¿Por qué no habrá amor sin lágrimas?

¿Por qué?

El secreto del amor son los juegos. Pero los juegos son la tumba del amor.

El secreto del amor es no amar.

— line/>

Él conduce, yo tengo los ojos cerrados. Nadie dice nada. No sé cuánto tiempo o cuántos kilómetros después oigo la voz de la chica. Para aquí, tío, para aquí. Es aquí, vale. Me coge la muñeca. Gracias, tía, eh, de verdad, gracias.

Y él arranca. Veo las trenzas por última vez agitarse como su mano. Un puñado de papeles revolotea en tomo a ella en la cuneta. Hay una casa, un bar y una gasolinera, y ella coge su pequeña mochila y empieza a caminar, pero no vemos hacia dónde.

No quiero abrir los ojos.

Al fin solos, dice él, y deseo que se baje de mi coche en ese mismo momento.

No era para ponerse así, dice.

Mira, nosotros tenemos lo de Nauchipán. Tenemos nuestra historia, nuestro camino. Yo nunca te prometí nada, ¿verdad?

— line/>

Le miro a los ojos y me parece que le veo por primera vez, y por vez primera veo también el desastre en el que se ha convertido mi coche. Envoltorios de caramelos, bolsas de plástico vacías, chokolatinas a medio consumir y el olor: olor a calcetines, a chicle de fresa, a tabaco, a vino, a perfume, a pizza para llevar, a café en vasos de plástico, el olor de su sudor y mi sudor, un olor que no había sentido porque impregna mis ropas, porque invade lo que queda de mí. Yo también huelo así ahora, huelo a él, y a este encierro, a esta locura.

— line/>

Estoy harta de ti, de tus chiquilladas. De esa estúpida historia de Nauchipán, como un cuento para dormir a niños; pero el niño eres tú, no quiero volver a oír hablar de Nauchipán, estoy harta de seguirte el juego, de que juegues conmigo.

Nauchipán no existe, es una fantasía y no merece la pena perder tiempo con las cosas que no son y las relaciones que no pueden ser.

Pues mi Nauchipán es más real que tu marido. ¿Qué quieres que piense de un marido que cree que vas a morir y no te llama? ¿De un marido inexistente? ¿Por qué yo tengo que creer en tu marido si tú no crees en mi ciudad? ¿Por qué tengo que creer en ti si tú no crees en mí? Piensas que esa chica era más importante para mí que mis sueños. Pueden ser tonterías, pero son mis tonterías, y ahora tú

eres una de ellas.

— line/>

Sé que tendría que haberle dicho que se bajase del coche en ese mismo momento, la razón por la que no lo hice la desconozco, pero sé que es la misma por la que le dejé subir al coche en primer lugar. No quiero abrir los ojos. Me gustaría ir a ver a mi padre y a mi madre, me gustaría tener aún padre y madre. No quiero sentirme derrotada pero me siento derrotada. Y sin embargo para qué sirven todos los años que he perdido si no he aprendido a hacer lo que quiero. Hacer lo que quiero, y saber lo que hago. Eso decía mi padre, hace tanto tiempo, me ha llevado toda una carretera larguísima, una vida entera, volver a esta frase, acurrucada en el asiento delantero de un coche que ni siquiera es ya mío, como hacía cuando era pequeña y mi padre me llevaba al colegio y me decía cosas como ésta, cosas que yo entendería sólo en días como hoy.

— line/>

Sé lo que quiero. Y quiero hacer lo que quiero. Es lo único que me han dado estos veinte años sin ti, antes de ti. Cuando era joven, quería complacer a los demás, pensaba siempre en lo que los demás querían, no por generosidad, sino porque lo que yo quería era algo nebuloso, algo que estaba en muchas partes y en ninguna y desde luego no dentro de mí. Así me casé y así viví, como si fuera inmortal, sin darle ninguna importancia a los días que se iban a toda prisa. Como si lo que sobraran fueran días, fueran horas, fueran minutos. Ahora sé que el tiempo es el único lujo que puedo permitirme. El único bien al que aspiro. Ahora que tengo menos tiempo para perder, no quiero perder el tiempo, sé lo que quiero.

Te quiero a ti.

Con todo el terrible peso de la voluntad del verbo querer, te quiero.

— line/>

Hace rato que oímos zumbir a la mosca en nuestro coche, pero es ahora cuando se posa delante de nuestros ojos. Ha comenzado a llover, oímos las primeras gotas, cayendo como aceite sobre una sartén en nuestro parabrisas. La mosca se posa en mi cuello y doy un manotazo para espantarla. Entonces se posa en el cuello de él, no hago nada y es él quien agita las manos en el aire tratando de librarse de la mosca. Zumba como una mosca. Muerde como un mosquito. Mátala, acaba con ella, me dice él, y yo levanto el papel en el que me ha escrito su dirección (ahora que vamos a separarnos para siempre, me la ha dado), y doy mandobles que golpean mi cara, mis manos, el espejo retrovisor, su nariz, todo menos la mosca que sigue haciendo su insidioso ruido, ronroneando feliz, inmune a nuestros golpes. La mosca vuela sobre nosotros, la oímos pero no la vemos, tampoco vemos el camión que viene hacia nosotros hasta que es demasiado tarde.

— line/>

Antes de este viaje la vida me parecía como esos juegos de piedrecitas rojas con las que los niños juegan en algunos pueblos perdidos de la India, un montón de piedrecitas de colores mezclados entre sí, con algún diseño que nadie entiende, las unas sobre las otras, sin que se sepa si quieren decir algo o no.

Pero hoy todas las piedras han caído sobre mi cara. Me toco la cara y sólo siento el tacto de miles de piedras.

Mi cara es el lecho de un río abrasado por las heridas de esas piedras.

Y casi no tengo tiempo para pensar que sólo somos piedras en el fondo del río, amontonadas, haciéndose daño unas a otras y a la vez terriblemente juntas, juntas sin ningún propósito, pero a punto de que una salga disparada y arrastre a las otras corriente abajo hacia el precipicio.

— line/>

Desde pequeña había querido desmayarme. Pero nunca lo había conseguido. En las películas la heroína se desmaya siempre en los brazos adecuados. Mi hermano se desmayó una vez en la misa mayor. En el colegio los otros niños me tapaban la boca y la nariz. Varias veces estuvieron a punto de matarme, pero ni una consiguieron que me desmayase. Creo que ahora tampoco me he desmayado, sólo he conseguido parar el sol unos minutos. Mi cara está llena de cristales, tan grandes como piedras pequeñas de río, hay alguien inclinado sobre mí, es un guardia civil y no sé cómo ha llegado hasta aquí en tan poco tiempo. Me aparto los cristales que cubren mi cara como si fueran lágrimas, trato de no arañarme con ellos. No me he desmayado, pero me he perdido algo. Oigo la sirena de la ambulancia que llega y entonces le miro a él, a mi lado. Tiene los ojos cerrados y se le mueve la pierna como si fuera la patita de una mosca. Como si ya no fuera suya. Mueve los labios, sin abrir los ojos, entre convulsiones, pero no dice nada. Me acuerdo de la mosca y del camión, me acuerdo de quién soy, de quiénes éramos.

Y entonces llegan los hombres de blanco y se lo llevan a él y a mí me dejan.

— line/>

Nos preguntan dónde nacimos, nos preguntan cómo nos llamamos, nos preguntan nuestra edad y muchas otras cosas que aquí ya no sirven de nada. La habitación no es blanca sino verde y no parece un hospital sino un hotel. Es un hospital pequeño y nuevo, donde se diría que no se ha muerto nadie. Las habitaciones tienen dos camas, baño y televisión. Le han examinado primero a él, apenas ha abierto los ojos, el protocolo médico obliga a atender primero al más joven, al que tiene más que perder. Yo me he quedado sentada en una silla de plástico naranja un poco desconchada, hasta que ha llegado un médico con acento argentino y ha comenzado a hacerme preguntas. En virtud de no sé qué privilegio, o de los lamentos de él, o de lo vacío que está el hospital, lo despoblada y salubre que es esta comarca, nos han dejado a cada uno en una cama de esta habitación casi privada de un hospital público. Está oscuro, pero hay una gota de agua que cae en el lavabo y rompe el negro. Casi veo que es una gota blanca. Cada dos horas viene una enfermera también de verde y nos despierta. Primero nos pregunta nuestros nombres y luego invariablemente quiere saber quién es el rey de España, y no sé si llorar o reír, dicen que es para ver si tenemos conmoción mental, la conmoción es esta noche sin dormir. A la mañana él se despierta y dice que va a morir. Me dice que no puede respirar, le digo que está hablando y no se puede hablar sin respirar, me pide que llame a su hermano Antonio en París y le diga que se está muriendo, me pide una compota de manzana, se la consigo con la ayuda de las dulces enfermeras, y dice que casi seguro tendrá la *salmonella*, me pide que suba las persianas y las subo, me pide que las baje y las bajo. A la tarde me duele todo, estoy cansada y tengo sabor a hierro en la boca. Es otra vez de noche, sigo teniendo este sabor, como si estuviese mordiendo una cuchara todo el tiempo. Él está ahora de buen humor, se arrepiente de su día de cascarrabias, quiere irse de aquí. Yo también quiero. Estamos cada uno en nuestra cama, sabiendo que la paz de los hospitales, al menos de los públicos, no dura más de dos horas, le cuento mi historia en el otro hospital en el que las enfermeras nunca venían y mis pechos me salvaron la vida. Se acerca a mi cama, se sube a ella y me abraza contra sí. Muy fuerte. Los dos llevamos las batas de hospital abiertas por detrás, casi nudistas. Nuestras pieles se rozan a través de los tirantes. Me besa. Le beso. La cama se hace más pequeña y a la vez se agranda. Un beso pide otro beso, un beso en los pezones pide un beso en el sexo. Con ternura, con desesperación se sube sobre mí, casi me viola, casi le violó, me está haciendo otro chupetón en el cuello, qué vergüenza cuando venga mañana el médico, qué placer, su lengua es tan grande como mi cuerpo, me ha arrancado la bata, ha roto los tirantes, mis pezones se disparan hacia el cielo raso, yo también me disparo, con él. Se mueve más despacio que la tierra y más fuerte también, más, y más, y todavía un poco y podemos tocar el piso de arriba, estamos tan húmedos como

el mar, tan pringosos como el petróleo que nos manchó, no somos pelirrojos, pero ardemos en el ardiente color rojo, no puede ser que en Nauchipán la gocen tanto, yo nunca la había gozado así, yo... nunca... yo...

Su semilla en mi boca y la noche es más grande.

Veo que estás mejor, le digo, y entonces él ve el hierro que yo estaba masticando mientras le besaba. Entonces él ve la sangre en mi boca.

— line/>

Una vez más me dicen que voy a morir, pero esta vez ya no les creo. No sabía que una persona pudiese oír tantas veces esta frase y seguir viviendo, pero tampoco sabía que era posible hacer el amor en una cama de hospital. La almohada ha quedado salpicada de una lluvia roja como una viruela de cerezas, y en los lugares en que nos hemos besado la mancha roja se ha extendido y ha dibujado rosas fantasmagóricas como la entrada de Nauchipán. Dicen que tengo una hemorragia interna, un médico de cabellos rojos que parece más joven aún que mi chico, me acaricia el pelo. Dicen que van a hacerme algo con nombre de agujero, una endos... ¿qué?, es mejor no llegar a aprender el nombre de estas cosas. Me quedo dormida, o me han dormido, porque en vez del médico veo a la viejecita que nos dio las cabezas de hierba. Me coge de la mano y me conduce hasta su pozo. Bajamos sentadas en un cubo fantástico, es tan grande que podrían sentarse cuatro personas y tiene dibujadas por todas partes las cabezas mágicas y allí abajo hay un portón enorme con goznes de plata y nos está esperando el anciano venerable, el que una vez fue pelirrojo. Y debajo de la casa de la vieja señora, se extienden calles bajo tierra y nos dan la mano los habitantes de Nauchipán que nos esperan desde hace tanto tiempo.

El anciano me abraza y me aprieta la mano y siento que me ha puesto algo en los dedos. Entonces abro los ojos y veo que estoy apretando la botella del suero y mi chico está aquí a mi lado y me besa el pelo.

— line/>

Y cuando abro los ojos otra vez, veo que tengo en la mano unas cabecitas de hierba como las que nos dio la señora del pozo, sólo que éstas están talladas en piedra.

— line/>

El coche no había sufrido tanto como nosotros, o quizá se quejaba menos. Mientras me remendaban, él lo había llevado a un garaje y ya se tenía en pie sobre sus ruedas nuevas. Estaba claro, sin embargo, que nunca volvería a ser el mismo. Tenía toda la parte delantera abollada y aunque la luna rota había sido sustituida por otra nueva, todo el coche era una cicatriz, lleno de morados y raspones grises. Al moverse lo hacía mucho más despacio y con un chirrido desconocido, como si el freno ya no funcionara o estuviera viejo, que nos hacía pensar que ya no nos llevaría muy lejos, pero era nuestro coche, estaba aquí y nosotros también, otra vez en la carretera.

Los días en el hospital parecían un sueño. Mi hemorragia se superó espontáneamente y dijeron que era un caso entre mil. También nos contaron que el camión se quedó maravillado de la finta con la que conseguimos en el último minuto evitar el choque frontal. Yo conservaba mis cabecitas de piedra, las vegetales habían desaparecido como tantas otras cosas perdidas en el accidente.

Y cuando aquella mañana nos fuimos del hospital apretando el claxon y conduciendo muy despacio hacia la línea del horizonte, pareció que no había sucedido nada y que nuestro viaje volvía a empezar de nuevo.

— line/>

Hacía ya demasiado frío para seguir durmiendo en su tienda rusa (estólida, rústica, fiable, cuyas arrugas había aprendido a amar) y no quería dormir en el maltrecho coche con mi maltrecho cuerpo

en el que los chupetones se confundían con los moratones. Así que condujimos durante horas buscando un hotelito amable, pero oscureció y no habíamos encontrado ninguno. Vimos un relámpago y esperamos el trueno. No hubo ningún trueno y supimos que la tormenta todavía estaba muy lejos.

No había dónde dormir y no dormimos, quizá el sueño nos habría hecho ver las cosas diferentes. Porque entonces él lo dijo.

Mañana me marcharé. Me dejarás en algún lado. Tengo que volver a casa, el curso está a punto de comenzar y necesito un trabajo, ganar algún dinero. No podemos seguir vagando por el mundo sin pensar en nada.

¿Y Nauchipán?, le digo.

Tú nunca has creído en Nauchipán, por qué ibas a creer ahora. A lo mejor Nauchipán lo he inventado para impresionarte, para parecerte mayor o más interesante, a lo mejor he dibujado el mapa en el servicio de la segunda gasolinera en la que nos paramos, aquella en que nos empapamos de gasolina y sólo faltaba alguien que nos prendiese fuego. Supongo que tú encendiste la cerilla o quizá la cerilla la traía conmigo. A lo mejor ha sido el sueño de un verano y ahora hace frío y yo me he hecho mayor y el sueño se ha acabado.

Pero el mapa es de un pergamino finísimo, digo, y tengo en mi mano las cabecitas de piedra...

Y quizá yo las he tallado para ti, como regalo de despedida mientras estabas inconsciente, por fin has conseguido desmayarte, tía, sólo que cuando uno se desmaya de verdad no se da cuenta de nada. Ésa es la broma. Cuando va en serio nunca te das cuenta.

Y no nos volveremos a ver, digo.

O sí, a lo mejor nos volvemos a ver, no conozco el futuro, pero te aconsejo que esta vez me dejes tu dirección y tu teléfono.

Creo que ya no tengo dirección y teléfono. No creo que los que tenía sigan existiendo cuando vuelva.

Pues el móvil.

Eso, el móvil, digo, y saco el bolígrafo del bolso pero todavía no escribo nada.

— line/>

Hicimos muchas cosas esa noche, pero prefiero no contarlas. Sólo diré que la noche no se acababa nunca y que cuando por fin empezamos a ver la luz, en el frío punzante que precede al alba, no sabía si la humedad era el rocío o eran nuestras lágrimas.

— line/>

Por la mañana lo veo todo diferente. Estamos conduciendo lentamente hacia el centro del país, hacia la capital enorme que yace en medio de los campos. Todo el paisaje está quemado, reseco, sediento. No ha llovido en los últimos tres meses. Pero ahora delante de nosotros cae un diluvio. Lluvia. Lluvia con ganas, la lluvia empapa las primeras naves industriales y las torres de alta tensión. Se empiezan ver chabolas y vallas publicitarias. Volvemos a casa.

Y yo digo:

¿Qué prisa tenemos? Podríamos volver mañana, no pasaría nada por seguir un día más, por ver adónde nos lleva la pista de los pelirrojos y de las cabecitas de piedra. Al fin y al cabo el amor es sólo un día más.

Pero él dice: Para aquí.

Es la última estación de servicio antes de la ciudad. Me da un beso larguísimo que sabe a sal. Y saca la mochila de mi coche. No me atrevo a mirar atrás mientras me alejo. No puedo creer que el coche se aleje de él, que yo sea capaz de conducirlo sin él, de dejarle allí.

Solo.

En la carretera.

Pero el coche no se cala, renqueando y rechinando las ruedas agarra las curvas del nuevo camino.

— line/>

No miré ni una vez atrás, ni siquiera por el espejo retrovisor. Ese día descubrí que es posible conducir con los ojos cerrados. Aunque sea por poco tiempo.

— line/>

Una de las cosas por las que siempre me ha gustado viajar en coche es porque no esperas que alguien te espere. No hay estación, no hay andén, no hay sala de llegadas. No hay un lugar donde se arremolinen los amigos con pañuelos para despedirte ni un tumulto de gentes que esperan a otros. Prefiero que nadie venga a despedirme ni de la vida ni al partir para un viaje. Pero llegar es otra cosa. Para que puedas decir que has llegado tiene que esperarte alguien. Si nadie te espera en ningún sitio es como decir que ya no tienes lugar adonde ir.

Cada vez que me he bajado de un tren, de un avión aun sabiendo que nadie me esperaba, veía la multitud anónima y feliz que daba abrazos, y siempre soñaba que sin yo saberlo alguien había venido a recibirme. Lo buscaba entre las caras desconocidas, entre ramos de flores que eran para otros. Nunca pude creerme del todo que nadie me estaría esperando.

Y ahora descubro que incluso viajando en coche hay un andén imaginario.

Sólo que ahora el andén es el mundo entero.

Y el mundo entero está tan vacío como yo.

— line/>

A pesar de todo.

Cogí el coche y conduje hacia el Este. No estaba segura de recordar la entrada de la ciudad que conducía a mi casa. Claro que tampoco estaba segura de tener todavía casa. Esta vez la gasolina se me ha acabado. Le había dejado en una gasolinera pero de lo último que me acordaba era de que los coches necesitan de vez en cuando gasolina. Me paro en la última gasolinera y veo que está enfrente de aquella otra en la que vi el halcón. Lo busco en el cielo, pero sólo se ven cuervos negros. Me paro delante del surtidor de gasolina y busco el móvil en mi bolso. Todo este tiempo ha estado desconectado, pero nunca he tenido valor para tirarlo a una acequia, a un río. Y ahora no sé a quién llamar. No sé qué hacer con el resto de mi vida. Todavía tengo las cabecitas de piedra, las aprieto y me arañan la mano. No sé si volver o seguir un poco más adelante. Pudiera ser que aún me sucediera algo. Podría ir en busca de Nauchipán, podría hacerme famosa como la mujer que encontró a los otros hombres. Los que eran diferentes. Nauchipán podría existir después de todo.

— line/>

El hombre del surtidor me mira como si nunca hubiese visto una mujer como yo. Se pasa las manos por el pelo canoso y se deja rodaduras negras en las sienes. La marca de un largo camino. Le digo que lo llene todo lo que pueda, yo siempre lo quiero más lleno, le digo. Y entonces le veo, un chico desgarbado moreno, con un mechón blanco sobre el pelo negro rizado, sujeto por una cinta de colores y aire de no saber adónde ir. Está preguntando a todos los coches si le llevan y ahora se acerca al mío. No sé qué hacer. Podría llevarle conmigo a buscar Nauchipán. Él no parece tener prisa por llegar a ningún lado. Le pregunto adónde va y me dice que no importa. Tiene la mirada más bonita que los ojos.

No puede ser, no puedes llevarle, tienes que volver a casa.

Sé que me arrepentiré si le dejo subir al coche. Ese hombre puede matarte, puede violarte.

Pero entonces me mira.

— line/>

*Este libro está dedicado,  
una vez más,  
a mi hermano  
porque no podrá leerlo  
y a ti  
porque lo has leído.*

— line/>

*Una vez, hace mucho tiempo, prometí que dedicaría todos mis libros a la memoria de mi hermano. He escrito cinco libros desde entonces, algunos sólo ha podido leerlos él, otros todos podéis leerlos. Mientras una señal no me libere de mi promesa hay muchas personas a las que dedicaría este libro y a las que hoy sólo puedo agradecer el haberlo hecho posible.*

— line/>

*Gracias*

— line/>

*A Ramón*

*A Guido*

*A Julio Llamazares*

*A Carles Reves*

*A Raquel de la Concha*

*A Fernando Marías*

*A Ricardo Virtanen*

*A Juan Gastón Alonso*

*A Carmen Rigalt*

*A Pablo Álvarez*



*A Juan Echanove*

*A Eduardo Molina Muñoz*

*A Jan Muller*

*A Ferdi*

*A Marta Patak*

*A Gyuri y Zsuzsa*

*A Mauri*

*A Ana Ossenbach*

*A Beatriz Cobeta*

*A Beatriz Coll*

*A John P. Dyrver*

*A Cote Hóspido*

*A Ana Lyons*

*A María José Anta*

*A Emilio Ruiz Granda*

*Al Dr. Antonio Luis Fernández*

— line/>

*Y a la memoria de David Méndez Álvarez.*

*Echaremos de menos*

*tus ojos*

— line/> — line/> — line/>